Marian Arpa

Esos besos robados son míos

SANTANA´S
CLUB 2

Selecta

Esos besos robados son míos

SERIE

Santana's Club 2

Marian Arpa

Selecta

Esta novela se la quiero dedicar a mis compañeras, S. F. Tale y Chris de Wit.

Chicas, sois la leche, formamos un gran equipo, me encanta teneros a mi lado.

Os quiero, guapísimas.

Lujo, elegancia, poder

Este no es un club cualquiera, es un lugar donde relajarse; celebrar conciertos, reuniones de trabajo, conferencias; visitar grandes exposiciones permanentes y temporales; un restaurante donde degustar los mejores platos; una cafetería en la que distenderse en agradables charlas saboreando los mejores cafés recién molidos; un local nocturno para pasar una noche inolvidable en pareja o con los amigos o compartir espacio con grandes celebridades.

Un club donde todo lo inimaginable puede suceder.

Bienvenidos a Santana’s Club.

Prólogo

—¡¡¡Sorpresa!!!

Sony se quedó parada al escuchar aquella palabra coreada en el lujoso comedor del Santana's Club. Vio a todos los que la miraban sonrientes: sus amigas, las justicieras, con sus parejas; los amigos de toda la vida de Innsbruck, y otros que habían entrado en su existencia con el correr de los años. No faltaba nadie.

—Eso ha sido cosa tuya, ¿no? —preguntó a Dany, su pareja, con una radiante sonrisa. Era el día de su cumpleaños y, después de decirle que lo celebrarían en la intimidad, le regalaba aquella reunión con todas las personas que llenaban su vida.

Él no tuvo oportunidad de responder, solo le dedicó un guiño que lo decía todo. Ella se vio rodeada de todos los asistentes que la besaban y le expresaban sus buenos deseos.

Sony se sentía feliz de volver a reunirse con las chicas, las ladronas de corazones, como gustaba llamarlas. Nerea y Alex, que vivían en Estados Unidos; Carolina, en España, y Maxine, que viajaba mucho debido a sus conciertos de arpa y los negocios de Federico, su pareja y dueño de una cadena de hoteles, y de los clubes Santana's repartidos por todo el mundo.

—Me parece increíble que Federico haya cerrado el comedor a los clientes para esta celebración —dijo Carolina.

—Mi Fede ha cambiado mucho —afirmó Maxine—. No sé si he sido una mala influencia o buena. —Todas rieron—. No os burléis, vosotras también habéis contribuido. Después de lo de Kiki en Nueva York...

—Sí, se lo veía como un niño con zapatos nuevos —comentó Alex con una risa al recordar aquellos días.

—Chicas, tenemos que reconocer que no hemos sido unas santas y hemos arrastrado a estos pobres incautos a nuestro terreno. —Nerea se giró para ver a Diego, su pareja, que hablaba con Miguel, la de Carolina, y otros hombres con una copa en la mano.

—Sony, te tenías muy calladito que tus amigos están cañón. —Alex miraba a unos que hablaban con Matt, su media naranja. La aludida se giró y adivinó a quiénes se refería su amiga: a Martino, Hans, Paul, Lilibeth y Jason.

—Oh, son los del parapente y Jason es rescatista. ¿Queréis que os los presente? Son muy majos. Venid. —Todas se juntaron con el grupo y Sony hizo las presentaciones. Después de lo cual, le lanzó una mirada apreciativa a Hans—: Tío, si no fuera por tus pelos de punta, no te habría conocido. —Sony no salía de su asombro, siempre se encontraban en las montañas y, en esos momentos, él lucía un esmoquin negro con una pajarita del mismo tono con una camisa blanca—. Pareces un modelo de pasarela.

—Muñeca, no sabes nada de mí.

Capítulo 1

Hans Lieben era miembro del servicio secreto austríaco y en esos momentos estaba tras la pista de un grupo de mafiosos que tenían los tentáculos muy largos. Tanto que en dos días viajaba a Nueva York para colaborar con el FBI a atrapar a unas bandas que operaban bajo el mando del mandamás, el capo, al que apodaban don Finn. No sabía si era porque, cuando él lo ordenaba, alguien o algo llegaba a su fin, o si verdaderamente se llamaba así.

Hans era un tipo divertido y sexi. Lo sabía y explotaba al máximo. Aunque nunca hacía promesas: su trabajo le impedía echar raíces. Eso era lo que siempre se decía, como si quisiera convencerse, cuando una mujer lo atraía demasiado. No creía que encontrara a ninguna que lo esperara en casa mientras él tenía alguna misión.

En esos momentos estaba preparando sus maletas, no sabía el tiempo que tardaría en volver a Austria. En su empleo, nunca podía dar por sentado dónde estaría al día siguiente.

Después de dejar su equipaje preparado, se fue a la oficina para recibir las instrucciones de última hora. Su jefe, Phillip Mayer, lo estaba esperando junto con su secretaria Lyla Egger. Esta le entregó una carpeta con toda la información de don Finn y sus secuaces austríacos.

—Cuando llegues a Nueva York debes reunirte con Clark Sallow,

es el agente que se encarga de las bandas. Él te informará sobre lo que se cuece en las calles.

—¿Se puede confiar en él? —Hans tenía la costumbre de investigar a todo el mundo con quien iba a trabajar. Había aprendido, cuando aún era un novato, que no todos eran lo que parecían. Había policías corruptos en todas partes.

—Según Robert Carter, su superior, es uno de sus mejores hombres. Él y los agentes a su cargo mantienen toda la paz que pueden en las calles. Además de controlar a los capos y a los guardaespaldas que dan las órdenes desde sus cómodos sillones.

—¿Algo más que deba saber, Lyla? —preguntó mientras ojeaba los documentos que ella le había dado. Normalmente, todos se llamaban por sus apellidos, pero a esa chica, que tiraba los tejos cada vez que la veía a solas, le resultaba imposible hacerlo.

Ella sabía que él era un ligón empedernido y no se tomaba sus coqueteos en serio. Más bien le hacía gracia que un hombre como él se dedicara a lanzarle piropos. Su relación era como la que tendrían dos amigos y nada más.

—Nada nuevo que no sepas o vaya en esos expedientes —contestó Mayer.

—He añadido los extractos de las llamadas telefónicas de Finn y sus secuaces; hay muchas a un tal Díaz, es el cabecilla de los Diablos Negros, una banda que opera en Harlem —añadió Lyla.

Mayer cabeceó al escuchar a la secretaria.

—No creo que Díaz nos lleve a ninguna parte, Finn es muy listo y no dejaría constancia de sus contactos. Esas llamadas son un cebo —sentenció Hans.

—De todas maneras, investígalo.

—Desde luego, señor.

Se despidieron y Hans se marchó. A pesar de que al día siguiente debía conducir cuatro horas hasta Viena y después le esperaban más de nueve en avión hasta Nueva York, salió a tomarse una copa. En la fiesta de Sony había conocido a Selma, una de sus amigas, con la que terminaron la celebración en un hotel. La mujer era una tigresa en la cama y le apetecía volver a verla. La llamó por teléfono y pasó a buscarla por su casa.

***

Ya en el avión que cruzaba el océano, Hans pensó en la noche pasada mientras trataba de recuperar las horas de sueño. Se quedó dormido con la imagen de aquella mujer tras los párpados.

Una vez recogidas sus maletas en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy, miró alrededor y vio la gran variedad de personas de todas las razas y estatus sociales. Había desde hombres y mujeres de negocios hasta los turistas que viajaban con mochilas al hombro. Realmente, era una ciudad cosmopolita.

Fue al hotel donde Lyla le había reservado habitación. The Carlyle, A Rosewood Hotel era impresionante; desde los grandes ventanales que llegaban del suelo al techo de su suite, podía contemplar Central Park y los altos rascacielos de la Gran Manzana iluminados a esa hora de la noche. Deshizo las maletas y colgó todo en los espaciosos armarios. Luego tomó una ducha y se vistió con un traje negro, al igual que su camisa. Le gustaba ese color y el efecto que producía en las féminas cuando lo usaba.

Ya en el restaurante pudo apreciar el lujo en todos los detalles: las lámparas de araña, las sillas y las mesas cubiertas por manteles azul marino hasta el suelo. El ambiente era muy acogedor e invitaba a la intimidad. Cenó observando a los otros comensales que hablaban entre ellos sin apenas levantar la voz.

Al terminar, salió; como había dormido en el avión, no estaba notando el *jet lag*.

En la puerta del hotel aguardaban varios taxis para llevar a los clientes.

—Al Santana's —al decirlo, recordó la sorpresa que se llevó en la fiesta de cumpleaños de Sony; nunca habría pensado que ella tuviera amistad con el dueño de esos clubes repartidos por muchas ciudades del mundo. Se recordó a sí mismo lo poco que sabía de ella: que le encantaba volar en parapente como a él y que se había propuesto llevar a los habitantes de Innsbruck al siglo XXI con respecto a la tecnología. Era una mujer extraordinaria.

El chofer, un hombre que dijo llamarse Winters, se podía decir que era como un guía. Le iba contando por dónde pasaban y le señalaba los iconos de la ciudad.

—¿Se me nota tanto que no soy de aquí? —preguntó admirando la noche neoyorquina que veía desde la ventanilla del taxi.

—No, señor, perdone, es la costumbre. Cuando recojo a alguien en un hotel me gusta darle conversación, pero si le molesta ya me callo.

—De ninguna manera, me interesa mucho lo que me está mostrando.

Winters le sonrió por el retrovisor y sus miradas se encontraron.

—¿Puedo preguntarle de dónde es?

—He llegado hoy de Innsbruck.

—¡Austria!

—¿Ha estado allí?

—Ya me gustaría a mí.

—Le encantaría, aunque es muy distinto de lo que estoy viendo. Allí vives rodeado de montañas, no de moles de hormigón.

—Lo sé, he visto muchos reportajes de allí.

Muy pronto llegaron al club y se bajó ante la puerta donde un tipo descomunal daba paso a los socios y les negaba la entrada a los que no poseyeran la tarjeta negra y dorada. Ya en el vestíbulo, unos seguratas le preguntaron a dónde se dirigía y, al decirles que a tomar una copa, le indicaron la cafetería y la discoteca. Optó por la primera. Mientras esperaba el ascensor, vio que la decoración del club era muy parecida a la de Viena, era como estar en casa y se le dibujó una sonrisa en los labios. Tomó asiento tras una cristalera que le mostraba el ir y venir constante de los coches por la ancha avenida. Ciertamente, estaba en la ciudad que nunca duerme.

Un camarero vestido de uniforme negro y granate se le acercó y le tomó la comanda.

—Un whisky con hielo, por favor.

—Ahora mismo, señor.

Mirando alrededor vio que el sonido de piano que escuchaba no salía de ningún altavoz. En un rincón había uno de cola con un muchacho inclinado sobre él. Acariciando las teclas en una suave melodía que resultaba muy agradable. Por su campo de visión atravesó una mujer, y sus ojos la siguieron. Vestía un traje negro con una camisa roja abotonada hasta el pecho, la falda le llegaba hasta las rodillas y él pudo ver la abertura en medio del culo que dejaba ver unas piernas largas y bien torneadas.

Ella habló con un camarero que estaba detrás de la barra y Hans apreció aquella melena negra como el azabache, que rodeaba una cara muy bella. Unos ojos verdes luminosos, esa naricita recta y unos labios rojo pasión, muy jugosos, que se movían seductoramente al modular las palabras. ¡Qué bella que era esa mujer!

Le llevaron su whisky y él lo agradeció sin apartar la vista de la morenaza de infarto. Su espíritu de truhan salió a relucir y se propuso conocerla mucho mejor antes de volver a su país.

Ella, a pesar de no tomar nada, se paseaba por allí y parecía estar pendiente de todo. Después del segundo whisky, Hans se levantó, se le acercó y se presentó.

—Hola, soy Hans Lieben. —Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Grace Hamill, encargada; ¿qué se le ofrece?

Él entendió por qué iba de aquí para allá sin consumir nada.

—¿Me permite que la invite a una copa?

—Estoy trabajando, señor Lieben.

—Entiendo.

—En otro momento, ¿quizás?

—Tal vez —contestó ella sin comprometerse.

—Un placer haberla conocido, señorita Hamill, nos volveremos a ver.

—Buenas noches —respondió con una sonrisa.

«¡Wow, qué sonrisa!», admiró él.

Capítulo 2

Sony había salido a pasear por los alrededores de su casa, le gustaba caminar un rato por las mañanas antes de ponerse a trabajar. Dany ya se había ido a la oficina de la aseguradora Erlington que había abierto en Innsbruck y ella caminaba con su perro Sultán. Le vino a la memoria el día de su cumpleaños, había sido maravilloso.

Él la había despertado con una bandeja de desayuno en la cama llena de exquisiteces. Con una rosa de tallo largo y una lluvia de besos en la cara. Ella despertó como en una nube.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

Sony se le enroscó en el cuello y lo besó profundamente.

—Mmm, vamos a celebrarlo en la cama —susurró ella a un suspiro de los labios de él.

Mucho más tarde, dejaban la cama y se duchaban juntos.

—Hoy pasaremos el día en Viena, cariño —le informó él—. Nada de trabajo, hoy solo placer.

—¡Fenómeno! —exclamó Sony.

Dany había preparado el día anterior una pequeña maleta con una muda para pasar la noche en Viena y la tenía en el maletero de su

Audi Q5 blanco. Cuando ella estuvo lista se montaron en el coche y cogieron la autopista A1 que con poco más de cuatro horas los llevó a su destino. Se pasaron la tarde callejeando y viendo los fantásticos palacios de los Habsburgo, navegaron por el Danubio y se subieron a la noria del Prater, desde donde se veía toda la ciudad.

—Será mejor que nos quedemos aquí y volvamos a casa mañana —dijo Sony mientras contemplaba las espléndidas vistas dentro de lo que parecía un vagón de tren. Lo que él ya esperaba.

—Genial, cielo. Hoy es tu día. —Capturó los labios de Sony y se recreó en el sabor adictivo de sus besos.

Al bajar de la noria la guio hacia un hotel y, mientras ella contemplaba el cielo luminoso de la ciudad, él aprovechó para pedir la llave de su reserva en recepción. Subieron a la suite del último piso y lo primero que llamó la atención de Sony fue un hermoso ramo de rosas rojas de tallo largo.

—Qué atentos, ¿no? —comentó mientras olía las flores. Entonces su mirada azul recayó sobre una gran caja con un lazo que había sobre la cama—. Creo que nos hemos equivocado de habitación.

—¿Por qué? —Dany no podía ocultar una sonrisa que tiraba de sus labios.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—Lo tenías preparado, esperabas que te dijera de quedarnos aquí.

—No lo voy a negar. Ahora nos subirán la maleta del coche. ¿No tienes curiosidad por ver lo que hay dentro? —dijo señalando la caja.

Sony se arrodilló sobre la cama y tiró del lazo; al levantar la tapa, se quedó con la boca abierta. Sacó un vestido precioso de color plata, bajo este había unos zapatos del mismo tono y ropa interior a juego.

—Es hermoso.

—No más que tú. Ahora, póntelo que tu día aún no ha terminado.

Ella se le tiró al cuello y le besó con pasión. Él no le permitió avanzar todo lo que ella quería. Si lo hacía no llegarían a la fiesta. Un rato más tarde, cuando ella salió del baño con las prendas que le regaló, contuvo el aliento al ver lo espectacular que estaba.

Sony admiró el esmoquin que él lucía y levantó una ceja.

—Cariño, no puedo vestir de vaqueros con una diosa como tú.

Al salir del hotel los estaba esperando un coche que los llevó al Santana's. Cuando el chofer les abrió la puerta para que salieran, ella

lo miró con la sorpresa pintada en los ojos.

—Siempre pensé que cuando viniera aquí lo haría con las chicas.

—Si quieres nos vamos —ofreció él.

—De ninguna forma, tú sabes la envidia que les daré cuando les diga que he estado aquí.

Él no dijo más, ahuecó el brazo para que ella se cogiera y le enseñó al gorila de la puerta su tarjeta de socio, que le servía en cualquiera de los clubes que Federico Santana tenía por todo el mundo. Este le flanqueó la entrada y sus ojos se movían alrededor admirando el lujo que había por donde mirara. Él la condujo hasta el restaurante y allí se llevó la gran sorpresa al encontrar a todos sus amigos. Se soltó del brazo de Dany y sus amigas Maxine, Nerea, Alex y Carolina la envolvieron en un caluroso abrazo.

—No se te ocurra llorar, que se te va a correr el rímel —advirtió Alex, al ver la emoción en sus ojos.

—Pero… ¿de dónde habéis salido?

—Eres tú la que llegas tarde, aunque te perdono, estás espectacular —afirmó Nerea admirando cómo le quedaba aquel fantástico vestido—. Además, tus amigos son muy simpáticos.

Sony había pasado la velada como en una nebulosa de felicidad. Al recordarlo no podía evitar sonreír.

***

Ese día, cuando Dany terminó con su trabajo y subió a la montaña, al lado de su amor, tenía una sorpresa para ella.

—¿Cómo ha ido el día cariño? —Siempre preguntaba al llegar a casa y acercarse a besarla.

—Fantástico.

—¿Te gustaría acompañarme a París? Tengo una reunión con Pierre dentro de tres días. Había pensado que podíamos viajar juntos. —De vez en cuando iba a alguna junta en la central de la empresa aseguradora Erlington, de la cual Pierre era propietario y presidente. Otras veces hablaba con él a través de Skype y cambiaban opiniones. Sin embargo, la insistencia de su jefe en verlo en persona era algo

raro.

—Desde luego que sí. Sabes que me encanta París —contestó ella entusiasmada—. ¿Cuándo partimos? Me despejaré la agenda y le pasaré a Klara lo que no pueda mover. Podemos pasar unos días allí.

Dany estaba encantado con el entusiasmo que Sony ponía en todo.

Klara era una ingeniera informática recién salida de la universidad, que colaboraba con Sony.

—Lo que tú quieras, cielo. —Dany la envolvió entre sus brazos y la besó con hambre.

Al mediodía siguiente salían hacia la ciudad del amor. El viaje de diez horas lo hicieron por partes, se paraban de vez en cuando a caminar, tomarse un café o hacer un pis. Ya era noche cerrada cuando llegaron al apartamento que Dany tenía en Avenue de Versalles. Cenaron en un restaurante desde donde se veía el Sena y se retiraron a descansar. Al día siguiente ya recorrerían el centro histórico de la ciudad.

Dany se reunió con Pierre Erlington; después de informarle de los progresos de la nueva oficina que había abierto en Innsbruck y de intercambiar opiniones sobre la expansión de la empresa, Pierre le dijo que, habiendo quedado libre el puesto de Mckenzie en Nueva York, había pensado en él para ocupar su lugar. Le endulzó la noticia con la oferta de casa y un sustancioso aumento de sueldo en la ciudad de los rascacielos. Él quedaría al mando de aquella oficina, sería el presidente.

—Señor, me alegra mucho que haya pensado en mí para ese puesto. —Dany alucinaba en colorines, la oferta no podía ser mejor—. Sin embargo, supongo que entenderá que lo tengo que hablar con mi mujer.

—Por supuesto, no esperaba menos. —Después de hablar del gran cambio que supondría ese traslado, se despidieron con un apretón de manos—. Espero tener noticias suyas muy pronto.

Al salir del edificio, se encontró con su amigo y compañero, Gustavo.

—Tío, qué bueno verte. Últimamente no vienes mucho por aquí.

—Hemos entrado en la era tecnológica, ¿recuerdas? Puedo asistir a las reuniones con mi ordenador —se burló Dany.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—El jefe insistió.

—¿Ha pasado algo? —La cara de Gustavo no era de preocupación, era la mirada del cotilla que llevaba dentro.

—Nada para inquietarse, todo está controlado.

—No me lo vas a contar, ¿no?

—Te enterarás a su debido tiempo.

—Tú sí que sabes dejar a uno con un palmo de narices. —La expresión hizo que los dos se rieran.

—Anda ve y haz ver que trabajas —bromeó Dany—. Es posible que nos veamos en los próximos días, estaremos en la ciudad.

—No te marches sin que nos tomemos unas cervezas.

—Hecho. —Dany lo vio entrar y él se quedó aspirando el aroma que lo envolvía tan característico de París, preguntándose qué pensaría Sony de irse a vivir al otro lado del mundo. Para él era una gran oportunidad, no obstante, pensaba en lo apegada que estaba a sus montañas y no quería que fuera infeliz por seguirlo a él. Antes rechazaría la oferta.

Sony había pasado la mañana paseando por Montmartre, el considerado barrio bohemio de París, donde podían verse pintores en la calle exponiendo sus obras y pintando. Estaba admirando la destreza de una chica cuando sonó su móvil.

—¿Dónde estás, cariño? —preguntó Dany al otro lado de la línea.

—En Montmartre.

—Genial, voy para allá.

Media hora más tarde, se reunían en el avenue Junot.

—Es fantástico —exclamó Sony—. Hay verdaderos artistas en estas calles, es una pena que ninguna galería de arte los contrate.

—Cielo, más de uno rechazaría la oferta. Para ellos es su forma de vida.

—*La vie bohème* —dijo ella en perfecto francés con una gran sonrisa—. ¿Cómo te ha ido en la reunión?

Vio que Dany cogía aire con fuerza y esperó que le contara.

—Le he dicho que tenía que hablarlo contigo.

—¿Qué pinto yo en Erlington?

—En Erlington nada, en lo que me han propuesto sí. —Dany la guio hacia un restaurante y el metre los colocó en una mesa donde podían ver los puestos callejeros.

—Me tienes en ascuas, dilo de una vez —exclamó ella, impaciente por naturaleza.

—¿Qué te parecería irnos a vivir a Nueva York? —Hala, ya lo había soltado, así sin anestesia ni nada.

Sony pensó que le tomaba el pelo y estalló en carcajadas.

—Sí, claro, y dentro de un año nos podemos trasladar a la Patagonia, seguro que Papá Noel tendrá muchos juguetes para asegurar.

Él sonreía al ver su hilaridad. Les sirvieron unas copas de vino blanco que había pedido y ella allí descojonándose.

Sony vio la sonrisa de él y supo que no estaba bromeando.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Sí. Mi jefe quiere nombrarme presidente de la oficina de Erlington en Nueva York. Ocuparía el lugar de Mckenzie.

—¿Del tipo aquel que terminó en chirona cuando hicimos el cambiazo de la botella de Alex?

Dany asintió y ella se incorporó apoyando la espalda en el respaldo de la silla y tomando un sorbo de vino. Él podía darse cuenta de la lucha interna que mantenía Sony, le cogió una mano por encima de la mesa.

—No tengo que contestar ahora mismo, tranquila, piénsalo con calma. Sé que estás muy apegada a Innsbruck y a sus gentes. Tómate tu tiempo, sin prisas.

—Es una excelente oportunidad para ti.

—Sí, pero no iré a ningún sitio sin ti. —Después de decirlo se dio cuenta de que se habría tenido que morder la lengua.

—Muy bonito; si digo que no, puedes arrepentirte en un futuro y echarme en cara que te corté las alas. Si digo que sí...

—Nunca haría eso y lo sabes. Quiero estar a tu lado, sea en Innsbruck, Nueva York o en el culo del mundo. Porque te amo, aquí y en la luna. Estemos donde estemos, juntos, siempre juntos.

—No me digas esas cosas, sabes que me ponen como una moto, saltaré la mesa y te comeré a besos.

En ese momento la carcajada la soltó él. Decidió dejar el tema para más tarde y comer una buena quiche Lorraine y confit de pato. La distrajo haciéndole que le contara lo que más le había atraído de Montmartre y ella se entusiasmó al describirle las callejuelas por las

que había paseado.

Por la tarde callejearon cerca del Sena, admirando la isla de San Denís y, cuando volvieron al apartamento, Sony se sacó los zapatos de un puntapié en el salón.

—Tengo los pies hechos polvo —dijo derrumbándose en el sillón.

—Ven, cariño, una ducha te dejará como nueva. —Dany la cogió en brazos y la llevó al baño donde, después de desnudarla, lo hizo él y la sentó en la repisa de mármol, tirándole agua fría en los pies.

—Oh, qué bueno es esto. Si nos vamos a Nueva York voy a echar de menos mis botas.

—La gente allí va elegante y con deportivas, ¿no te fijaste cuando estuvimos? —Dany se daba cuenta de que ella estaba sopesando en serio trasladarse a la ciudad de los rascacielos. No iba a presionarla.

Dos días más tarde, y después de haber notado sus ausencias mientras ella se debatía entre ir y quedarse, al fin, una tarde en la que estaban disfrutando en la terraza de los débiles rayos de sol que se ocultaba en el horizonte:

—Nos vamos a Nueva York —exclamó Sony. En un santiamén se encontró en el regazo de Dany, que le preguntó si estaba segura de ello—. Completamente. Mi hogar está donde estés tú.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Hans fue a las oficinas del FBI y preguntó por Robert Carter. Este le recibió en su despacho acristalado.

—Soy Hans Lieben.

—Le estábamos esperando; un segundo, por favor. —El superior tocó un botón del intercomunicador y dijo con voz de mando—: Que venga Clark Sallow.

Mientras lo esperaban, se interesó por cómo le había ido en el viaje y si ya se había instalado.

—Sí, señor. Todo perfecto. A punto para ponerme a trabajar.

En ese momento, dos golpes en la puerta anunciaban la llegada de Sallow. Hans se levantó para estrecharle la mano al tiempo que Carter los presentaba. Se fijó en que el hombre no parecía muy contento. Se preguntó si se debería a su presencia.

El superior se sentó tras la mesa y ellos dos en los sillones frente a él.

—Su jefe, Mayer, estuvo poniéndome al corriente de las correrías de don Finn y que creen que está en contacto con algunas bandas de aquí.

—Sí, señor. Ha estado haciendo muchas llamadas a un tal Díaz, jefe de los Diablos Negros que operan en el Harlem. Pero, si le soy sincero, creo que es una especie de señuelo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sallow.

—Normalmente, Finn no deja constancia de sus actos y que de repente salgan esas llamadas... Apostaría a que lo usa de pantalla mientras tiene contactos en otras bandas. Para que investiguemos a Díaz y otro le haga el trabajo sucio.

—Lo que dice tiene sentido —estuvo de acuerdo Carter—. ¿No crees, Sallow?

—Es posible —asintió el aludido.

—¿Tienen alguna pista de lo que pretende Finn? —preguntó el inspector que se ocupaba de las bandas.

—Es un tipo con grandes aspiraciones, sus negocios abarcan desde contrabando, drogas, secuestros con rescates, y últimamente sospechamos que tiene contactos con productos químicos. Como si estuviese planeando fabricar explosivos.

—¡Eso es una bomba de relojería! —exclamó el superior.

—Exactamente, señor; sus ansias de grandeza no tienen fin. Podría estar pensando en hacerse con algún país y nos sería muy complicado pararle los pies.

Carter miró a su hombre.

—Deben averiguar quiénes colaboran con ese sujeto —ordenó a Sallow—. Quiero a todo el mundo en alerta. Los tipos así no se andan con chiquitas; si ya ha fabricado las bombas y logra introducir algunas en varios países, nos encontraríamos con la tercera guerra mundial.

—Señor, con todo el respeto, si se estuviese cociendo algo tan gordo, la CIA habría dado la alarma —afirmó Sallow—. Lo que yo creo es que nos quiere hacer bailar en círculos mientras él se cachondea de nosotros, llevando a cabo unos planes menos ambiciosos. —Entonces miró a Hans—. Lieben, por lo que he podido entender de los informes que hemos intercambiado, y con mis propias investigaciones, Finn no es ningún nazi que quiera gobernar el mundo. El tipo tiene sus negocios ilícitos, en eso tiene razón, pero esto de los químicos es otra pantalla. Pretende jugar con nosotros. Es como Al Capone, que todo el mundo sabía a lo que se dedicaba y, sin embargo, lo cazaron por evasión de impuestos por no poder probar nada ante un jurado.

—Quizás tenga razón —asintió Hans de mala gana.

—Mientras no sepamos con quién hace tratos ese tipo, quiero que

estén en máxima alerta —volvió a repetir Carter—. Llamaré a mi contacto en la CIA a ver qué saben ellos de todo este asunto. Los mantendré informados.

Hans y Sallow salieron del despacho y el segundo lo llevó a recorrer el edificio, mostrándole toda la tecnología, los laboratorios y las salas de interrogatorios. Le iba presentando a algunos compañeros. Era como si se tomara a broma todo lo que habían hablado con el director. Hans no salía de su asombro. ¿Cómo podía ese hombre tomarse tan a la ligera lo que había oído?

En los sótanos los recibió una pelirroja que sonrió cuando los vio y se quitó unas gafas con unas lupas que hacían que pareciera un pez.

—Hola, April, te presento a Hans Lieben; viene de Austria para una colaboración —lo presentó Sallow.

Ella lo miró de arriba abajo antes de estrecharle la mano.

—Es un placer, señor Lieben.

—Llámame Hans —dijo él devolviéndole el repaso a aquel cuerpo escultural. A esos almendrados ojos ámbar. Era guapísima sin aquel horrible artilugio tapándole la risueña mirada—. ¿Qué haces aquí tan escondida? ¿O es que te tienen castigada? —añadió con una de sus seductoras sonrisas.

—Estos son mis dominios, hago máscaras de silicona que luego utilizan los agentes cuando necesitan camuflarse. —Le enseñó en la que estaba trabajando y una estantería llena de ellas.

—¿Las usáis a menudo? —preguntó sorprendido a Sallow.

—Cuando no queremos que nos reconozcan —respondió seco, al ver las miradas que se lanzaban April y Lieben.

—Es bueno saberlo.

El americano sacó de allí a Hans, había pretendido chulear ante él de sus mejores medios de investigación, y de aquella mujer a la que por mucho que lo intentara no conseguía ni tan solo una cita. Y resultaba que llegaba este desde Europa y ya se habían radiografiado ante sus propias narices.

Sallow volvió a llevarlo al segundo piso, donde tenía su oficina, y le presentó a los agentes que trabajaban bajo su mando. Luego le dijo que tenía que salir y desapareció por la puerta. Hans no se lo podía creer, ese hombre era estúpido. Ni siquiera le había dicho a alguno de sus hombres que investigara a Díaz; por algún lugar tenían que

empezar, y de momento solo tenían esa pista. Por mucho que creyeran que era una cortina de humo, deberían salir a buscar a ese sujeto e interrogarlo.

Al que le habían presentado como Edevane, se le acercó al verlo mirar por la ventana.

—¿Te apetece un café? —Al ver su mirada furibunda, añadió—: Es un buen tipo, pero no le van los cambios.

—Creo que sí que me tomaré ese café contigo. —Hans pensó que tal vez le aclarara qué le pasaba a ese hombre que parecía no tomarse en serio el porqué de su presencia.

Fueron a un cuarto acristalado donde tenían una cafetera y Edevane le puso delante una taza enorme. Hans se la quedó mirando con el ceño fruncido. ¡Café americano! Como ya sabía era muy flojo, a él le gustaba más fuerte, no obstante, no dijo nada, tendría que acostumbrarse.

—¿A qué te referías cuando has dicho que a Sallow no le van los cambios?

Edevane sonrió.

—Que, en su reino, él es el rey. Me ha dado la impresión de que con tu presencia se ha sentido amenazado.

—¡Joder! ¿Es que estamos en el patio de un colegio? He venido siguiendo unas pistas. No pretendo sentarme en su sillón.

Eso sacó una carcajada al americano.

—No, ya verás cómo la mala leche se le pasa pronto.

—Eso espero. —Hans se terminó la aguachirri de su taza y le dijo que le hablara de las bandas operativas en la ciudad.

Se sentaron los dos ante el ordenador de Edevane y Hans sacó su iPad e iba tomando notas de lo que le decía el investigador. Le hablaba sobre los encuentros planificados para gobernar los territorios de los demás. Las batallas campales y cómo en cuanto aparecía la policía desaparecían como si alguien los hubiese avisado.

—¿Estás tratando de decirme que pueden tener algún topo que los alerta?

—Si no es así... no se entiende.

Ya sabía que había agentes corruptos en todas partes. Sonó el teléfono de Edevane y, mientras hablaba, Hans tomó nota de todos los que le habían presentado de aquella unidad. Debía saber en quién

confiar y quién no.

—¿Y no se ha investigado quién puede ser ese topo? —preguntó Hans cuando el otro cortó la llamada.

—Sallow dice que no hay ningún topo, que las sirenas los alertan y salen cagando leches.

—Es posible —reconoció sin estar para nada convencido.

En cuanto tuvo toda la información que quería, le mintió a Edevane diciéndole que le estaba afectando el *jet lag* y se marchó. Se conectaría con su ordenador en el hotel y encontraría respuestas.

Capítulo 4

Grace Hamill era la mujer de confianza de Federico Santana, el dueño del club con el mismo nombre. Normalmente, se la podía encontrar en la cafetería, donde era la encargada, sin embargo, estaba al corriente de todo lo que ocurría en el edificio. Cada planta tenía su responsable, todos sabían el trabajo que debían hacer; los contratos que habían firmado eran muy claros. Tal como todos conocían la amistad entre el jefe y Grace, y acudían a ella para cualquier cosa.

Grace conocía a Federico desde su etapa universitaria y la confianza entre ellos era total. Él sabía que el club no podía estar en mejores manos. Lo había comprobado cada vez que viajaba a Nueva York, cuando se reunía con ella y podía ver que todo iba sobre ruedas.

—Grace, mira lo que he encontrado al recoger una mesa. —Thomas, uno de los camareros, le tendió un papel doblado.

Ella lo abrió y leyó en letras mayúsculas:

«ESTE NEGOCIO TE VA GRANDE. ME NECESITAS».

Grace no le dio importancia.

—Tíralo, a saber a quién va dirigido, no hay ningún nombre. No somos la oficina de correos.

Unos días más tarde, se volvió a encontrar una nota bajo una taza vacía. Robinson, un muchacho que hacía pocos meses que trabajaba allí, se acercó a Grace y se la entregó.

«ERES MUY GUAPA. POR UN PRECIO TE OFREZCO MI PROTECCIÓN».

Ella le dio las gracias al camarero y se quedó mirando aquella misiva, no hacía ni una semana que habían encontrado otra, ¿qué pasaba allí? ¿Es que alguien se dedicaba a dejar mensajes para otros clientes? Ese parecía amenazador. Perpleja porque el club no permitía la entrada a cualquiera, sino que debían ser socios, se preguntó de qué iría todo aquello y se propuso tener los ojos bien abiertos.

Una semana más tarde, al salir del club e ir al aparcamiento subterráneo donde dejaba el coche, se encontró una nota en el limpiaparabrisas.

«CREÍA QUE LAS TONTAS ERAN LAS RUBIAS, LAS MORENAS TAMBIÉN LO SON».

«¡Qué tontería!», pensó. Para no tirar el papel al suelo, lo dejó en el compartimento bajo el reproductor de CD y se olvidó de él. Había quedado con su amiga Nicole para una noche de chicas con cine y palomitas en su casa. Vivía en Bensonhurtst, en Brooklyn, se dirigió hacia el puente para llegar allí.

Cuando le abrió la puerta se abrazaron entusiasmadas. Nicole era como una hermana para Grace, habían crecido juntas en aquella parte de Nueva York. Fueron vecinas desde que tenían memoria y, al contrario de Grace, su amiga se quedó en el barrio que la vio nacer. Siempre decía que le gustaba estar cerca del mar, a la vez que de la desembocadura del río Hudson. Era maestra de Matemáticas en el Brooklyn College. Era activa y enérgica. «Si no lo fuera mis alumnos me comerían viva», siempre decía cachondeándose de sí misma, refiriéndose a su baja estatura, que la mayoría de sus alumnos superaban.

—Ya era hora de que encontraras un hueco para nosotras, trabajas demasiado —afirmó besando a Grace en las mejillas—. Le tendré que decir a Federico que es un negrero.

Aquel comentario las hizo estallar en carcajadas a las dos. Ambas lo conocían, pero Nicole no tenía apenas trato con él.

—Siempre te digo que es un buen jefe —dijo Grace sacándose los zapatos. Le encantaba andar descalza después de un largo día de trabajo. Solía llevar sus deportivas en el coche y se las ponía al salir del club, pero al ir a casa de su amiga no lo había hecho.

—Eso ya lo sé; si no, le habrías dado una patada en el culo. No te costaría nada que te contrataran en cualquier lugar.

—No insistas, guapita, sabes que me encanta mi curro. ¿Qué película vamos a ver hoy? —Las dos eran amantes de las románticas y comedias de los años sesenta.

—*Mi juego favorito*, de Rock Hudson.

—Perfecto, la teníamos pendiente desde hace tiempo.

—¿Qué te parece si cenamos una pizza antes de las palomitas? —la tentó Nicole—. Tenemos que ponernos al día.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Grace—. Tienes algo que contarme. —Los ojos azules de Nicole chispearon. Fue hacia la cocina y su amiga la siguió. La vio servir dos copas de vino y llevarse la botella al salón. Se sentaron en el sofá ante una mesita baja—. No me tengas en ascuas, desembucha.

—Espera que pida la pizza. —La vio coger el teléfono—. ¿Hawaiana?

—Sí, mmm. —Grace puso cara de placer.

Una vez hecha la comanda, Nicole subió los pies al sofá de cara a Grace.

—Me estoy viendo con un tío.

—¿Qué tiene eso de raro? Que yo sepa siempre tienes a alguien babeando detrás de ti. Las dos sabemos que no eres ninguna monja. —Con su cabello rizado rubio, sus ojos azules y sus curvas tentadoras nunca le faltaba compañía masculina.

—Este no es como los otros.

—¿No me digas que te has pillado por algún hombre? ¿Es algún profesor?

Nicole negó con la cabeza.

—Es un exalumno mío —al decirlo parecía avergonzada.

—¿Por qué lo dices de esa manera? Supongo que será mayor de edad. ¿Qué problema hay?

—Que le llevo cinco años, por Dios —parecía compungida.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en ello? Por favor, Nicole que estamos en el siglo XXI, además, no es ningún niño.

—Eso ya lo sé, pero si los otros profesores se enteran pueden pensar que ya estábamos liados desde antes.

—¡Qué cojones! —exclamó Grace—. No era así, ¿verdad? —La

maestra negó con la cabeza—. Pues si no pueden demostrarlo, se tendrán que callar. Tanto tú como él podéis hacer lo que os dé la gana. A nadie le importa.

Aquellas palabras parecieron animar a Nicole.

—¡Es tan mono! —Soltó un suspiro—. A pesar de que al principio le hubiese roto la cabeza con un bate de béisbol.

Grace soltó una carcajada al pensar que eso solía pasar con el tiempo.

—Sí que empezasteis bien.

—Era miembro de la banda Empowered —al decirlo vio que Grace iba a interrumpirla y levantó una mano para que la escuchara—. Era un chuleta odioso. Un día me lo encontré en el supermercado y él hizo como que no me veía, lo encaré. Le pregunté que por qué se juntaba con esos delincuentes. Me contestó que no había conocido nada más, que todos sus amigos lo eran. Que a sus padres no les preocupaba, que apenas se relacionaban. Mantuve una charla con él, le hice ver que nunca llegaría a nada si seguía por ese camino. Que si quería ser un hombre de provecho debía elegir entre seguir como estaba, y terminar algún día en la cárcel, o buscarse un trabajo.

Grace la miraba entrecerrando los ojos.

—¿Y te hizo caso?

—A partir de ese día, empezamos a vernos y a salir. Me demostró que podía confiar en él.

—¿Estás segura? —Grace y todos los habitantes de Nueva York sabían que, una vez que los chicos entraban en una banda, difícilmente salían.

—Se ha convertido en un encanto. Estoy segura de que llegará muy lejos.

—Y, por el camino, te ha seducido.

—Podríamos decir que estamos muy bien juntos. Es un hombre dulce, atento, respetuoso, cariñoso...

—No sigas, no sigas, ya lo pillo. —La verdad era que Grace no creía que el miembro de una banda se convirtiera con una simple charla—. Sabes muy bien que no creo en el amor, mi ex me vacunó sobre ese sentimiento. No confío en los hombres, he sido testigo de muchas infidelidades, las veo a diario en el club. Los tíos se casan con unas y al poco tiempo los ves entrar en los reservados con otras. Soy

consciente de que no soy la mejor dando consejos. Solo quiero que tengas cuidado.

El timbre de la puerta cortó lo que estaba diciendo, era el repartidor con la pizza. Como si fuera un acuerdo, ninguna de las dos volvió a hablar de ese rollete o lo que fuera de Nicole. Después de cenar prepararon un bol grande de palomitas y pusieron la película. Las carcajadas empezaron muy pronto, el actor bordaba su papel y ellas se doblaban de la risa. Hubo momentos que se les escapaban hasta lagrimones de tanto reír.

—¡Mira que es zoquete! —exclamaba una.

—Es que el pez lo ha pescado a él —decía la otra.

Al salir *The end* las dos lucían unas esplendorosas sonrisas.

—Ha sido buenísima.

—Ni que lo digas.

Comentaron los pasajes más cómicos, reviviendo las peripecias de aquel escritor al que todo el mundo consideraba un maestro de la pesca y que resultaba que no sabía ni tirar la caña.

Las dos amigas se despidieron con el firme propósito de encontrarse y hacer noche de chicas más a menudo. Grace, ya en su coche y camino de su piso en Nueva Jersey, recordó lo del ligue de Nicole. Esperaba estar equivocada con ese mal presentimiento que tuvo al escuchar a su amiga.

Capítulo 5

A Hans le parecía que lo estaban tratando de idiota. Cada día salió con uno u otro a las calles y hacían algunas preguntas a los pandilleros. Estos contestaban de mala gana o simplemente cerraban el pico con la excusa de que no estaban haciendo nada malo, y no podían detener a nadie para interrogarlo.

Cada vez que le decía a Sallow que no estaban avanzando nada, este le contestaba que ese tal Finn les había tomado el pelo, que en Nueva York lo tenían todo controlado. Que sus informantes no sabían nada de ninguna conspiración para cometer algún delito mayor.

—Señor, ¿por qué no me deja hablar con Díaz? Esas llamadas...

—Díaz es un idiota que solo se mete en berenjenales por diversión y lo respalda su banda de subnormales.

—Me da lo mismo, solo quiero tenerlo delante y ver qué tiene que decir.

El superior no estaba por la labor de claudicar a los deseos de aquel que pretendía poner en el ojo del huracán a las bandas que llevaban un tiempo sin causar demasiados problemas. Su división hacía algunas detenciones por camorras o delitos menores y los delincuentes se pasaban unas horas en el calabozo hasta que se les pasaban los efectos del alcohol o las drogas que se hubiesen chutado. No había conspiraciones de nada, consultó a sus informantes y estos

no sabían de ningunos planes inminentes.

Hans, harto de la pasividad de aquel hombre, salió de la oficina y fue a alquilar un coche, necesitaba moverse con libertad. Sin nadie de ellos que hiciera la vista gorda o que persiguiera a un ladrón de bolsos o de móviles.

Ya con un Honda Civic gris, puso el GPS y se dirigió a Brooklyn; estuvo recorriendo las calles y vio a algunos grupos de muchachos que eran carne de prisión. Aparcó y los observó de cerca. No creía que ninguno de ellos tuviese suficiente seso más que para obedecer órdenes del cabecilla. Estuvo un buen rato, se provocaban entre ellos y a las personas que los miraban. Con el móvil hizo unas fotos para cotejar con la base de datos.

Arrancó y se fue al Bronx; allí, como tenía hambre, dejó el coche en un aparcamiento subterráneo y empezó a recorrer las calles, se comió un perrito caliente en un puesto callejero mientras miraba a los transeúntes que inundaban las aceras. La gran mayoría eran latinos e hispanos, aparte de los turistas. Le llamó la atención un grupo que bailaba hip hop en un parque y era todo tan nuevo para él que vio ese espectáculo con interés. Tenían talento. No muy alejados de allí un grupo de muchachos parecían trapichear con drogas. Disimuladamente, como si estuviera contestando algún mensaje, les hizo unas fotos.

Al volver al coche, se preguntaba por qué eso que estaba haciendo él solo no lo hacían los compañeros del FBI. Sin embargo, no podía decírselo a nadie; si en verdad había un topo en las oficinas..., tenía que encontrar a alguien en quien confiar.

Frustrado por las horas que estuvo recorriendo las calles, volvía a su hotel y se detuvo en Harlem, justo al lado de Central Park, allí abundaba la población afroamericana y una idea descabellada se le pasó por la cabeza. Era consciente de que con aquellas vestimentas era como si llevara tatuado en la frente «soy extranjero, atrácame» o «soy policía, dame una tunda». Tenía que ir de compras, pero antes cogió su teléfono y llamó a April, la experta en máscaras.

—Soy Hans, ¿te apetece que nos tomemos una copa?

—Desde luego que sí. —Su tono de voz le decía que tenía esa bonita sonrisa en los labios.

—¿Qué te parece si nos encontramos en Santana's Club?

—Wow, ¿tienes tarjeta? Ahí no entra nadie si no tiene pase.

—La tengo.

—Yuju, ¡qué pasada! —exclamó April.

—¿No has estado nunca?

—¿Me ves a mí cara de tener tarjeta de ese club de ricos? —Ella misma soltó una carcajada.

—Te espero en la entrada —dijo él con una sonrisa. Sabía que iba a jugársela con aquella chica, porque presentía, por el comportamiento de Sallow cuando se la presentó, que había algo entre esos dos, y pensaba averiguarlo antes de poner la carne en el asador. La noche anterior estuvo investigándola y no encontró nada fuera de lo normal, algunas multas de tráfico por exceso de velocidad y nada más. No obstante, la tantearía, no quería que lo que de momento era una quimera le estallara en la cara.

—Estaré allí en treinta minutos.

—Ok.

Cuando ella llegó lucía su sonrisa fácil y él admiró su sencillo atuendo, que con su cuerpo le quedaba estupendamente. Una falda corta negra que acentuaba sus largas piernas, una camisa rosa pastel y una chaqueta de un tono más oscuro. En los pies calzaba unas botas con poco tacón. Se notaba que apostaba por la comodidad.

—Hola, ¿hace mucho que esperas?

—No, eres una mujer puntual.

—Es que a mí me molesta mucho que me digan a las seis y aparezcan media hora más tarde.

—¿Te pasa muy a menudo?

—¡Ufs! —April movió las manos como queriéndole decir que sí.

Hans sonrió y entraron en el local bajo la atenta mirada del bruto que controlaba la puerta. La vio a ella mirar alrededor, admirando el lujo que reinaba por todas partes. La guio hacia la cafetería y se sentaron en una mesa. Enseguida fueron atendidos por un camarero.

—¿Te apetece un cóctel Old Fashioned?

—No lo había escuchado en mi vida.

—¿Te gusta el whisky?

—Sí.

—Entonces, te gustará.

April asintió y el camarero se alejó.

—¿Cómo te va con Sallow? —preguntó ella.

—¿Es que tenemos telepatía? —soltó él con una sonrisa. —Precisamente estaba pensando si hay algo entre vosotros, no quisiera ponerme entre los líos de nadie.

April se rio, aquella risa musical a él le había gustado desde el primer momento que la conoció.

—Eso es lo que quisiera él. Se cree que, por ocupar su lugar, los demás somos sus esclavos. Suerte tengo de estar en mi sótano, allí no me puede mangonear como les hace a los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un egocéntrico. Se cree superior a todos y les ordena que le saquen las castañas del fuego. Luego, él se pone las medallas ante los jefes. Los compañeros están esperando a que se jubile alguno de los superiores, a ver si lo pierden de vista.

—Entonces, ¿no hay nada entre vosotros? Me pareció como si le molestara que te mostraras tan cordial conmigo. Como si hubiera algo que oculta al mundo.

—¡Qué va! —April soltó una risita—. Siempre dice que los agentes que requieren mis servicios son unos cobardes. Si por él fuera mi departamento no existiría. Cree que es un desperdicio de fondos.

—¿Y tú qué piensas?

—Que todos los que han utilizado las máscaras y una buena caracterización se han podido infiltrar entre maleantes y han terminado cogiendo a los malos. Creo que es eso lo que le molesta, que él solo se dedica a mantener a los pandilleros a raya.

—En mi país actuamos de otra forma —dijo él sin terminar de entender eso de mantenerlos a raya—. A los delincuentes se los arresta y se los encierra a la espera de juicio. Imagino que las leyes deben ser similares. Me cuesta creer que tenga a toda una unidad para hacer de vigilantes como si se tratara del patio de un colegio. He escuchado en más de una ocasión de que ha habido muertos en esas batallas campales.

—Sí, cierto, pero nadie ve nada, nadie dice nada.

—¡Joder, y los culpables se van de rositas! No puedo creerlo. —Hans alucinaba.

—Ese es el motivo por el cual sus hombres miran hacia otro lado en muchas ocasiones. Mientras se maten entre ellos...

—Menos papeleo, trabajo, juicios, y todo lo que conlleva hacer cumplir la ley.

Ella asintió con la cabeza.

En ese momento, entendió que a Sallow le había molestado que llegara él con aquel informe sobre Finn y su conexión con Nueva York. Que él no supiera nada de ello le había resultado un insulto. ¡Por eso estaba poniéndole trabas cada vez que sugería algo! ¡Vaya vago que tenían al mando de aquella unidad!

El camarero les llevó los cócteles y cuando ella lo probó cerró los ojos de gusto.

—Esto está divino.

—Te he dicho que te gustaría —dijo él saboreándolo también.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo puede ser que tengas la tarjeta que te permite estar aquí, si acabas de llegar a la ciudad?

Él soltó una carcajada ante el tono fingido de indignación que ella había empleado.

—Porque, una vez que te la dan, la puedes utilizar en cualquier Santana's del mundo.

—¡Anda ya!

—Sí, te lo aseguro, me la dieron en Viena.

—Me gustaría ir a Viena.

—Te encantaría, es muy distinto a Nueva York.

Mientras, Hans estaba observando a April con atención. Por sus palabras estaba seguro de que no simpatizaba con Sallow.

—¿Cuánto hace que trabajas en el FBI?

—Desde que salí de la universidad; si te digo la verdad, nunca pensé encontrar un trabajo así. Lo mío es el modelaje, ya has visto lo que hago. Disfrazar gente. Siempre esperé encontrar empleo en alguna compañía de teatro, me imaginaba que sería divertido. Podría mostrar mi creatividad al mundo.

—¿Estás tratando de decirme que el trabajo que haces no te gusta?

—No, lo único que falta son las bambalinas, y al mismo tiempo me hace sentir útil a la sociedad. Es una vuelta de tuerca, ayudar a coger a los malos es satisfactorio.

Él la observaba como si tratara de desvelar algún secreto.

—¿Qué te parecería disfrazarme a mí?

April soltó una carcajada.

—¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—Hace unos días que estoy aquí y no he avanzado nada en mi investigación. Sallow cree que estoy perdiendo el tiempo, que lo que me ha traído no es más que una distracción.

—Y tú piensas que de verdad se está cociendo algo, y no se está haciendo nada —señaló April.

—Exacto.

—¿Qué estás planeando?

—Infiltrarme en una banda.

Los ojos ámbar de ella se abrieron como platos y su mandíbula se desencajó.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Tengo cara de bromear sobre este asunto?

April pensó que hablaba muy en serio, lo veía en su mirada. Por fin había llegado a la unidad un agente que haría algo más que rellenar formularios. ¡Que se prepararan los pandilleros! Hans no parecía de esa clase de hombres que dejaban las cosas a medias, y ella lo ayudaría en todo lo que hiciera falta.

***

No muy lejos de ellos, Grace miraba a ese hombre cuando Thomas, el camarero, le entregó otra nota que había encontrado entre la taza y el plato de un café expreso.

«ME GUSTA ESTE CLUB, TAL VEZ DECIDA QUEDARME CON ÉL».

Ella frunció el ceño al leer esas palabras, ya no eran anónimos contra algún desconocido, se había convertido en algo personal. Dobló la nota, se la puso en el bolsillo y salió a la terraza, que en esos momentos estaba desierta. ¿Qué debía hacer? Lo primero, avisar al director del club.

Capítulo 6

Grace hacía días que veía a ese hombre tan alto, con ese pelo castaño oscuro peinado de punta. Esa mirada ámbar, que la observaba con una media sonrisa muy sexi. Siempre iba vestido de negro y le sentaba espectacular. Esa noche había ido con una mujer pelirroja y estuvieron hablando largo rato hasta que ella se había marchado dedicándole una gran sonrisa.

Ella, que había llamado a Elliot Johnson, el director del Santana's, para ponerlo al corriente de aquellas misteriosas notas, miró su reloj y se dispuso a marcharse, a encontrarse con él. No quería hablar de aquello dentro del club, ¿y si la estaban vigilando? Si juntaba las extrañas misivas, era evidente que iban dirigidas a ella, además del club.

Hans vio que se despedía de los camareros y salió del local detrás de ella. Ya en la acera, la interceptó.

—Hola, ¿te apetece tomarte una copa conmigo? —La mirada de él parecía querer leer sus pensamientos—. He visto que ya has salido del trabajo.

—No suelo relacionarme con clientes.

—Aquí no soy cliente, nadie puede decirte lo que hacer en tus ratos libres.

Grace lo miró de arriba abajo.

—¿Es que no puedes aceptar un no como respuesta? ¿O es que las mujeres caen rendidas a tus pies y no estás acostumbrado? Por lo que he visto la pelirroja se ha ido con una sonrisa, pero sola.

Hans rio.

—Será eso, que normalmente ninguna se niega a charlar un rato y relajarse después de la jornada de trabajo.

A Grace se le escapaba una sonrisa. ¡Qué tío más creído!

—Pues mira, me alegro de ser la excepción. —Se dio la vuelta y dejó a Hans con la boca abierta.

Él había visto las miradas que ella también le lanzaba y por eso la había seguido. Descolocado se marchó dando un paseo hasta el hotel.

Grace se quitaba los tacones y se ponía las deportivas sentada en el asiento de su Dodge Challenger azul, con una sonrisa que le adornaba la cara. Los tipos como aquel podían causar estragos en una mujer. Era guapo a rabiar y tenía un porte que le hacía desear comérselo entero. Aunque, por otra parte, había estado con otros tan guapos como ese y se había llevado un buen chasco, se creían el ombligo del mundo y no se preocupaban más que de su propio placer. Reconocía que se sentía atraída por él, por eso mismo mejor sería mantenerlo apartado.

Su lado pícaro le susurraba en la oreja que podía estar equivocada y que se estaba perdiendo unos buenos polvos. Tal vez sería bueno hacerse de rogar antes de acceder a tomarse unas copas y quién sabía lo que ocurriría después. Se puso tras el volante y trasladó a ese hombre al fondo de su memoria, tenía problemas más serios entre manos.

Elliott la recibió en su dúplex de Long Island, una casa muy moderna, decorada al estilo minimalista.

—¿Ha ocurrido algo en el club?

—Desde hace un tiempo que alguien deja estas misivas en la cafetería. —Le tendió todas, menos la primera que la había tirado a la basura, y le contó que había encontrado una en el parabrisas de su coche.

Con sus cuarenta y cinco años, Ellott era un hombre muy atractivo, empezaban a salirle unas interesantes canas en las sienes, sin embargo, le sentaban muy bien en contraste con su cabello castaño oscuro. Igual que sus ojos, que, sin llegar a ser negros, su brillo era

espectacular. Su cuerpo musculoso por el gimnasio y bronceado traía de cabeza a muchas mujeres.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Pensé que alguien se pasaba mensajes, no sospeché que el club tuviera nada que ver hasta el de hoy.

—¿Y los otros? Es evidente que van dirigidos a ti. —Ella iba a negar—. Por Dios, que te lo encontraste en el parabrisas de tu coche.

—Imaginé a algún chico gastando bromas.

Estaban sentados en el sofá negro del salón y él se levantó y sirvió dos whiskys.

—¿El orden es este? —dijo poniéndolos en la mesita de centro ordenados.

—Sí.

—Ahora mismo llamaré a la policía. Es posible que mañana quieran hablar contigo y ver las cámaras de seguridad. Tal vez en las grabaciones sepamos quién es el artífice de estos mensajitos.

—Bien. —Grace se tomó un sorbo de aquel espléndido licor al tiempo que él cogía su móvil y hablaba.

—Me han dicho que mañana mandarán a un inspector. Esperemos que sea como tú dices, alguien con ganas de guasa.

***

Por la mañana, Grace recibió al agente Davis, quien le preguntó cómo dejaban las notas, desde cuándo y si había algún nuevo socio en el club. Le pidió sus huellas dactilares y las de los camareros para descartarlas y ver si podían aprovechar alguna. Al terminar de explicarse, Grace lo acompañó hasta el cuarto de los de seguridad para que viera las cintas y ella se quedó con él para ver si podía identificar a quien dejaba las misivas. Davis se puso ante el ordenador y avanzó rápido hasta aproximadamente la hora que habían encontrado el mensaje. De repente paró la imagen, retrocedió y la miró a ella.

—¿Se da cuenta de que el individuo sabe dónde está la cámara? Se ha mantenido detrás de esa columna todo el rato y, cuando se ha ido, ha mirado hacia el otro lado.

—Mierda.

A Davis le hizo gracia su exclamación, esa mujer pensaba que sería llegar y besar el santo. ¡Ay, si ella supiera!

—Me llevo las cintas, es posible que con los equipos que tenemos podamos encontrar algún reflejo en el cristal o en alguna superficie cromada. La mantendré informada.

—Sí, de acuerdo, gracias. —Le estrechó la mano y se marchó.

Grace se quedó con un humor de mil demonios. ¿Quién sería ese desgraciado?

Capítulo 7

April y Hans estaban en el laboratorio de ella; mientras le había hecho los moldes de la cara, aprovechó para explicarle la idea que se le había ocurrido esa noche. Había estado dándole vueltas al asunto y le parecía descabellado que de repente llegara un novato a cualquier zona de bandas y quisiera infiltrarse en una.

—Lo que tienes que hacer es que sean ellos los que se te acerquen a ti. No al revés. Tengo unos cuantos amigos de mis tiempos de la uni que te ayudarán a hacerte pasar por un pandillero. —Hans era reacio a poner en peligro la vida de otros, pero en ese momento con la cara llena de aquel mejunje no podía decir ni pío—. Ellos sabrán por dónde tenéis que ir para encontraros con quienes buscas.

En cuanto le sacó el molde, mostró su desacuerdo.

—No puedo permitirlo, no estamos hablando de rateros comunes, estos son capaces de cualquier cosa, incluso matarse entre ellos. He estado revisando expedientes y he visto que en muchos altercados ha muerto gente.

—Tú conócelos y luego decides. —Hans asintió con el firme propósito de decirles que se lo agradecía, pero que no, que no podían hacer el trabajo de los investigadores—. Mañana concertaré una cita con ellos. —Al escucharla, él pensó que esa mujer tenía más iniciativa, y lo que había que tener, que muchos de los que había conocido hasta

el momento en aquel edificio. Se quedó sorprendido cuando ella le hizo también un molde de las manos.

—¿Por qué haces eso?

—Es solo un experimento, ya lo verás.

Cuando salió de allí, Hans se fue de compras, tenía que cambiar su apariencia de policía. Entró en unos grandes almacenes y adquirió ropa de deporte. Al probársela en el hotel, se dio cuenta de que si salía con ella puesta le darían una paliza. Parecía un niño pijo. Hablaría con April, seguro que ella sabía la forma de envejecer aquellas prendas. Con los tenis no tenía ese problema, se había traído los suyos para salir a correr por las mañanas, algo que aún no había hecho. Tendría que retomar su hábito de hacer *footing*. Había visto a muchos practicándolo en Central Park y sabía que le ayudaba a aclararse las ideas.

Antes de cenar, fue al club. No era un hombre que se rindiera a la primera calabaza que le dieran. El camarero le preguntó si le servía lo mismo de siempre. A él le gustó que, con el poco tiempo que llevaba en Nueva York, ese hombre recordara sus preferencias. «¡Buen camarero!», pensó al mirar alrededor y ver la cantidad de personas que había allí.

***

Grace estaba ojeando unos papeles en una punta de la barra y lo miró. Su voz era como una caricia, no podía imaginarse cómo sería escucharlo en un momento íntimo. De repente, se dio cuenta de que un extraño calorcillo le recorría el cuerpo. Lo veía consultar algo en su iPad, tomaba anotaciones y se preguntó de qué trabajaría. De pronto le entraron ganas de saber de él. Sin pensarlo ni un segundo cogió la copa que Thomas había servido para él y se la llevó ella. Al acercarse a la mesa al lado de los ventanales donde solía sentarse, él pareció oírla, porque levantó la mirada del dispositivo electrónico y le dedicó una sonrisa seductora.

—¿Puedes sentarte conmigo o no estaría bien? —preguntó Hans. Ella asintió con la cabeza. Le hizo un gesto al camarero y este le llevó

una copa de algún líquido transparente con hielo y limón—. Hoy la ley de no confraternizar con los clientes ya no cuenta.

—He terminado mi turno.

Él la miró levantando una ceja y mirada divertida.

—Vale, no volveré a interponerme con vuestras normas.

—Me tiene intrigada ese acento que tienes.

—Vaya por Dios, y yo creyéndome que hablaba inglés a la perfección. —Hans puso cara de ofendido, pero la sonrisa que tiraba de sus labios desmentía lo que quería aparentar.

—Y lo haces, pero de vez en cuando se te escapa. Sobre todo, cuando estás relajado; parece que siempre estás en guardia.

A Hans lo sorprendió lo observadora que era aquella mujer.

—¿Doy esa impresión?

—Ahora mismo no.

—Quizás porque estoy ante una belleza.

Ella rio ante la ocurrencia.

—Eso se lo dirás a todas.

—De ninguna manera, solo a las que me gustaría conocer.

—Y apostaría a que caen rendidas a tus pies.

«Qué sonrisa más bonita tiene esa mujer», pensó él.

—No te creas, todas no.

—La gran mayoría.

—Un caballero no va contando por ahí sus ligues. —Hans no quería seguir hablando de él, deseaba saber algo de ella—. Cuéntame cómo una mujer como tú termina trabajando en un club exclusivo como este.

—¿Tienes algo en contra de este trabajo?

—Desde luego que no. Es un placer poder relajarme contigo después de una larga jornada. —Le guiñó un ojo con picardía.

—¿A qué te dedicas en tu país? Me imagino que estás de vacaciones.

Hans se inclinó sobre la mesa para acercarse a ella y susurró:

—Si te lo dijera tendría que matarte. —Su mirada rijosa la hizo estallar en una carcajada.

—Tengo la impresión de que quieres jugar —lo provocó Grace.

—Me encanta.

—A mí también.

Las miradas que se dedicaron decían más que las palabras.

—¿Te puedo invitar a cenar? —Hans pensaba aprovechar la buena disposición que notaba esa noche en ella.

—Inténtalo.

Hans soltó una carcajada, el juego entre ambos había empezado.

—Señorita Grace Hamill, ¿sería tan amable de compartir esta velada conmigo?

Ella se mordió la parte de dentro de la mejilla para que no se le escapara la risa, aun así, no lo logró del todo. Cogió su copa y ocultó sus labios tras ella. Sus ojos mostraban diversión al escuchar la formalidad con que él le pedía que lo acompañara.

—Será un placer, caballero.

—¿Qué es eso que estás bebiendo? —preguntó él.

—Agua.

—¡¿Agua?! —exclamó sorprendido.

—¿Algún problema?

—No, ninguno. —Hans pensó si sería de esas personas que no se permitían ni una copa de vino, lo averiguaría muy pronto—. ¿Nos vamos?

—Aquí tenemos restaurante.

—¿No te has pasado ya demasiadas horas aquí? Había pensado en llevarte a otro lugar.

—Me parece perfecto.

Grace se despidió de los camareros y salieron del Santana's. Caminaban por la ancha avenida y él le decía que en verdad aquella ciudad no dormía nunca.

—Es tan distinta a Innsbruck.

—¿Eres austríaco?

—Sí. Todo esto es muy distinto de aquello.

—Lo sé. Estuve en la inauguración del club en Viena. Aquel lugar me enamoró, pero reconozco que estoy más acostumbrada al bullicio de Nueva York.

Paseando llegaron al The Carlyle, A Rosewood Hotel, el portero les saludó y abrió la puerta. Él la guio hacia el restaurante y el metre los llevó a una mesa, donde Hans le sostuvo una silla para que ella se sentara y él lo hizo enfrente.

—¿Te gusta? —Hans ya sabía que sí, los ojos de Grace recorrían la

sala con admiración. Desde las bonitas lámparas hasta las paredes llenas de cuadros y las elegantes cortinas de terciopelo verde esmeralda.

—Es muy bonito. Nunca había estado aquí.

—Me alojo aquí.

Aquella revelación le hizo creer a Grace que estaba ante un hombre de negocios con éxito. Durante la cena, en la que comieron unas exquisiteces que estaban para chuparse los dedos, y lo hacían pasar con un excelente vino blanco, hablaron de los lugares más emblemáticos de la ciudad.

—El día que libre del club puedo hacerte de cicerone —se ofreció Grace.

—He venido por trabajo, no hago muchos planes. Pero si coincidimos me encantará. —Hans no podía comprometerse hasta que hubiese terminado con la investigación que tenía que llevar a cabo. Además, si se infiltraba en alguna banda de pandilleros, mejor sería mantenerla al margen.

Mientras cenaban, se escuchaba una música ambiental en tono bajo y hacía que la conversación entre los comensales se convirtiera en algo íntimo. Las miradas de los ojos ámbar de él a los verdes de ella eran cada vez más encendidas. Hans cuando hablaba movía las manos y rozaba las de ella a propósito. Aquellos suaves roces eran como calambres y el magnetismo en torno a ellos se hacía palpable. Grace sentía aquellos toques que le recorrían el cuerpo de arriba abajo. Le estaban entrando calores, se sentía sofocada. Un diablillo en su mente le decía: «Aprovecha la ocasión. Dale una alegría al cuerpo», mientras, su parte cerebral pensaba que sería un error, que él sabía dónde encontrarla y que, si resultaba un muermo en la cama, igual no se lo podría sacar de encima.

—Te diría si quieres subir a mi suite a tomarte una copa, pero me temo que me responderías que no, ¿acierto?

Parecía como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Mejor será que vayamos a uno de los locales junto a Central Park.

—Uy, qué sorpresa, no me has recomendado el Santana's.

Los dos se carcajearon de la ocurrencia.

Un rato más tarde, estaban sentados en una barra con sendos

cócteles en los dedos. Ella parecía más cómoda y empezó a contarle anécdotas de su época universitaria y a hablarle de su amiga Nicole, con la cual había crecido y montaban sus noches de chicas.

Hans le explicó que era un apasionado de las alturas y que solía volar en parapente.

—No tienes pinta de practicar ese deporte. Me tomas el pelo.

—¿Qué pinta debería tener? —Él se carcajeó.

—Me los imagino con rastas en el pelo, más tipo hippie.

Él sacó su móvil de última generación del bolsillo y le mostró unas cuantas fotos de las alturas, con las montañas muy por debajo y varios parapentes alrededor.

—Lamento haber echado por el suelo un mito. No encontrarás a ningún Jason Momoa ni a Bob Marley allá arriba. Que haya algún hippie es posible, pero siendo un deporte de riesgo no dejan volar a cualquiera.

Grace miró su reloj de pulsera, era hora de que volviera a casa a descansar, sin embargo, debía admitir que aquel hombre era una caja de sorpresas y se encontraba a gusto hablando con él.

Hans vio que ella iba a poner alguna excusa para marcharse.

—¿Te apetece otra? —dijo señalando la copa vacía del cóctel de whisky que se habían tomado.

—Es muy tarde y los pies me están matando —confesó con una pequeña sonrisa.

Él miró los zapatos con aquellos altos tacones y se preguntó cómo aguantaría todo el día esa tortura.

—He visto por ahí a mucha gente elegante con deportivas.

—Las tengo en el coche; normalmente, solo llevo estos para el trabajo.

—Y ¿por qué no lo has dicho? Habríamos ido a que te los cambiaras.

—Sí, hombre, y no nos hubiesen dejado entrar en el restaurante.

—Nos podríamos haber tomado un perrito caliente en uno de los puestos callejeros.

—Y perderme esa fantástica cena, ni hablar. —Grace soltó una risa que se la contagió.

—Ha sido una noche muy entretenida —señaló Hans al verla bajar del taburete—. Que espero podamos repetir.

—Tienes razón, me lo he pasado bien —afirmó ella precediéndolo hacia la puerta.

Caminaron hasta el aparcamiento donde Grace indicó que tenía el coche, se paró para despedirse y su mirada se quedó prendida de aquellos ojos ámbar y brillantes. Él los tenía clavados en sus labios. Sin ser consciente de ello, sacó la lengua por el costado para humedecerse esa piel que de repente sentía que le cosquilleaba. Aquel gesto hizo que los ojos de él subieran hasta aquellos lagos verdes. Se inclinó sobre ella y le rozó la boca, al notar su predisposición subió la mano que había colocado en la estrecha cintura y la posó en la fina nuca femenina.

Grace enroscó sus brazos en el musculoso cuello y su lengua entró en la boca masculina con ansias, volviéndose dominante. A Hans le encantó que ella tomara la iniciativa. La dejó hacer, saboreando aquel beso que lo podía hacer caer de rodillas a sus pies. Encantado por lo que le hacía sentir, participó gustoso de aquel duelo de lenguas, de aquella danza embriagadora.

Compartieron sus alientos y disfrutaron de la sensación de vértigo que les recorría los cuerpos en oleadas cada vez más excitantes. Inconscientemente, sus manos se movían por la espalda del otro como si ningún tipo de cercanía les bastara. Estaban unidos desde sus bocas hasta sus caderas.

—Cariño, creo que debemos detenernos, nos van a arrestar por escándalo público —dijo Hans al separarse de ella. La deseaba y, si no paraba...

Grace apoyó la cabeza en la barbilla de él, se sentía caliente, excitada, pero no iba a acostarse con él a la primera cita. No era su estilo, necesitaba algo más. No buscaba compromiso, ni promesas de amor eterno, solo conocer al hombre con quien se iba a la cama. Y de este en particular no sabía ni en qué trabajaba. Tal vez fuera lo mejor, entonces, pensó que él sabía dónde encontrarla y que podía resultar incómodo verlo. Mejor mantener las distancias, a pesar de que besaba que daba gusto; nunca un hombre la había hecho sentir que se convertía en gelatina con un simple beso.

—Tienes razón. —Ella ya había recuperado el ritmo normal de su alocado corazón—. Tengo que irme.

Antes de que se girara, él le rozó los labios una última vez con los

suyos. Entonces la soltó y ella entró por la puerta del *parking*.

Volviendo al hotel pensaba en ese momento excitante que habían compartido y por su cabeza pasó el trabajo que le esperaba al día siguiente. ¡Maldita la gracia que le hacía! Ahora, que ella se había decidido a salir con él, tenía que alejarla.

Capítulo 8

Dany y Sony entraban en el ático que habían comprado en Manhattan, con la sensación de que estaban empezando una nueva vida corriéndoles por las venas.

El ascensor llegaba al vestíbulo cuadrado de su casa, donde había una mesa con una lámpara y una bandeja de bambú que sería útil para dejar las llaves al llegar. Frente a ella un armario con las puertas de espejo para colgar las chaquetas completaba el recibidor.

—Podrás retocarte al salir y llegar —se burló Dany al verla mirarse.

—No voy a ser yo sola, ¿te crees que no te veo colocándote la corbata en el retrovisor del coche? O asegurándote de que te has afeitado bien. Son muy graciosas tus muecas por la barba.

Los dos rieron ante la veracidad de aquellas palabras. Una puerta de cristal daba a un gran salón decorado al estilo minimalista, con una gran *chaise longue* de piel blanca y una mesa de metal negro frente a dos grandes cristaleras que iluminaban la estancia, y salían a una terraza grande con un rincón *chill out* con vistas a Central Park.

—Cariño, aquí no podrás ver tus amadas montañas —dijo Dany encerrándola entre su cuerpo y la baranda de cristal reforzado.

—Mi hogar está a tu lado. Tenemos la suerte de tener esta isla verde frente a nuestra casa; cuando esté melancólica, bajaré y pasearé

por el parque.

Dany la abrazó con el corazón henchido de amor por aquella mujer que le había cambiado la vida. Cogidos de la mano siguieron el recorrido por el que era su nuevo hogar. Cuatro escaleras conducían hacia una larga mesa de comedor de cristal con ocho sillas que la rodeaban y, tras una pared divisoria, se encontraba la cocina. Una preciosidad con los electrodomésticos de última generación perfectamente camuflados con los armarios blancos. Aquí y allí había plantas aromáticas, y un cuenco grande con frutas frescas adornaba una mesa redonda con cuatro sillas ante un gran ventanal.

Volvieron al salón de donde partía una escalera que llevaba al piso superior, donde tres habitaciones enormes con sus baños correspondientes los dejaron con la boca abierta.

—¿Te gusta? —preguntó Dany en el dormitorio principal, presidido por una enorme cama, con sus mesitas y tocador. Con una cómoda y un armario que empotrado ocupaba una pared entera.

—Me encanta la luz que entra por todas partes. —Después de decirlo se tiró en plancha a la cama—. Uy, qué comodidad. Ven aquí esto hay que estrenarlo.

Dany no se lo hizo repetir, se tumbó sobre ella con una mirada que prometía mil placeres.

***

Por la tarde, él fue a su nueva oficina y Sony se quedó colocando las ropas y los artículos que se habían llevado de Innsbruck. Planeando hacer una fiesta con sus amigas para inaugurar su nuevo hogar. Hizo una videollamada.

—¡Chicas ya estamos en Nueva York! —exclamó pletórica.

—Dame tu dirección, mañana mismo paso a verte —afirmó Alex, que era natal de la ciudad.

—Esto hay que celebrarlo —añadió Nerea, que estaba en Los Ángeles.

—Carolina, ¿cuándo te vienes? —preguntó Sony.

—Cuando tú me digas, guapa. Arrastraré a Miguel de los pelos si

me pone alguna excusa.

Todas rieron la ocurrencia.

—Maxine, ¿y a ti cómo te va? —indagó Sony.

—Creo que he creado un monstruo —dijo poniendo cara de horror —. Después de lo de Kiki, Federico ve conspiraciones por todos lados. Y el muy jodido se lo pasa bomba. El otro día me tuvo toda la tarde persiguiendo a una pareja en Londres, decía que tenían cara de delincuentes y que iban a hacer alguna fechoría. Al final resultaron ser los animadores de un club.

—¡No me digas! —exclamó Carolina soltando una carcajada.

—Lo dicho, chicas, disfruta viendo fantasmas donde no los hay.

—Cualquier día le hincharán la cara —señaló Nerea.

—Yo misma lo voy a hacer en cualquier momento —afirmó Maxine.

—Haya paz —medió Alex—. Que el tío no ha vivido experiencias emocionantes y le está encontrando el gustillo.

—Pero vosotros ¿no estabais aún de luna de miel? —terció Sony aguantándose la risa.

La cara de Maxine mostró aquel embeleso que siempre se le ponía cuando hablaba de Federico.

—¡Oh, sí! Me ha llevado a sitios divinos... y es tan tierno.

—Solo que de vez en cuando se le va la pinza y te arrastra a perseguir maleantes. —Carolina, que era la más directa del grupo, soltó aquello al ver que su amiga iba a ponerse moñas.

—Aun así, se te nota que la vida de casada te sienta bien —afirmó Sony.

—Ya vemos que tiene el cutis resplandeciente —se guaseó Alex.

—Vamos a dejarnos de tonterías —intervino Nerea—, todas hemos tenido suerte con nuestros pipiolos. ¿Cuándo nos vemos en tu casa, Sony?

—Pronto, primero quiero que parezca mi hogar, ahora mismo es tan impersonal. Aún no me ha llegado todo lo que traigo de Innsbruck, los de la mudanza se toman su tiempo. Además, tengo que llenar el frigorífico, está tan vacío como un agujero negro de la galaxia de Miguel.

Todas se carcajearon.

—Nena, no te hagas la víctima, todas sabemos que te vas a poner

al ordenador y antes de que acabe el día lo tendrás lleno a rebosar.

—En eso tienes razón —dijo soltando una risita—. Hoy voy a regalarle a Dany una cena romántica a la luz de las velas. ¡Es nuestra inauguración privada!

—¿Ya has probado la cama? —quiso saber Nerea—. A veces un mal colchón arruina los planes mejor trazados.

—Ha sido lo primero que he hecho.

—¿Sola? —Carolina era la leche.

—No, y te digo que es fantástica.

—Di que sí, tú poniendo los dientes largos mientras nuestros hombres están trabajando —Alex se partía de risa al hablar.

—Anda, que Matt no te habrá dejado bien servida antes de irse al curro —intervino Nerea.

—Claro que sí, no me quejo —contestó Alex—. Pero si estuviera aquí…

—Vale, ya entendemos, que te has convertido en adicta al sexo con Matt —puntualizó Maxine.

—No, nosotros no hacemos sexo, hacemos el amor.

—Oh, qué bonito —la voz de Carolina sonó guasona—. ¿No habéis oído nunca eso de lo que necesitan todas las mujeres? —soltó Carolina. Las chicas se miraron, no sabían de qué hablaba. Ella veía la extrañeza en sus ojos—. Toda mujer necesita un jaguar en la puerta, un visón en el armario y un tigre en la cama.

Todas estallaron en carcajadas.

—A mí me gusta hacer de tigresa —afirmó Sony.

—Y de otras muchas cosas, guapita; los gustos de Dany no son ningún secreto —sentenció Alex guiñando un ojo a las chicas.

—Bueno, nenas, vamos a dejar que Sony haga la compra o es capaz de hacer su cena romántica con Telepizza. —Nerea rio su propia ocurrencia y las demás también.

«¡Qué felicidad hablar con estas amigas que se cruzaron en mi camino de una forma tan surrealista!», pensó Sony.

Capítulo 9

Hans fue a las oficinas del FBI y Sallow le dijo que no había novedades sobre los pandilleros, que sería mejor que volviera a Austria, porque estaba perdiendo el tiempo y que ellos podían encargarse de cualquier cosa, que no lo necesitaban.

Él la noche anterior había estado hablando con sus compañeros austriacos y le habían confirmado que Finn seguía en contacto con el tal Díaz. «¿Por qué Sallow miraba hacia otro lado en este asunto?», se preguntaba. Había comprendido que, siempre y cuando se mataran entre ellos, la autoridad hacía la vista gorda. ¿Qué esperaban, que se cargaran a algún inocente? No lo entendía. No le entraba en la cabeza.

—Tal vez lo haga, señor. —No pensaba hacerlo, desde luego; sin embargo, para sus planes le iría bien que aquel hombre pensara que se había marchado. Salió del despacho y se encaminó al ascensor para bajar al sótano. Mientras esperaba miró alrededor y los veía a todos como si estuvieran muy ocupados, ¡vaya panda de vagos!

Al abrirse las puertas del habitáculo, vio a un grupo de tipos que rodeaban a April, todos ellos de color.

—¿Llego en mal momento? —preguntó.

April le sonrió de esa forma tan suya.

—Ven, Hans, te presentaré a mis amigos. —Al caminar hacia ellos vio que todos eran más jóvenes que él y le hizo gracia su manera de

moverse, de burlarse los unos de los otros. Parecía que tuvieran un secreto que los hacía reír—. Este es King, él Hill, Nelson, Murphy y Morgan.

Hans les estrechó la mano a todos.

—Amigo, eres muy valiente al ponerte en manos de April —dijo Morgan, a lo que los demás rieron.

—Chicos, no lo asustéis —se quejó ella—. Estamos aquí para ayudarle, ¿o no?

—Va a ser divertido, no creía que fuera tan...

—¿Blanquito? —April dijo lo que King pensaba—. Eso déjamelo a mí.

—Sí, jefa. —Hill hizo un gesto militar.

—¿Qué tal con Sallow? —preguntó ella a Hans.

—Quiere perderme de vista. Me ha dicho que es mejor que me vuelva a casa.

—Ese tío no ve más allá de lo que quiere ver. No encontraría ni sus propios cojones llevándolos colgados. —Las risas se extendieron por la sala por el comentario de April.

Ella abrió un armario y sacó una bolsa de deporte, se la dio a Hans y le señaló la puerta del cuartito donde se cambiaba y había también un baño.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó él sopesando la bolsa.

—Es ropa, quiero que entres ahí y te la pongas.

Él dudó un segundo y se encaminó hacia la puerta cerrada. Al abrir la cremallera vio que eran prendas deportivas bastante viejas y recordó las que él se había comprado. «April está en todo», pensó.

Vestirse con aquellas ropas se le hizo raro y supuso el aspecto desastroso que debía mostrar. Sin embargo, eso era lo adecuado para lo que se proponía. Salió y todos estallaron en carcajadas.

—Sigue siendo blanquito —bromeó Nelson.

—De eso me encargaré yo, ahora lo que quiero es que aprenda a caminar como vosotros.

Murphy se puso a su lado.

—Tío, haz lo que yo. —Dio unos cuantos pasos y se giró para verlo.

Hans lo intentó y todos se descojonaron de la risa.

—Vuelve a hacerlo —lo animó April.

—Es que es difícil caminar como si fuera a desmontarme de un momento a otro —se quejó Hans.

—Tienes que hacerlo, hermano. Si no, no durarás ni dos segundos en la calle —alertó King.

—¿Hermano? —murmuró Hans mientras practicaba los movimientos típicos de ellos.

—Eso te lo explicaré más tarde. —April lo veía desenvolverse cada vez mejor—. Lo primero que tendrías que hacer es alquilarte un apartamento roñoso.

—En eso mismo estaba pensando, que en el Carlyle no podré entrar vestido de este modo.

Mucho rato más tarde, sus andares empezaban a parecerse un poco a los de los demás; cada uno le daba instrucciones para facilitarle la labor y aquello parecía una olla de grillos.

—Ya le estás cogiendo el tranquillo. —April sonreía—. Ahora ven, ya seguirás practicando. —Lo hizo sentar en una banqueta con ruedas y él se dejó hacer. Ella le puso una máscara de silicona con pelo incorporado, se la afirmó bien y le ordenó que abriera los ojos.

—Joder.

—Qué pasada —dijeron King y Nelson a la vez.

Hans movía los músculos de su cara sintiendo cómo se adaptaba a todo el contorno. No sabía lo que los otros estaban viendo, pero por sus expresiones adivinaba que no se reconocería. Antes de que se fuera a mirar al espejo del aseo, April le puso en las manos una especie de guantes que se adaptaban como una segunda piel. ¡Coño, eran negras! Se levantó para ir a mirarse y ella le recordó que anduviera como le habían enseñado.

—¡Jo-der! —escucharon alta y clara la exclamación de Hans—. Este no soy yo.

—De eso se trata.

Salió en el mismo momento que la puerta automática del laboratorio de April se abría y apareció Edevane, uno de los hombres de Sallow.

—April, ¿has visto a Lieben? —preguntó dando un vistazo a aquellos que lo miraban—. ¿Te has montado una fiestecita aquí?

—Son los nuevos becarios. ¿Y quién es Lieben? ¡Ah, ya recuerdo!,

aquel agente extranjero. No, no lo he visto. —Ella se aguantaba la risa a la vez que se preguntaba por qué estaba buscando a Hans.

Edevane repasó a cada uno de los hombres que había allí.

—Te aconsejo que les consigas unas batas si no quieres tener problemas con el jefe.

—Ni yo ni ellos estamos bajo las órdenes de Sallow —contestó April, dedicándole una sonrisa falsa. Ese idiota le caía muy mal, siempre llevaba recados de su superior y parecía un lameculos.

—Recuerda que la opinión de Sallow es escuchada.

—¿Me estás dando consejos? ¡Qué novedad! Deja que yo me preocupe de mis becarios.

Hans se daba cuenta de la inquina que había entre esos dos. Y lo más importante, no lo había reconocido. Le entraron ganas de reír, ni él mismo se había reconocido ante el espejo.

Cuando se marchó, esperaron a escuchar el ascensor para hablar.

—¿Qué le vas a decir cuando vuelva a bajar y te pregunte por los becarios? —preguntó Hans.

—Que no había ninguno apto y que estoy esperando que me manden otros. —No parecía preocuparla esa posibilidad—. ¿Te das cuenta de que has pasado la primera prueba?

—Sí, tienes razón.

Esa mujer se estaba ganando su admiración a pasos agigantados. Tenía una mente ágil y rápida.

—Ahora iros por ahí y dejaros ver. Chicos, enseñadle esa jerga vuestra al hablar. —Entonces miró a Hans—. A las seis te espero aquí. Tenemos que hacer planes.

¿De qué planes le hablaba April?

***

Hans se pasó el día por Harlem con sus nuevos amigos. Jugaron al básquet en canchas de la calle junto a otros grupos de muchachos de color. Se tiraron de cualquier manera por los parques, hablando de cualquier cosa para que Hans aprendiera la jerga callejera. Incluso se metieron en un cine donde hablaban en voz alta a propósito para que

los echaran. Querían que se empezara a correr la voz de que había pandilleros nuevos.

Cuando a la hora prevista Hans volvió al laboratorio de April, esta lo miró de arriba abajo satisfecha.

—Veo que ya te has soltado. Andas casi casi como ellos. Tienes que practicar más.

—Lo haré.

—¿Cómo os ha ido?

—Si olvido el momento en que casi le doy un puñetazo a un espejo al no reconocerme... —April soltó una sonora carcajada—. Tú diviértete, pero he ido a echar una meada y, cuando iba a lavarme las manos, por poco me lío a hostias conmigo mismo.

Ella no podía parar de reírse.

—Me hubiese gustado verte por un agujerito.

—¡Qué graciosa!

—Ahora, cámbiate y vámonos.

Del edificio volvía a salir el agente Lieben.

Capítulo 10

Hans la condujo al Santana's, sabía que a ella le había gustado y quería recompensar el trabajo que se estaba tomando con él.

—Yo pensaba que iríamos a tu hotel o a mi casa, lo que tenemos que hablar no puede ser escuchado por cualquiera.

—Luego vamos donde quieras, ahora mismo necesito una copa y relajarme un poco.

En la cafetería del club, Hans vio a Grace y se arrepintió de haber llevado a April, ella pensaría que era un pichabrava, que tanto le daba una que otra. Se dio de collejas mentales por no haberlo pensado antes.

***

Grace lo vio con aquella mujer con la que había estado allí en otra ocasión y supo que el tipo era un mujeriego de tomo y lomo. Siguió repasando unos documentos y entre ellos encontró un sobre cerrado sin destinatario ni remitente, lo abrió creyendo que sería algún tipo de publicidad y un escalofrío la recorrió de arriba abajo al ver que era otra misiva.

«MUY PRONTO SERÉ EL DUEÑO DE TODO LO QUE VES, INCLUIDA TÚ».

Ella miró alrededor, quien fuera se había acercado al rincón de la barra donde ella solía revisar los papeles. Salió de la sala apresurada y fue al cuarto donde estaba el control de las cámaras de seguridad. Mierda, era un punto ciego. Estuvo mirando la grabación durante un rato y no parecía que nadie se acercara allí. ¿Cómo habría llegado ese sobre al montón de correspondencia? Se vio a sí misma recogiéndola en el vestíbulo, no obstante, con el movimiento de personas que entraban y salían, unas que iban a las exposiciones, otras al restaurante, otras al auditorio o a la discoteca, en muchos momentos se perdía de vista la mesa de recepción. Cualquiera podría haber dejado el sobre allí sin ser visto.

Se le puso la piel de gallina al caer en la cuenta de que estaba en el punto de mira de algún tarado. Nunca podía saberse cómo iba a reaccionar un personaje así. Sintiendo que empezaba a cogerle dolor de cabeza, fue a por su bolso a la cafetería y, cuando iba a salir por la puerta, chocó con Hans, que se disponía a salir con la pelirroja.

—Perdón, iba distraída —se excusó.

—Grace, ¿te ocurre algo? Estás muy pálida.

—Nada que te importe.

Él la cogió del brazo antes de que se le escapara.

—Pues mira, resulta que sí me importa. No sé qué ha pasado, pero has salido despavorida hace un rato y ahora vuelves con muy mal aspecto.

Ella se soltó de una sacudida y él se le plantó enfrente, con sus ojos clavados en los verdes.

—Tu amiguita te está esperando —dijo Grace mirando por sobre el hombro de él y viendo a la pelirroja no muy lejos.

—Es mi compañera de trabajo, no va a ir a ningún lado.

—¿Tengo cara de imbécil? —ella hablaba entre dientes, no iba a montar un numerito allí.

—En este momento tienes cara de miedo y me gustaría saber por qué. —Su tono de voz ya no era el seductor que ella le había escuchado, parecía realmente interesado, incluso preocupado. Sin embargo, no iba a compartir con él sus problemas.

—No es asunto tuyo. —Dicho esto, pasó por su lado esquivándolo

y se marchó a paso ligero.

Hans se quedó mirando aquella espalda recta como una tabla. ¿Qué le ocurriría? No se trataba de cabreo por haberlo visto con otra. Era algo que la asustaba.

***

April y Hans se fueron al hotel de él; ya en la suite, pidieron la cena al servicio de habitaciones.

—A ver, háblame de esos planes que tienes. —Hans estaba abierto a escuchar sus ideas, sin embargo, sabía que no pondría a nadie en peligro, aunque él pensaba ponerse en el ojo del huracán. No se iría de Nueva York sin llegar al fondo del asunto.

—Lo primero que tienes que hacer es irte de este hotel. Ten muy en cuenta que los pandilleros tienen ojos por todas partes. Enseguida sabrán dónde encontrarte. Además, no puedes salir y entrar en este hotel con las pintas que vas a llevar.

—También voy a fingir que he abandonado Nueva York. Sospecho que hay alguien entre los agentes contra las bandas que juega a dos bandas.

Aquella revelación pareció dejar a April con la boca abierta.

—¿Estás seguro?

—No, pero me he encontrado demasiadas piedras en el camino desde que estoy aquí. Ni siquiera me han permitido interrogar a Díaz, que parece ser el cabecilla de una banda. Los compañeros se dedican a seguirle la corriente a Sallow.

—No están muy contentos con él, quieren perderlo de vista.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

April se dio cuenta de que ese agente extranjero podía ponerle las cosas difíciles, destaparía su investigación en menos de un parpadeo. Sin embargo, en esos momentos y habiendo llegado hasta allí, no podía cambiar los planes que él había trazado sin echar a perder su tapadera.

—Es lo mejor que puedes hacer. Despídete, como si volvieras a Austria, y nos encontraremos en mi casa. Los chicos te enseñarán

dónde es.

—De eso quería hablarte, no puedo poner en peligro a tus amigos. Me niego a que alguno de ellos salga herido o algo peor.

—Ellos saben cuidarse solos. Han crecido en Harlem y, créeme, no han tenido una vida fácil. Te facilitarán tu tarea. —April tenía que convencer a ese hombre de no hacer de lobo solitario, y, al mismo tiempo que él encontraría sus respuestas, ella encontraría las suyas. No podía desvelarle quiénes eran ellos o todo se iría al traste. Trabajo de meses tirado al váter.

—Por mucho que sepan cuidarse solos, pretendo ponerme en el ojo del huracán.

—Lo sé, ellos te acercarán a Díaz.

Aquellas palabras obraron efectos encontrados en Hans; no recordaba haber hablado con April de Díaz, y esos amigos ¿qué sabrían? Sospechó que ella le ocultaba algo, pero ¿qué? Iría con ojo. Se temía que ella se guardaba más de lo que le decía. Se mantendría alerta.

El teléfono de April sonó y respondió la llamada.

—Dime, Nelson. Estoy con Hans, pongo el manos libres —dijo ella al saber de antemano lo que su amigo diría, lo habían planeado.

—Eh, tío, he encontrado el apartamento perfecto para ti. —Se oyó la voz del otro—. Es un antro de cojones, pero te servirá para tu propósito.

—Wey —soltó Hans en el tono pasota que le habían enseñado.

—Veo que te estás metiendo muy bien en tu papel —señaló April.

—Hago lo que puedo.

—Capullo, lo haces muy bien. —Nelson soltó una carcajada—. Tienes unos buenos maestros.

—Lo sé, cabrón. —Hans sonreía al ver la cara de April ante sus palabras—. Mañana me traslado.

—Te ayudaremos con tus cosas.

—¿Qué cosas?

—No puedes llegar aquí en plena luz del día con solo una maleta. Ya lo tenemos todo preparado.

Hans se preguntó dónde se estaba metiendo. Muy pronto lo sabría.

***

Al día siguiente, se presentó ante Sallow a primera hora de la mañana.

—Me vuelvo a casa, mi superior me manda de regreso al saber que ustedes lo tienen todo controlado por aquí.

—Es lo mejor que puede hacer, aquí está perdiendo el tiempo.

—Pasaré a despedirme del capitán Carter y me voy. —Le tendió la mano y al salir saludó a aquella pandilla de vagos que tendrían que haberlo ayudado. Edevane le echó mucha coña al decirle que había disfrutado de unas vacaciones.

—Tío, no puedes irte sin que nos tomemos unas copas —añadió Berrycloth.

—Será en otra ocasión, mi vuelo sale al mediodía. —Ya había hecho una reserva en el avión que salía hacia Viena, vía Londres. No fuera que alguien se interesara por su marcha.

—Entonces, será mejor que te apresures. —Bread le sonrió por primera vez, como si se alegrara de perderlo de vista.

Cogió el ascensor y fue a saludar a Robert Carter, el capitán de aquella división. Le dijo que no había hallado ningún indicio que confirmara lo que lo había llevado allí y se despidió.

Capítulo 11

Grace estaba en Santana's y le extrañó ver a Hans tomándose un café y leyendo en la terraza la revista del club, donde se anunciaban las representaciones del mes, las exposiciones permanentes y temporales, estrenos de películas exclusivos, solo para socios, y todos los eventos programados. Desde dentro se lo quedó mirando; ese hombre era un bombón, uno de los buenos buenos. Tenía un perfil que podría volver loca a cualquier mujer, a ella la primera.

Él pareció sentir que alguien lo observaba, levantó la mirada y sus ojos se clavaron en los verdes de ella. La saludó con un movimiento de cabeza y vio que ella le devolvía el gesto, sin embargo, no sonrió. A esa mujer le pasaba algo y él estaba más que decidido a enterarse de qué problema tenía.

—¿Más café, señor? —preguntó uno de los camareros.

—Sí, por favor. —Nunca se acostumbraría al café americano, pero estaba tan pendiente de esa mujer que contestó sin pensar. La vio irse y esperó a que volviera. Al pasar el rato y ella no volver, preguntó por ella y le dijeron que había salido a hacer unos encargos. «Vaya por Dios», solo le quedaba una hora para encontrarse con los amigos de April, para hacer su entrada en Harlem. No perdía de vista la puerta de la cafetería, y de pronto la vio llegar. Sin perder tiempo se dirigió hacia ella.

—Ahora hablaremos, ¿prefieres que lo hagamos aquí o nos vamos a dar un paseo?

—No iré contigo a ninguna parte. Además, estoy trabajando. —Quería parecer distante y él había visto las miradas que le había dedicado no hacía mucho.

—Me importa un huevo, siéntate conmigo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque ayer pasó algo mientras yo estaba aquí y quiero saber qué te pasa.

Grace no quería hacer ninguna escena y él se lo estaba poniendo difícil. Bien podría ser él quien le mandaba los mensajitos, habían empezado a llegar al mismo tiempo que él empezó a ir por allí.

—Mira, guapetón, no nos conocemos de nada y no voy a compartir mis problemas contigo.

Los ojos ámbar de Hans se clavaron en los de ella.

—Solo pretendo ayudarte en lo que esté en mis manos —dijo pasados unos segundos.

—No necesito tu ayuda —apuntó ella estirándose todo lo que pudo—. Me basto yo sola para solucionar mis quebraderos de cabeza —al hablar se le fue acercando a la cara como si quisiera dejarle muy claro que no lo necesitaba para nada.

Verla en aquella postura desafiante casi lo hizo sonreír, era una mujer de armas tomar y le atraía como ninguna. Tal vez fuera esa chulería lo que lo tenía preso. Sin querer parar lo que su cuerpo le pedía, se inclinó los pocos centímetros que los separaban y le rozó la boca con la suya. Fue un beso tierno y suave que los encendió a los dos.

—Cuando quieras compartir conmigo lo que te ocurre, estaré cerca. —Hans se dio la vuelta y salió, dejando a una más que confundida Grace. Nunca le había pasado algo igual con ningún otro hombre. Ni siquiera con Charly en sus mejores momentos. Jamás un besito de nada como aquel le había removido tanto.

Su exnovio la había embaucado desde el principio y ella no se había dado cuenta. Era un abogado y trabajaba en uno de los bufetes con mayor renombre de la ciudad. Siempre creyó que eran almas gemelas, que tenían los mismos valores y que se querían. Todo fue una gran mentira. Él la había utilizado para llegar hasta Federico, el dueño

del club, y cuando este le dijo que ya tenía a sus propios abogados, ella pasó a la historia.

***

—El austríaco se ha largado —decía un hombre por teléfono.

—Ya era hora de que os lo sacarais de encima —contestaba otro —. Ahora llevaremos adelante nuestros planes.

—Tendréis que esperar a que el ricachón llegue a la ciudad. Nunca sabemos dónde está. Eso de tener su propio jet privado... Viaja todo el tiempo.

—¡Joder!

—Es comprensible, puede decirse que está de luna de miel.

—Eso ya lo sé, cabronazo, por eso vamos a ir a por ella. Vamos a ver cuánta estima le tiene a esa mujercita.

—Te avisaré en cuanto ponga un pie en Nueva York.

Capítulo 12

Hans se había instalado con la ayuda de sus nuevos amigos en un piso de una callejuela cerca del Marcus Garvey Park, un parque en el centro de Harlem. El vecindario era casi en su totalidad afroamericano, con algunos latinos.

Habían ido a buscarlo al punto de encuentro —dos manzanas más abajo del hotel Carlyle— en una furgoneta llena de cajas. Él ya se había caracterizado de negro y Morgan se rio de lo lindo.

—Tío, al final me empiezas a gustar.

King, que era quien conducía, no dudaba en fardar de su máquina.

—Aunque te parezca una tartana por fuera, puedo despistar a los polis en un segundo.

Hans pensó que le tomaba el pelo, si hasta con el ruido que hacía el cacharro parecía que se iba a desmontar de un momento a otro. No obstante, pudo comprobar que King sabía moverse por aquellas estrechas calles con una velocidad que lo dejó pasmado. Paró bajo un edificio donde de todas las ventanas colgaban ropas de cualquier manera. Allí los esperaban Hill, Nelson y Murphy. Morgan, que iba con ellos, sacó medio cuerpo por la ventana y gritó:

—Ya estamos aquí. Si este no condujera como mi abuela habríamos llegado antes.

—¡Serás cabrón! —exclamó King—. A la próxima irás andando.

Morgan le enseñó su dedo corazón con una carcajada. Todos ellos empezaron a descargar y, como era un primer piso y tenía las ventanas cubiertas con rejas, lo subieron por una escalera con las paredes desconchadas. Hans se quedó parado en medio de lo que debía ser la sala de estar; había esperado encontrarse con una cochiquera, en cambio, todo lo que veía estaba limpio. No era nada del otro mundo: a la derecha se veía una minúscula cocina, un balcón también cubierto de barrotes, y dos puertas cerradas. Caminó hacia ellas, un baño antiguo pero limpio y un dormitorio con una cama que había conocido tiempos mejores, no obstante, no necesitaba nada más.

Cuando hubieron cerrado la puerta, vio que tenía tres cerraduras. Hill se dispuso a sacar de las cajas los aparatos tecnológicos que llevaban. Al ver la cara sorprendida de Hans, dijo:

—Blanquito, pensamos que necesitarías todos estos trastos. —Para sorpresa de Hans, instaló en una mesa un ordenador de última generación con su rúter y una impresora. Le entregó un móvil nuevo y le dijo que desconectara el suyo, que le sacara la batería para que no pudiera localizarlo nadie.

Él era consciente de que en cuanto hiciera lo que le decía quedaría a solas, sin ningún apoyo. Antes de que su jefe Mayer, del servicio secreto de Austria, llamara a Carter, le mandó un mensaje en el que avisaba de que estaría sin cobertura, que no intentaran ponerse en contacto con él. Entonces hizo lo que decía Hill.

—Nos hemos ganado unas cervezas —afirmó Nelson.

—Y unas hamburguesas —añadió Murphy.

—Ya voy yo —dijo King—. Así nadie tocará mi furgo. —Ese hombre era como un armario de tres puertas y su voz podía hacer temblar la más firme de las paredes. Seguro que su sola presencia hacía desistir a cualquiera que pretendiera echarle mano a su máquina.

Cuando volvió a subir cargado con una bolsa y un *pack* de cervezas, Hans miró por el balcón y vio a un chavalín que no debería tener más de diez años vigilando la furgoneta.

—¿Crees que ese crío hará desistir a alguien?

—Ya lo creo, por la cuenta que le trae.

—¿Lo has amenazado?

King soltó una estruendosa carcajada.

—No, le he prometido diez dólares.

—Por cinco te la vigilo yo —informó Morgan.

—Me fio más de él que de ti —contestó King repartiendo las hamburguesas y abriendo una lata.

Al terminar de comer, Hill terminó de conectar los aparatos y todos salieron a las calles. Hans se lo pasaba bien con aquellos tipos. Pero no olvidaba que estaba allí con un propósito. Se sentaron en el respaldo de un banco, con los pies donde deberían estar sus culos, y hablaban con aquella jerga callejera y en voz bien alta.

—Vista a la derecha —susurró Hill.

Hans no sabía qué debía mirar, se fijó en un Dodge Viper rojo con unas rayas paralelas negras de delante hasta atrás.

—¡Vaya máquina!

—El que conduce es Díaz —informó en voz baja Morgan.

A Hans parecía haberlo recorrido un calambre, se puso tenso. Allí estaba el que había querido interrogar y no lo había conseguido.

—¿Sabéis por dónde se mueve? —mientras hablaba le vino a la cabeza que ya eran muchos los que sabían detrás de quién iba. ¿Cómo se habrían enterado? La respuesta le vino sola: April. Quería respuestas y las quería ya.

—Blanquito, hay pocas cosas que los negritos no sepamos. —No fueron las palabras, sino el tono como habían sido pronunciadas lo que despertó todas las alarmas de Hans.

Al fin podía poner cara a Díaz. Había detenido el coche ante la luz roja de un semáforo e iba acompañado por otro tipo: los dos eran afroamericanos y el que conducía miraba a todos lados. Díaz vestía una camisa granate con los primeros botones abiertos, por donde se veía una gruesa cadena de oro y en la oreja lucía un diamante espectacular. Las manos que tenía sobre el volante iban adornadas con varios anillos. Por lo visto, los negocios le marchaban bien, a juzgar por todo lo que adornaba a ese tipo, aparte del cochazo.

Recordó lo que April le había dicho, que dejara que fueran los otros los que fueran tras él, que entrar en una banda no era tan sencillo. Sin pensarlo dos veces, saltó del banco y se encaró con Nelson.

—Cabronazo, ¿qué estás diciendo de mi madre? —gritó y empujó al otro, que cayó por la parte trasera de espaldas. Se tiró sobre él y a

horcajadas le susurró—: Sígueme la corriente, ahora tenemos su atención.

—Que me la tiré el otro día y le gusto; es como una tigresa, capullo —gruñó el otro.

Hans le dio un puñetazo y se liaron a hostias, llamando la atención de aquel que los miraba con una sonrisa, y a pesar de que la luz del semáforo había cambiado se quedó mirando aquella riña.

Morgan soltó una carcajada y soltó:

—Yo me follo a la madre de este y no le importa —afirmó a gritos entre risas, señalando a King. Este entró en el juego y de un mamporro lo tiró al suelo.

—¡¿Que te tiras a mi madre?! Serás mamón. Te voy a cortar los huevos —al hablar sacó una navaja y, saltando sobre el otro, se la puso en la garganta.

La escaramuza había llamado la atención de los transeúntes y varios chavales se acercaban corriendo a ver qué pasaba. Al congregarse el gentío y con el ruido del claxon de los otros coches que esperaban, Díaz se largó.

—Esparcíos, nos encontraremos en el piso —sugirió Murphy. Todos se levantaron y, refunfuñando, cada uno se fue por un lado.

Una hora más tarde, todos estaban en aquel piso riéndose de la juerga que habían armado en medio de la calle.

—Tío, recuerda que tienes unos puños que parecen mazos —se quejó Morgan a King—. ¿Hacía falta que me dieras tan fuerte? Guarda tus fuerzas para los cabrones que nos hacen la vida más difícil.

—Tengo para ellos y para ti.

Hans los miraba sospechando que le habían tomado el pelo desde que los conoció.

—¿Y tú qué miras? —preguntó Nelson al verlo serio.

—¿Os creéis que soy idiota? ¿Tengo cara de serlo?

—Depende de si vas de negrito o de blanquito. —Hill era grande, alto y se reía de su propia sombra.

—¿Quieres que te parta la cara? —Hans no estaba para guasas.

—¡Wey, no nos pongamos violentos! —exclamó Nelson al darse cuenta de que Hans los había descubierto. Ese tipo no tenía un pelo de tonto, miró a los otros antes de hablar—: Creo que deberíamos dejar que April se lo explique.

—¿Qué me tiene que contar?

—Que te hemos estado engañando —afirmó King.

—¡Seréis mamones! ¿Acaso me estáis haciendo perder el tiempo?

—De ninguna manera, hoy mismo tú solito has llamado la atención de Díaz. Has reaccionado muy rápido. Me jugaría las pelotas que no tardará en buscarte. —Murphy se había puesto serio, sus ojos negros se clavaron en los suyos.

—¡¿A qué estáis jugando?! —A Hans se lo llevaban los demonios.

—A nada, podemos decir que vamos en el mismo barco.

—¡Queréis hablar claro, joder!

—Dejaremos que ella te cuente lo que crea conveniente; después de todo, nosotros somos unos mandados.

¿Qué quería decir Murphy con aquello? ¿Mandados de qué? Por la expresión que vio en sus caras supo que ninguno de ellos le diría lo que quería saber. ¿Qué se traerían entre manos esos tarados? ¿Qué tenía que ver April con ellos? ¿Sería verdad que eran amigos? Empezaba a dudarlo.

Capítulo 13

Hans necesitaba pensar, pero le resultaba difícil allí, con esos a los que se daba cuenta de que no conocía en absoluto, que le habían estado ocultando la razón por la que se prestaron a hacer lo que hicieron. Salió de la casa dando un portazo y caminó por las calles hasta llegar a Central Park. Se sentó contra el tronco de un árbol, apartado de la gente que paseaba a esas horas por allí.

No supo el tiempo que pasó. De sus preguntas sobre ese grupo que parecían muy dispuestos a ayudarlo, su mente se trasladó a April. ¿Qué sería eso que le tenía que explicar? No hallaba la respuesta y sus pensamientos fueron a Grace. ¿Qué le ocurriría a esa mujer?

La recordó maleable entre sus brazos la noche que la besó. Nunca una mujer lo había trastocado tanto con un simple beso.

De repente, un ruido a su espalda lo hizo poner tenso. Giró la cabeza y era April. ¿Cómo lo habría encontrado?

—Hola, me han dicho los chicos que estás muy cabreado —dijo acercándose a él. Ya se había asegurado de que estaban solos, que nadie recorría aquel rincón del parque que apenas tenía iluminación.

—Quiero respuestas.

—Me lo imaginaba. —Ella soltó una mochila que llevaba al hombro sobre la hierba y se sentó con las piernas cruzadas ante él. Hans se fijó que no iba vestida como cuando habían salido a tomarse

una copa. Llevaba unos vaqueros y unas deportivas con una camiseta azul cobalto y una chaqueta negra.

—¿Cómo me has encontrado? —Hans ya se lo imaginaba.

—Tu nuevo móvil tiene un rastreador.

Por lo menos no le mentía en ese aspecto, pensó él.

—Ahora me dirás que es por mi propia seguridad, ¿verdad? —Hans quería saber todo lo que le habían ocultado o, de lo contrario, no le sería difícil desaparecer en aquella ciudad tan grande—. No es para tenerme controlado, no, qué va. ¿Para quién trabajas? ¿Para Sallow? A él no le gustó que viniera a invadir su territorio. ¿Te mandó a ti para que me vigilaras? Sabe que no me he ido, ¿me equivoco?

Ella le contó quién era en realidad, lo que estaba haciendo y por qué lo estaba ayudando. También quiénes eran sus amigos afroamericanos, que en verdad trabajaban bajo sus órdenes.

Hans no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¡Joder! ¡Qué estaba en medio de un escándalo monumental! Cuando todo lo que le había dicho April saliera a la luz...

Hans reflexionaba sobre todo lo que se había enterado. ¿Dónde cojones se había metido? En medio de un avispero descomunal. Necesitaba una copa. Fue al piso, se cambió y salió de allí como Hans Lieben, el blanquito. Se fue al Santana's y pidió un whisky doble.

***

Grace se pasó el día muy nerviosa; por un lado, recordaba la mirada preocupada de Hans, y, por el otro, pensaba que bien podía ser él quien estuviese detrás de las notas amenazadoras. Aunque su instinto le decía que no podía haberse equivocado tanto con él, su raciocinio le advertía que no sabía nada de ese hombre. Recordaba muy bien cuando le preguntó en qué trabajaba. «Si te lo digo, tendré que matarte». Ella se lo había tomado a guasa. ¿Y si no lo era?

Llamó a Frank Davis, el agente de policía que supuestamente estaba investigando el caso de las misivas.

—He llegado a un punto muerto —informó este—. No hay huellas que no sean las tuyas y las de los camareros; los hemos investigado a

los dos, y no encontramos nada que los vincule con esos anónimos.

—¿Podría...? —Al pensarlo, se calló; se estaba volviendo paranoica.

—¿Sí?

—No, nada.

—Creo que sería interesante que me dijera lo que está pensando. —El agente Davis sabía que en muchas ocasiones lo que se callaba era más importante que lo que se decía.

—He recordado a un cliente que apareció más o menos al mismo tiempo que las notas. Sin embargo, en las grabaciones se lo ve en todo momento, no se oculta.

—¿Sabe su nombre?

Grace dudó de decírselo. En realidad, no creía ni por un segundo que fuera él, aunque no sabía nada de ese hombre.

—Es Hans Lieben.

—¿Cliente del club?

—Sí. —Se estaba arrepintiendo de haberle dicho su nombre al agente—. Pero no creo que sea él.

—Deje que sea yo quién lo averigüe. La mantendré informada.

Davis cortó la comunicación y ella notó un nudo en el estómago, algo le decía que se había equivocado al comentar eso. Había visto preocupación en aquellos ojos ámbar cuando ella recibió la última nota. Se había inquietado por ella. ¡Mierda! La había cagado al involucrarlo.

Unas horas más tarde, estaba a punto de irse a su casa y lo vio entrar, no parecía tan peripuesto como siempre. Se lo veía ceñudo. Él la cazó mirándolo, se levantó del sillón y se le acercó.

—¿Puedo invitarte? A estas horas habrás terminado tu turno.

—Sí, ha sido un día muy largo —accedió ella—. Y parece que el tuyo no ha sido mejor.

—No, no lo ha sido.

—Entonces, ahoguemos nuestros quebraderos de cabeza en alcohol. —Grace le pidió a Thomas un whisky con hielo—. Olvidemos nuestros problemas, no hablemos de ellos.

—Estoy de acuerdo. —Él le dijo que antes de volver a su país pretendía recorrer la costa este, que cuando terminara su trabajo se tomaría unos días para hacer turisteo—. ¿Te gustaría hacerme de

guía? Seguro que yo solo me perderé la mayoría de las cosas interesantes.

—Me deben unos días de vacaciones, los reservé para ir a las cataratas del Niágara.

—Eso suena muy bien. —Hans se animó al ver que ella no se había negado en redondo—. Me encantaría acompañarte, si tú quieres, por supuesto. —Los ojos verdes de ella se clavaron en los suyos—. No tienes por qué responder ahora, cuando llegue el momento lo vemos.

Él se daba cuenta de que estaba yendo muy rápido con ella y echó el freno al notar una sombra de duda en su mirada. Además, no sabía lo que le esperaba en los próximos días o semanas.

—Eso mismo, ya iremos viendo.

—No sé tú, pero yo tengo un hambre canina. ¿Puedo invitarte a cenar? —Hans quería pasar un rato más con ella.

Grace pensó que si lo conocía un poco mejor se convencería, o no, de que no era el que le mandaba las amenazas.

—Desde luego, puedes. —Lo miró con picardía—. Igual te digo que no.

Aquellas palabras sacaron una risotada a Hans.

—¿Me lo dirás?

—Claro que no, tonto. ¿Te apetece pasta?

—Sí, me gusta.

Salieron del club y Grace le guio hacia un pequeño restaurante italiano que sabía se comía muy bien. El dueño la saludó por su nombre, con lo que Hans supo que iba allí a menudo. Cenaron unos tallarines a la carbonara que estaban para chuparse los dedos. Él reconoció el acento italiano de los que trabajaban allí. Además, tenían ese encanto que él conocía muy bien.

Mientras estuvieron allí, Hans le contó que había estado en Italia en varias ocasiones y que le gustaba el país.

—Sus habitantes son escandalosos, a veces. Sin embargo, tienen un no sé qué que los hace únicos. Siempre están los estirados, como en todas partes; en general, son muy agradables —aseguró él.

—Giuseppe y Antonella son el alma de este lugar. Además de sus hijos, que son quienes nos han servido.

—Un negocio familiar.

—Sí, llegaron hace unos veinte años buscando una vida mejor. —

Grace parecía haber cogido cariño a aquella gente—. Me contaron su vida en cuanto vine la primera vez, están muy contentos de haber tomado la decisión de venir. Por lo visto, se quedaron sin trabajo allí y se liaron la manta a la cabeza con dos hijos pequeños.

—Fueron muy valientes. Debió ser en una de las crisis económicas que asolan los países, y ellos le supieron sacar provecho; son admirables.

—Sí, no creo que lo tuvieran nada fácil.

Hans se daba cuenta de la empatía de Grace hacia aquellos que cada día se rompían el lomo trabajando. Alargó la mano y cogió la que ella tenía sobre la mesa.

—Me da la impresión de que, en algún momento de tu vida, tú también lo has tenido difícil —dijo con sus ojos prendidos de los de ella.

—No de la misma forma. ¿Quién no ha tenido una mala experiencia?

—¿En el tema laboral? —indagó Hans.

—En eso no, tuve la suerte de conocer a mi jefe en la uni. Cuando busqué trabajo, él estaba ahí.

Hans sospechó que ella había sufrido por amor, y notó un pellizco en el corazón. ¿Qué le estaba pasando? Si apenas la conocía. Todo el mundo llevaba su propia historia a la espalda. Sus ojos se trasladaron a las manos unidas y entrelazó los dedos con los largos y esbeltos de ella. No quiso preguntar nada sobre su vida privada, no debía. Estaba en Nueva York con una misión y después volvería a Austria, a su casa.

Ella notaba el calor de la mano que envolvía la suya; la tenía suave. ¿Qué trabajo realizaría ese hombre? Desde luego, no era ninguna tarea pesada. Solo viendo cómo vestía podía adivinar que no era ningún obrero. Un despacho, tal vez.

Los ojos esmeralda se trasladaron a los ámbar de él, que la miraban con intensidad.

—¿Damos un paseo?

Los dos se levantaron a la vez; al soltar los dedos de Grace, se sintió vacío, como si le faltara algo. Seguro que se debía a que hacía días que no estaba con una mujer.

Capítulo 14

Al salir a la calle, caminaban uno al lado del otro; él le rozaba la mano a propósito y terminó por cogérsela. No sabía qué le pasaba, necesitaba ese contacto. Con ella a su lado, los silencios no se hacían incómodos, parecía que los dos disfrutaran del bullicio de la ciudad que nunca dormía.

Por la acera se les acercaron un grupo numeroso de jóvenes que debía celebrar algo, armaban un buen escándalo y reían divertidos. Para que al pasar entre ellos no los apartaran, Hans le pasó un brazo por sobre los hombros y la arrimó a él.

Grace aspiró con deleite el aroma que desprendía el cuerpo masculino; era picante y especiado, no lo identificó, pero le encantó. Él no la soltó, se quedaron quietos y sus miradas chocaron. En ese momento, fue como si el ruido que los rodeaba se acallara; cada uno podía sentir el latido de su propio corazón, que se iba acelerando con rapidez.

Hans bajó la cabeza y a un suspiro de sus labios susurró:

—Me muero por besarte.

Ella se puso de puntillas, le cogió la cara entre sus manos y terminó de salvar el espacio que los separaba. ¡Ese hombre sí que sabía besar! En un segundo se encontró lanzada al firmamento por aquella boca que cubría la suya con ternura y esa lengua que recorría

su interior minuciosamente.

Hans, que aún no había perdido el mundo de vista, la cogió por la cintura y se apartó del centro de la acera, la cargó hasta la penumbra de lo que era la entrada de un edificio. Entonces, dejó que el hambre lo dominara y la besó con pasión. Enterró sus dedos en aquella mata morena de cabello, que era seda líquida; todo ello lo estaba excitando como hacía tiempo que no se sentía.

Grace se estremecía entre aquellos fuertes brazos, notaba el vello de su cuerpo de punta, y un calor abrasador que la recorría de arriba abajo y se asentaba entre sus piernas. Jamás había sentido, hasta el momento, lo que su amiga Nicole le describía como mil mariposas revoloteando por su interior. La sensación era muy placentera, muy excitante, y se propuso disfrutarla al máximo. Enroscó los brazos en torno al cuello de Hans y se dejó llevar.

Hans al notar su abandono, deseó más. La quería entre sus sábanas, sin nada más que el perfume de su piel. La sintió gemir dentro de su boca y sus manos le recorrieron la espalda hasta llegar a aquellas prietas nalgas respingonas, que las apretó contra su cuerpo para que notara cómo lo afectaba.

—No podemos seguir así —dijo ella separándose de él para coger el aire que le robaba de sus pulmones—. Nos van a arrestar por exhibicionismo.

Él ahogó una carcajada, le dio un beso en la frente y oteó alrededor. No muy lejos de allí vio el cartel luminoso de un lujoso hotel. Ella siguió su mirada.

—Dime que sí —susurró junto a sus labios repartiendo mil suaves besos sobre ellos.

La mirada verde de Grace se clavó en el ámbar de aquellos ojos, que brillaban con una intensidad que le derritió los huesos. Asintió con la cabeza y él la apretó por la cintura contra su cuerpo.

En cuanto cerraron la puerta, ninguno de los dos admiró la lujosa habitación. Hans la envolvió en un abrazo y le devoró la boca con tanto ardor que ella sintió que quedaría marcada como si de un tatuaje se tratara. Sin embargo, no se quedó atrás, pasó sus brazos en torno al cuerpo de él y lo recorrió a su antojo. La excitación subía como la espuma y empezó a tironear de la chaqueta de Hans, dejó que cayera al suelo y siguió por los botones de la camisa. Ese día no

llevaba corbata y muy pronto se encontró acariciando la piel cálida de su pecho y unos abdominales que harían llorar de envidia al atleta mejor dotado.

Él no se había quedado quieto, sus manos ansiosas la habían desnudado de cintura para arriba, dejándola con el sexi sujetador de encaje; le acariciaba los pechos y de pronto ella se vio alzada con la boca de él sobre su pezón inhiesto, haciendo que empujara la tela. Sopló y a Grace se le escapó un jadeo de gusto. El otro pecho recibió la misma atención mientras ella le acariciaba el cabello y enredaba sus dedos en él.

Hans recorrió los pasos que los separaban de la cama y se sentó, dejándola de pie entre sus piernas.

—Eres mucho más bella de lo que me había imaginado. —Los ojos de él ardían y Grace fue recorrida por un escalofrío placentero. Con maña, Hans desabrochó la falda, que cayó a sus pies, y la boca se le hizo agua al admirar el cuerpo femenino. No pudo saborear el momento; el deseo y la excitación gobernaban sus manos que desprendieron el cierre del sujetador, quedando los pechos ante su boca como si fueran el más exquisito de los manjares.

—¡Ah! —exclamó Grace cuando él mordisqueó con suavidad aquellas cimas dulces y duras como piedras preciosas.

Los dedos de ella se agarraron a sus hombros, notaba que las rodillas se le volvían de gelatina y que caería en un charco de sensaciones a sus pies.

—Cariño, tu sabor me embriaga —murmuró Hans, bañando con su aliento los pechos temblorosos.

Sus palabras, junto con las sensaciones que la recorrían, lograron que sus rodillas cedieran, y él, al notarlo, la cogió por la cintura y la tendió en la cama. Los ojos de ambos se encontraron cuando él se puso en pie y se desnudó en pocos segundos. Grace no le quitaba los ojos de encima y se le resecó la boca al contemplar el cuerpo escultural de ese hombre.

Hans se mantuvo separado el tiempo justo y se tendió encima de ella. Capturando su boca y girándose para tenerla encima. Lo que ella aprovechó para ondularse contra él, lanzándolo al abismo. Las manos de él le apretaron las nalgas y sus dedos se colaron bajo las tiras del tanga, acariciando la húmeda entrada y los labios hasta llegar al

clítoris, duro y resbaladizo por la excitación. Lo pellizcó con ternura entre el índice y el pulgar, haciendo que ella lanzara un jadeo entrecortado de placer.

Enloquecida de gozo, Grace se apretaba contra él, su respiración y sus gemidos estaban llegando al punto álgido y él quería estar dentro de ella cuando llegara al orgasmo. Tironeó del tanga y se lo sacó con destreza. Ya nada los separaba. Ella acarició el pene grueso y largo, lo colocó entre sus piernas con la punta justo donde quería tenerlo. En un movimiento certero, Hans levantó las caderas y entró en aquel volcán en erupción, caliente, resbaladizo y apretado.

—Oh, Hans..., te siento tan dentro de mí... Me has atravesado. —La voz entrecortada de Grace le acarició una parte de su corazón que creía no tener.

Él la cogió por la nuca y la acercó a sus labios y, antes de besarla, susurró:

—Cariño, podría estar así toda la vida. —Al reclamar su boca, empezó un movimiento ondulante de sus caderas, despacio y saboreando el momento. Sin embargo, Grace no le permitió ser lo suave que él pretendía; se lanzó a una cabalgata cada vez más rápida, que los elevó a la luna y más allá. Una fina capa de sudor cubrió sus cuerpos acalorados y excitados.

Hans estaba a punto de correrse, puso una mano entre los dos cuerpos y la acarició donde se unían; sus dedos diestros la lanzaron a un clímax, que los arrolló a ambos como si de una fuerza de la naturaleza se tratase. Gritaron su gozo con embestidas que los arrastraban hacia el firmamento. Sus corazones bombeaban erráticos y se desmadejaron en un conjunto de brazos, piernas y cuerpos saciados.

Ninguno de los dos quería deshacerse de aquel nido que habían creado juntos, de las caricias inconscientes que seguían prodigándose, de los suaves besos que sus labios no se cansaban de dar. No había palabras para describir lo que acababan de sentir.

En cuanto sus mentes se enfriaron un poco, ambos desearon que el mundo dejara de rodar, que el tiempo se detuviera y seguir juntos en ese capullo placentero. Los dos por diferentes motivos: Hans porque sabía que tendría que dejar de verla por el tiempo que durara su investigación. Ella porque ese hombre la hacía sentir segura, alejada de los problemas y de quien trataba de atemorizarla.

—Quisiera poder detener el reloj —susurró Grace.

Él no entendió lo que quería decir.

—La noche es joven.

—No quisiera que terminara nunca —al hablar una sombra cruzó por sus ojos verdes y él supo que no se refería a su forma de hacer el amor.

—Si quieres compartir algo conmigo, sé escuchar. —Hans se dio la vuelta y saliendo de ella la colocó de lado, de cara a él.

Grace se dio cuenta de la inteligencia de ese hombre, parecía que pudiese leer lo que la preocupaba. Sería mejor que se callara antes de soltarle que había sospechado de él.

—¿Eres psicólogo?

—No, ¿necesitas a uno? —preguntó Hans acomodándole un mechón de cabello tras la oreja.

—No.

—¿Qué quieres? ¿Qué precisas? Te aseguro que ahora mismo te regalaría las estrellas del firmamento.

«Uy, qué intenso que se está poniendo», pensó ella. Debía parar esa locura ya. Había sido un polvo memorable, no recordaba haber sentido tanto placer en mucho tiempo; sin embargo, no podía olvidar que él era un cliente del club y que, más pronto que tarde, volvería a su país. Un diablillo perverso le susurró al oído que precisamente por eso, porque sabía que lo suyo no tendría continuidad, podría aprovechar, y, cuando se fuera, todo volvería a su cauce.

Grace prefirió escuchar la voz de la razón: Hans sabía tratar muy bien a una mujer y sería muy fácil encapricharse con él. Lo mejor sería demostrarle que ella tomaba sus propias decisiones, que era independiente y que lo que acababa de suceder fue porque a ella le apeteció.

—No quiero las estrellas. —Salió de la cama con agilidad y recogió sus ropas esparcidas por la habitación.

—¿A dónde vas?

—A darme una ducha.

—Podemos compartirla —dijo él con voz seductora.

—No, descansa, tengo que irme. —Con esas palabras lo dejó mudo y se encerró en el baño. Una vez dentro, pensó que se había comportado como una arpía, que lo había tratado como si fuera un

hombre de compañía.

Hans, aún en la cama, cayó en lo mismo. ¿Es que había dado la impresión de ser un *gigolo*? Solo faltaría que le dejara dinero sobre la mesita de noche.

Cuando ella salió del baño completamente vestida, él estaba en la cama apoyado en el cabecero con los brazos cruzados; si se acercaba con algo parecido a dinero, lo iba a oír. Mientras ella se duchaba, él se devanó los sesos pensando en qué había ocurrido; tan pronto como habían estado acaramelados y a punto de volver a empezar, ella se puso a la defensiva.

Grace se acercó a él y acercando la boca a la suya susurró:

—Ha sido un interludio perfecto, pero tengo que irme. —Le rozó los labios con los suyos y se fue sin mirar atrás.

Hans sintió que su mal humor subía como la espuma; se levantó de un salto, se vistió y salió de allí. ¿Qué cojones se había creído Grace? Que era un pañuelo de usar y tirar.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, Hans y sus amigos fueron a una de las canchas de básquet del barrio y estaban jugando un tres contra tres cuando se les acercaron tres hombres afroamericanos con esos aires chulescos que los caracterizaban. Buscaban camorra. Uno de ellos cogió la pelota y empezaron a tirársela entre ellos.

—Eh, tíos, este balón es nuestro. Buscaos otro —vociferó Nelson.

—Ven y recupéralo, capullo —contestó uno que era muy musculoso.

El aludido no se achicó y fue hacia aquella mole. Al acercarse, ese lo tiró a otro de sus amigos.

—Ya no tengo tu pelotita, llama a tu mamá —se burló.

—Yo no suelo molestar a mi mami por cabrones como tú. —En cuanto lo hubo dicho, le dio un puñetazo en el estómago que dejó al tipo sin aire en los pulmones. En un abrir y cerrar de ojos, la cancha se convirtió en un campo de batalla. Adolescentes que se habían saltado las clases y que estaban allí se envalentonaron y no se conformaron con mirar; no, se interpusieron entre ellos y golpeaban a quien podían; no les importaba el bando que tomaran, se divertían. «¡Menudos idiotas!», pensó Hans al verlos por el rabillo del ojo; no perdía de vista al tipo tan alto como él, que pretendía cambiarle la cara.

Poco a poco y con las costillas baldadas y algún ojo morado, se

fueron desinflando los ánimos. El que no se palpaba un lado, se tocaba el otro.

—¿De dónde mierda habéis salido vosotros? —preguntó uno de los extraños con voz profunda y acento callejero.

—¡Y a ti qué te importa! —contestó Hill.

—Mi jefe quiere veros, seguro que a él no le vas a hablar con ese desprecio.

—¿Tu jefe? Si quiere verme que tenga huevos y que venga aquí. Yo no soy el títere de nadie.

Los que habían llegado buscando gresca se miraron entre sí y luego a uno de los callejones que daba a aquellas canchas. Hans y los chicos se giraron en la misma dirección y vieron a Díaz que, junto a otros dos hombres, se acercaba. Entre ellos cruzaron unas significativas expresiones. Por la rapidez con que ese tipo los había calado, era evidente que nada de lo que ocurriera en ese distrito se le escapaba, y seguro que lo tendría todo controlado.

Díaz se acercó a King, eran de altura semejante, aunque este superaba la musculatura del otro. Trató de intimidarlo con una pose agresiva, sin embargo, este no se movió ni un milímetro, le sostuvo la mirada con hielo en sus ojos negros.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Aquella voz que sonó como un trueno hizo que los más jóvenes se alejaran de todo el follón y se refugiaran tras las vallas metálicas que rodeaban las canchas.

—Tú mismo lo has visto —señaló Morgan, poniéndose al lado de King.

—¿Quién os ha dado permiso para invadir mi territorio?

Hans y los otros también se acercaron con sonrisas socarronas.

—¡Tu territorio! ¡Hay que joderse! —Hans se burlaba de ese tipo.

Díaz se encaró a él.

—Aquí nadie hace nada sin que yo lo autorice.

—¡Serás mamón! ¿Tengo que pedirte permiso para echar un polvo con la parienta?

Los dos que parecían los guardaespaldas de Díaz se le iban a acercar y este les hizo un gesto con la mano.

—Nunca te había visto. ¿Eres nuevo por aquí?

—No creo que te importe.

Los dos gorilas parecían querer darle una paliza.

—Sé respetuoso con el jefe si no quieres que te rompamos todos los huesos del cuerpo, capullo.

—¿El jefe? ¿El jefe de qué?

—Soy Díaz, el jefe de los Diablos Negros.

—No me impresionas. —Hans quería ver hasta dónde llegaba la bravura de ese hombre.

—¿Te impresionaría si les dejo hacer lo que están deseando?

—Lo haría si lo hicieras tú. —Lo señaló con el índice—. Pero puedes romperte una uña.

Aquella provocación hizo que Díaz apretara la mandíbula, y uno de los gorilas que acompañaba a ese delincuente le asestara un puñetazo que no se esperaba en las costillas. Él, sin dudarlo ni un segundo, le devolvió el golpe, y otro más, en el mentón, que lo dejó tendido en el suelo.

—Peleas bien.

—Mucho más que bien —chuleó Hans.

—¿Y tus amigos?

—¿Ves a alguno que se esté retorciendo como estos que nos has mandado?

Díaz barrió la cancha con la vista y sus hombres, que habían estado frotándose las partes doloridas, se pusieron tiesos. Este pensó que, si esos tipos duros eran reclutados por otra banda, tendría serios problemas.

—¿Os interesa pertenecer a los Diablos Negros?

Hans le sostuvo la mirada. Desde dentro podría enterarse de lo que planeaban, era una oportunidad de oro, sin embargo, no quería que Díaz pensara que los podía torear a su antojo o que era esa la oportunidad que buscaban.

—¿Por qué pertenecer a una banda si ahora mismo hacemos lo que nos da la gana?

—Todos los días ocurren accidentes, idiota —bramó el gorila que había mordido el polvo.

—¿Lo dices por esa pipa que llevas en el pantalón? La mía es más grande —lo provocó. El otro la sacó para intimidarlo y en un nanosegundo Hans lo había desarmado, clavándole en cañón en la frente—. ¿Y ahora qué?

El otro gorila echó mano a su arma.

—Guárdala —ordenó Díaz—. Eres rápido.

—En las calles, o eres el más rápido, o mueres; eso tú ya lo sabes.

—Quiero teneros de mi lado —afirmó el jefe.

—Me lo pensaré.

—Cabrón, nadie le dice eso a...

—¡Cállate! —gruñó el líder—. Mañana volveremos a vernos, espero que hayas tomado una decisión para entonces. A un gesto de la mano de Díaz todos sus esbirros se largaron de allí.

Murphy miró a Hans y le preguntó a qué había venido ese paripé.

—No debemos someternos a la primera, tenemos que hacer que nos respeten. Que sepan que podemos largarnos en cualquier momento. Si no, solo nos tendrán por sus sacos de boxeo.

—En eso tienes razón —afirmó Nelson—. Mis costillas estarán doloridas una semana entera.

—Intenta ser siempre tú el primero que golpee —aconsejó Hans—. Si no es así, cuando devuelvas los golpes, intenta dejarlos suficientemente baldados.

Después de ese encontronazo con esos delincuentes, todos parecían esperar las instrucciones de Hans; este los miró y, sabiendo que algunos de los Diablos Negros los estarían espiando, cogió un balón y se lo pasó a Morgan.

—Venga, tíos, que nos hemos jugado unas cervezas —habló alto para que lo escuchara todo el mundo. Los demás le siguieron la corriente y, cuando terminaron, se sentaron a la sombra en un parque y King fue a por las bebidas.

Todos ya sabían que no los perderían de vista y hacían el paripé a la perfección, provocándose los unos a los otros, cachondeándose y metiéndose con los incautos que se los quedaban mirando.

Hans actuaba como si fuera el jefe de aquellos que lo rodeaban y no dudaba de darles algún trompazo cuando menos se lo esperaban.

—¿No ves que la señora va muy cargada, King? Ayúdala a llegar a su casa —dijo al ver a una anciana que se los quedaba mirando.

Este iba a saltar para ayudar a la mujer, que no era ninguna vieja, y esta se fue apresurada.

—Mira como corre, no quiere que le lleve la compra —se carcajeó King.

Todos rieron.

—Tiene miedo de que te comas lo que lleva antes de llegar a su casa —vociferó Nelson.

—Será eso.

Pasaron el día dejándose ver por todo el mundo, armando alboroto por las calles. Cuando volvieron a la casa por la noche, sabiendo que era un piso insonorizado, con cámaras camufladas en el exterior y preparado para la labor que estaban haciendo, hablaron sobre cómo habían avanzado ese día.

—Mañana volveremos a ver a Díaz —anunció Murphy.

—Estoy seguro de ello. —Hans había visto en la mirada del pandillero que no le había gustado su negativa.

—¿Volverás a darle calabazas? —preguntó Hill con una risotada.

—No, ya va siendo hora de que nos enteremos de sus planes.

Todos asintieron y Nelson quiso saber qué había pasado cuando Hans se enteró de quiénes eran en realidad. Después de recibir el mensaje de April de que había hablado con él, habían pasado horas hasta que volvió a ese piso. ¿Dónde habría estado Hans? Lo había visto salir vestido de blanquito y en ese momento pensó que no volverían a verlo, pero se equivocó.

—¿Cómo te fue en la charla con April?

—Me quedó muy claro que sois unos cabrones. ¿Qué os costaba decirme desde el primer momento que erais de Asuntos Internos? Que estáis bajo las órdenes de April, que ella se hace pasar por modeladora mientras investiga a la unidad de Sallow. Yo mismo podría haberos dicho que son una panda de idiotas, que hacen la vista gorda ante lo que pasa delante de sus propias narices.

—Es que...

—Ni es que, ni hostias. —Hans se estaba embalando. No le había gustado saberse investigado mientras la amenaza que lo llevó a Nueva York podía terminar en algún caos dirigido desde Austria por Finn. Le molestó sobremanera que se tomaran tan a la ligera las pruebas de las llamadas y la conexión con Díaz. ¡Joder! Que llevaba semanas perdiendo el tiempo—. Se han dedicado a pasearme por la ciudad, como si fuera un turista, mostrándome solo lo que han querido.

—Entonces, entiendes el porqué de nuestra investigación —intervino Morgan.

—No, no lo entiendo; una sola llamada a mi jefe, al servicio

secreto de Austria, os habría sacado de dudas.

Tenía razón y todos lo sabían.

—Esa llamada se hizo y supimos al segundo día que eras un tipo legal —metió baza Hill—. Sin embargo, no podíamos sacarte de la unidad antibandas, habrían sospechado. Teníamos que esperar a que tú mismo le dijeras a Sallow que volvías a casa.

Hans respiró fuerte, había perdido un tiempo precioso.

Capítulo 16

En esos mismos momentos en Brooklyn, en un edificio abandonado, los Empowereds —la banda que operaba en aquellas calles— se hallaban discutiendo en la casa que habían ocupado. Se trataba de una construcción vieja que se caía a cachos al lado de Highland Park.

Ramírez se encaraba con Turner, el que mandaba.

—Te digo que Nicole no nos causará ningún problema —rugió con los ojos lanzando fuego.

—Idiota, cuando sepa que eres un Empowered te dará una patada en el culo. Eso si no se entera de lo que hacemos. Si lo hace irá directa a la policía.

—Nunca me hará eso.

—Pareces muy seguro, pero te digo una cosa: si tengo algún problema por su culpa, yo mismo le rajo el cuello.

—No te atrevas a acercarte a ella, es cosa mía.

Ramírez llevaba un tiempo viéndose con Nicole, la amiga de Grace. Ella era una mujer muy atractiva y él sabía hacer muy bien su papel de enamorado. Se la beneficiaba cuando quería, muchas noches las pasaba en su casa, con lo que no tenía que dormir en aquella casona con sus compinches. Además, ella le había dado las llaves y el frigorífico siempre estaba bien surtido. Reconocía que se aprovechaba de ella, siempre le decía que estaba trabajando en el muelle, cuando la

verdad era que se pasaba el día con esa banda haciendo fechorías. Les era lo mismo trapichear con drogas que robar a turistas o a incautos que cuando se daban cuenta de que no llevaban sus carteras o móviles en los bolsillos ellos ya estaban lejos. Las ancianas eran las más fáciles de engatusar, se ofrecían a llevarles la compra hasta sus casas y al salir de ellas ya se habían agenciado con alguna alhaja.

Turner era el líder de los Empowereds. El tipo era un hispano que no tenía los papeles de residencia en los Estados Unidos, por lo que debían cambiar de casa con frecuencia. Era un jefe duro, que no le temblaba el pulso si tenía que darle una paliza a alguno de los suyos, y corrían rumores de que había matado en alguna ocasión. En esos momentos estaban planeando un gran golpe. Lo que haría que los miembros de otras bandas los tuvieran en cuenta.

—Jenkins, ¿cómo llevas lo de los uniformes? —preguntó Turner al miembro en quien más confiaba. Los otros, a veces, iban y venían; en cambio, Jenkins siempre había estado a su lado.

—Lo tengo controlado. Solo nos queda que estos idiotas aprendan a moverse entre la gente rica sin tirarles las bandejas por encima.

Simmons, Bell y Joe, que lo escucharon, resoplaron. Eso llamó la atención de Dixon y Powell, que se acercaron.

—Eso podemos hacerlo con los ojos cerrados —chuleó Joe.

—Demuéstralo —exigió Turner dándole una bandeja que habían robado de un bar. Este paseó con la bandeja vacía—. No seas capullo, llevarás copas llenas y aperitivos.

Los otros con sonrisas tontas la llenaron de vasos llenos de agua. Uno tras otro pasearon y todos derramaron el contenido.

—Tenéis que practicar, no quiero fallos el día de la gala —proclamó Turner—. Me estoy tomando mucho trabajo acojonando a la que contrata a los extras para que la jodáis. Me cargaré a cualquiera de vosotros si no conseguís mantener los pies dentro de los zapatos y las bebidas en las copas.

Mientras esos esbirros se paseaban y cogían el truco para hacer el trabajo, Turner y Jenkins se retiraron a la parte alejada para que no los escucharan.

—Ya es hora de que dejes otra nota para la muñequita blanca, nos conviene que esté alterada para que no se fije demasiado en quiénes son los extras.

Jenkins era un tipo de piel blanca, hijo mongrelo de un latino casado que dejó embarazada a una turista de Dinamarca y ella murió en el parto. La esposa de su padre se negó a criar al hijo de aquella y terminó en un orfanato. A los quince años se había fugado y se había unido a Turner, quien lo protegió de las palizas que le daban otros que, como ellos, vivían en la calle.

En una cartera que robó, Jenkins se encontró con una tarjeta del club Santana's y la guardó. «Nunca se sabe», había pensado. Gracias a eso, ahora tenía paso libre a ese lugar de ricachones y habiendo reconocido las instalaciones sabía dónde estaban las cámaras de seguridad. Las cuales eludía con facilidad.

—Escríbela, voy a cambiarme. —Al dirigirse al piso de arriba, vio a los chicos practicando; se lo tomaban todo a guasa. Cuando volviera, los aleccionaría; eso si Turner no se había cargado a alguno de ellos.

***

Grace se sentía mal por haber tratado a Hans de aquel modo. Después del polvo de su vida, lo había dejado como aquel que se desprende de las sobras de la noche anterior. No se sacaba de la cabeza la expresión de su cara cuando se había marchado de aquella majestuosa habitación de hotel.

Justificaba su acción diciéndose que lo hizo porque le sería muy fácil enamorarse de él, y lo cortó de cuajo antes de que su corazón se involucrara. Sin embargo, ella no era así, nunca había tratado a un hombre con esa falta de delicadeza. Con los ligues de una noche, sabía lo que era, lo que buscaban los dos, y luego si te he visto no me acuerdo.

Hans había osado tocarle la fibra, hacerla sentir especial y ella no estaba preparada para que ningún hombre se le colara en la piel. Ya lo había permitido con Charly y se dio el gran batacazo. No, definitivamente, no podía dejar que Hans le acariciara esa parte que mantenía encerrada bajo siete llaves, y sabía que él lo tendría muy fácil. Era un tipo encantador, atento, sensual... Mil cosas que a ella le gustaban en un hombre. Y en esos momentos se arrepentía de haberse

comportado como una bruja.

Estaba ensimismada cuando se le acercó Robinson con una taza de café vacía y un plato.

—¡Mierda! ¿Otra notita?

—Eso parece.

Tuvo cuidado de cogerla con el bolígrafo y una cuchara para que el detective encontrara alguna huella si el que las dejaba se descuidaba; hasta el momento no había sido así.

«PRONTO, MUÑECA, MUY PRONTO. YA ESTOY SABOREANDO LAS MIELES DEL CLUB. LO MEJOR SERÁN LAS TUYAS».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. ¿Por qué le hacían eso? ¿Quién sería el desalmado y qué buscaba?

Fue hacía el cuarto donde estaban los de seguridad observando las cámaras, sabía que no vería nada. Quién fuera era muy astuto y no se dejaba ver. Desde allí, llamó al detective Davis y le dijo lo ocurrido.

—Ahora me pasaré a buscar las cintas, cotejaré las imágenes, a ver los clientes que coincidan en todas; voy a empezar por ellos, ya que no tenemos nada.

—De acuerdo, le espero. —Al colgar el auricular se dio cuenta de que le temblaban las manos. Le dijo al segurata que hiciera una copia y con ella se fue a su despacho. Mientras esperaba se convenció de que debía llamar a Federico, el jefazo; este montaría en cólera si se enteraba por otros de lo que estaba sucediendo en su club.

Después de despedirse de Davis, soltó un taco muy feo. Este le había dicho que era alguien con ganas de divertirse a su costa. Que con la seguridad que había en ese edificio era imposible que se atrevieran a nada allí. ¿Es que no se daba cuenta ese hombre que la estaban amenazando a ella? Que salía y entraba cuando era preciso. La incompetencia de ese tipo la ponía enferma. Llamó al móvil personal de Federico, le explicó lo que estaba pasando y lo que le había dicho el policía.

—Voy a ponerte un guardaespaldas. —Esa fue la primera reacción del dueño del club.

—¡Ni hablar! —exclamó ella.

—Grace, estás muy alterada y no ves el peligro que corres.

—Claro que lo veo, pero me niego a ir siempre acompañada por culpa de algún lunático. Igual el agente Davis tiene razón y solo

pretenden tomarme el pelo. Después de todo, ¿quién soy yo?

Federico sabía que Grace podía ser muy terca.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Mientras tanto, puedo mover algunos hilos y terminar con este follón.

—No puedo, ahora no. Estamos preparando la gala benéfica para recaudar fondos para los niños enfermos.

Él supo que ella tenía razón, hacía semanas que estaban trabajando en ello y había salido publicado en alguno de los periódicos más importantes del país, además de en la propia revista del club. Todos los socios estarían preparando sus mejores galas y sus carteras. ¡Qué inconveniente, justo en ese momento!

—Entonces, dobla la seguridad, y no vayas a ningún lado sola. Alguna de tus compañeras puede ir contigo —mientras le decía eso, Federico pensó que le pondría un guardaespaldas sí o sí. No se lo diría; entonces, se imaginó que ella descubría a alguien siguiéndola y que lo encaraba a golpes de bolso o patadas en la espinilla. Una sonrisa se le dibujó en los labios a pesar de la gravedad de la situación.

—De acuerdo, tendré cuidado. Mantendré los ojos abiertos.

—En cuanto me sea posible iré a Nueva York.

—No...

—Cállate ya, doña seguridad. Haré lo que tengo que hacer.

Se despidieron y él se quedó pensativo con el ceño fruncido. Tenía previsto ir a Nueva York la semana siguiente para acudir a aquella gala, tendría que reprogramar su agenda e ir antes. A él no lo torearía un agente de policía con pocas ganas de trabajar.

Esa misma noche habló con Maxine, su mujer, y ella estuvo de acuerdo en cancelar todas las citas que tenían. Esta vez no se trataba de que su marido viera fantasmas donde no los había, tenían un problema muy real.

Pensó en sus peculiares amigas: Nerea, Alex, Sony y Carolina. Seguro que, si les explicaba el problema, todas estarían dispuestas a echar una mano y, con sus habilidades especiales, encontrarían al cabrón que estaba causando aquellos trastornos. No descartó hacerlo;

primero se enteraría de todo y luego decidiría.

Capítulo 17

Dany ya había tomado posesión de su cargo, era el nuevo presidente de la compañía Erlington de la ciudad de Nueva York. Todos los empleados lo acogieron con cordialidad, aunque sospechaba que más de uno creía estar preparado para ocupar su lugar. En alguna ocasión tuvo que recordarles que lo que se empeñaban en decirle él ya lo sabía. Lo que le valía por miradas desdeñosas.

Lo bueno era que había congeniado muy pronto con su nueva secretaria. Andy era una mujer de unos veinticinco años, que llegaba a la oficina en deportivas y en un cajón de su mesa tenía guardados unos taconazos, que se ponía para su jornada laboral.

En una ocasión en que él la pilló cambiándose, la miró sorprendido.

—Disculpe, señor. Es que cada mañana cojo el metro, el ferry y otro metro para llegar aquí, y me es más cómodo hacerlo...

—No tiene que justificarse, Andy. Entiendo que los trayectos en esta ciudad son muy largos —la interrumpió él—. La espero en el despacho para cuadrar la agenda.

Después de que ella le informara de las reuniones que tenía ese día y lo dejara solo, él se levantó de su mesa y miró la espectacular vista que tenía desde la planta cincuenta de ese edificio. Estaba rodeado de rascacielos, y abajo veía como si fuesen bichos a la gente

que caminaba por las aceras, y los coches parecían de juguete.

Recordó que no hacía tanto tiempo había cambiado de París a Innsbruck, y la diferencia con este último traslado no tenía ni punto de comparación. Estaba en el otro lado del mundo. La jungla que se extendía ante él le hizo recordar que en esta ocasión no fue solo, fue con Sony, y ella debía notar el cambio mucho más que él.

—Hola, cariño, ¿qué haces? —La llamó por teléfono. A pesar de que no hacía mucho que se habían separado, quería que supiera que estaba pendiente de ella para ayudarla en su adaptación a esa nueva vida y ciudad.

—Estoy corriendo por Central Park. —Oyó su respiración agitada.

—Cualquier día de estos te voy a acompañar.

—Lo estoy deseando. Te va a encantar.

—¿Qué te parece si comemos juntos? —Desde que se trasladaron a Nueva York que lo habían hecho en raras ocasiones. Él solía tener encuentros de negocios y ese día tenía un par de horas libres.

—¡Eres muy malo! —exclamó con voz divertida Sony—. ¿Quieres que engorde? —dijo con una carcajada.

—Te seguiría amando tanto como ahora —Dany pronunció meloso.

—Está bien, ya me tienes rendida, comeré contigo. —Él sonrió complacido, sabía cómo tratar con Sony, las teclas que tocar para conseguir lo que pretendía—. Al mediodía me reuniré contigo.

Al cortar la llamada, Sony oyó que alguien pronunciaba su nombre, miró alrededor y Alex trotaba hacia ella.

—Podrías haberme dicho que venías a correr aquí —señaló al ver el atuendo de *running* de Sony, que era muy similar al suyo—. Yo también suelo venir de vez en cuando.

Se dieron un abrazo cariñoso al llegar la una junto a la otra.

—Aún me estoy habituando a esta ciudad —se justificó Sony—. No la conozco; cuando tengo que ir a algún lado, cojo un taxi.

Alex se rio.

—Eso tiene una fácil solución, vamos. —Su amiga la cogió del brazo.

—¿Dónde me llevas?

—Lo primero es comprar un plano de la ciudad, después te cambias y nos iremos a recorrer las calles; te enseñaré a ir del punto A

al punto B sin que tengas que pedir auxilio.

Las dos se carcajearon.

Caminaban por uno de los senderos del parque cuando un afroamericano se paró ante ellas.

—¡Sony! ¿Qué estás haciendo en Nueva York? —Hans se alegró tanto de ver a su amiga que se olvidó de que iba disfrazado. Hacía algunos días que había empezado a correr por el parque, era su forma de liberar tensiones. De estar solo.

—¿Quién eres tú? —Ella no había visto nunca a ese hombre.

Él cayó en la cuenta de que la había cagado, no podía darse a conocer.

—Ay, perdona me he confundido, pensaba que eras otra persona. Que tengas un buen día. —Siguió su camino como si en verdad se hubiese confundido, preguntándose qué estaría Sony haciendo allí. Por su atuendo no se podía decir que estuviera de viaje, vestida con aquellas ropas se confundía con cualquier habitante de Nueva York.

Dicho aquello se alejó trotando, dejando a una Sony perpleja junto a su amiga. Las dos se quedaron mirando a ese hombre.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó Alex.

—No lo he visto en mi vida, pero me ha llamado por mi nombre.

—Parecía como si estuviese contento de verte. —Sony no perdía de vista aquella espalda. Intrigada. Ella no lo conocía, pero él sabía quién era—. ¿Seguro que no tienes nada que contarme? —Alex estaba tan extrañada como ella.

—Que no, que nunca he hablado con ese tipo. ¿Cómo sabe mi nombre?

«Buena pregunta», Alex siguió la mirada de su amiga. Pero luego pensó en lo extrovertida que era Sony y supuso que habría hecho amistad con alguien y el tipo habría escuchado su nombre. No había otra explicación.

Ya en el ático de Sony, mientras esta se daba una ducha y se arreglaba, Alex le explicaba que muy pronto sería la reina de las calles.

—Imagino que es un gran cambio para ti; después de todo, vivías en medio de la naturaleza.

—Sí, y esto es una jungla de cemento y cristal. Correr por las mañanas por el parque me recuerda a Innsbruck. —Sony se estaba

secando el pelo y Alex sentada en la tapa del váter—. Somos tantos los que hacemos deporte que hemos terminado saludándonos. Cualquier día me encontrarás cotilleando con las mamás que llevan a sus hijos a jugar a los columpios.

Después de ese comentario, Alex pensó que había llegado a la explicación de por qué ese hombre sabía su nombre.

—¿Mamás? ¿Hijos? ¿No estarás embarazada? —Alex la miraba con los ojos abiertos como platos—. ¡Vaya cambio, chica!

Sony clavó sus ojos en su amiga a través del espejo y le preguntó:

—No, ni siquiera hemos hablado de ello. Tenemos cuidado.

Alex le dedicó una sonrisa pícara.

—Hasta los mejores planes a veces se tuercen. ¿No has oído hablar de los niños «goma rota»?

—Sabes perfectamente que no usamos preservativos como método anticonceptivo. ¿Estamos hablando de niños por alguna razón en particular? ¿Estás pensando en tener un hijo con Matt?

El timbre del teléfono salvó a Alex de tener que responder.

—Hola, cariño —dijo Dany al otro lado de la línea.

—No me lo digas, te ha salido un imprevisto y no puedes comer conmigo.

—Lo siento, cielo, es una cita importante. Saldremos a cenar.

—Entiendo, no te preocupes —comentó Sony—. Alex está aquí conmigo, nos iremos de parranda.

—Hola, Dany —gritó Alex para que la oyera.

—Pasadlo bien. Nos vemos por la tarde. —Dany no se sintió tan culpable por darle plantón.

—Lo haremos.

—Te quiero.

—Yo más. —Sony había cogido la costumbre de decirle que lo amaba con esas dos palabras. Eso la hacía única y a Dany le llenaba el corazón.

Las chicas estuvieron recorriendo las principales avenidas de Manhattan, se desplazaron en metro y Sony iba marcando en el plano de la ciudad los lugares que le servirían de orientación. Al fin terminaron en Macy's Herald Square, una de las mayores superficies comerciales del mundo. Comieron en uno de los pisos y luego se estuvieron probando trapitos. Alex se compró un vestido negro de

satén, con una caída divina, que se adaptaba a su cuerpo a la perfección, dejando un hombro al descubierto.

—Es matador. Matt te lo sacará con los dientes.

—Mi Matt no hará eso.

—No sabes lo que te pierdes —dijo Sony soltando una carcajada. Ella había comprado varios conjuntos de ropa interior, con picardías, ligas, tangas y ligueros. —¡Con lo que cuesta todo esto y lo poco que dura puesto! —exclamó con una risita. Además, se inclinó por una creación de seda azul, pavo real, que hacía resaltar el color de sus ojos, con un escote palabra de honor. El cuerpo era drapeado hasta debajo del culo y de allí caían varias capas de distinta longitud hasta la que le llegaba a los pies. Lo complementó con un *foulard* tornasolado que depende de cómo se miraba parecía verde esmeralda.

La dependienta que las atendió las tentó con los zapatos del mismo tono con unos tacones de infarto.

—Si me caigo de aquí, me rompo una pata —bromeó Sony.

—No seas quejica, ¿no te has fijado que en la ciudad todo el mundo va con deportivas? Solo tienes que llevarlos para algún evento, y allí vas en coche. Si te escuchara Nerea te daría una colleja.

—Cuando Dany los vea querrá hacer el amor con ellos como única vestimenta.

—¿No me digas que es fetichista de los zapatos? —Alex no salía de su asombro.

Sony soltó una carcajada.

—Entonces, no te lo voy a decir. Solo que no sabes lo que te pierdes.

Capítulo 18

Hans y sus compañeros salieron de la casa y se pasearon por las calles cercanas; a través de las cámaras, habían visto a un chaval camuflado en las sombras de la entrada de un edificio cercano; no se había movido de allí en toda la noche, y supieron que pertenecía a los Diablos Negros. Que estuvieran vigilándolos era algo que ya se esperaban. Igual que sabían que antes de entrar en la banda los harían pasar algunas pruebas.

Ese día, todos llevaban sus armas escondidas en el tobillo, bajo el chándal. Con su habitual desparpajo ensayado, entraron en una panadería y, con los modales groseros de los tipejos a los que pretendían impresionar, cogieron cada uno una pasta para desayunar y salieron seguidos por los gritos del dueño del local.

No tuvieron que esperar mucho para ver a Díaz, con sus cadenas de oro al cuello y sus pendientes de diamantes. Este parecía estar esperándolos en una esquina, apoyado sobre el capó de su Dodge Viper, con sus dos esbirros al lado mirando hacia todas partes e intimidando a los que se atrevían a quedarse observándolos.

—Hoy no estáis jugando a la pelotita —se burló Díaz.

—Es muy pronto, tío —dijo Morgan masticando un trozo de pizza que había robado—. Primero es el papeo. —Enseñó el queso que le manchaba la mano.

Díaz se incorporó y lo encaró con los ojos lanzando chispas.

—No se os ocurra volver a robar al panadero, paga una buena pasta por mi protección.

—Hay que joderse —se guaseó King—. ¿Es que tenemos que preguntar antes de echar mano a lo que queremos? —Entonces, con voz de falsete añadió—: ¿Señor, ha pagado lo que corresponde o le puedo robar?

Uno de los brutos que acompañaban a Díaz iba a lanzarse sobre él.

—Morris. —Solo con que el jefe pronunciara su nombre, este se quedó quieto—. Lo que tenéis que hacer es uniros a nosotros o iros a otro lado. No tolero que nadie moleste a mis protegidos; si no, la próxima vez no querrán pagar. —Su voz parecía un trueno amenazador.

—Manda huevos. —Hans miraba a ese tipo como retándolo—. Nunca nadie me ha dicho lo que tengo que hacer y lo que no.

—Pues en mis dominios o haces lo que yo te diga o eres hombre muerto.

—Mira cómo estoy temblando —provocó Hans moviendo las manos y soltando una risotada burlona al mismo tiempo.

—¡Serás cabrón! —soltó el otro que acompañaba a Díaz.

—Butler —bramó el jefe—, ¿no ves que te provoca a propósito? El tío es muy inteligente o un loco.

—Ata a tus perros en corto si no quieres que les dé una paliza. —Hans se estaba buscando enemigos a propósito, sabía que debía demostrar que no lo asustaban ese par de matones.

Al sentirse insultados, Butler y Morris dieron un paso al frente, irguiéndose en toda su estatura, que no llegaba a la de Hans. Seguro que creían que con su altura sería torpe, que lanzaran el primer golpe y él les demostraría que lo del día anterior había sido un juego de niños.

—Vosotros dos, estaos quietos o yo mismo os voy a dar tantas hostias que no os vais a reconocer —rugió Díaz.

—¡Así me gusta! —King los miraba con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, como si le divirtiera. Ninguno de ellos sabía que si se ponía a repartir candela los dejaría tendidos en el suelo en unos segundos.

—Basta. —El mandamás había perdido la paciencia—. Vosotros —

dijo señalando al grupo—. ¿Estáis con nosotros o contra nosotros?

—Depende —respondió Hans.

El otro soltó el aire con las aletas de la nariz abiertas, ese juego de provocaciones no le gustaba nada.

—¿De qué?

—No voy a ser la mula que recibe los golpes que van dirigidos a ti.

—¿Te atreves a cuestionar mi autoridad?

—Desde luego, no voy a recibir órdenes de un mindundi que no sabe defenderse por sí solo.

Ese insulto, junto con la provocación, pareció animar a Díaz.

—Te voy a demostrar que no necesito a nadie que me haga de niñera.

—¿Cuándo y dónde? —Hans seguía picándolo.

—Ahora mismo. Nos vemos en la parte de atrás del Apollo Theater, en los almacenes abandonados. —Dicho esto, Díaz y sus secuaces se montaron en el coche y se largaron.

—Vaya, ya sabemos dónde se esconden estos idiotas —señaló King—. ¿Estás seguro de querer enfrentarte a él? No peleará limpio.

—Lo sé. Pero, si queremos enterarnos de algo, debo hacerlo.

***

Se encaminaron al almacén y Díaz los estaba esperando. Era un local muy grande, con los techos altos y las ventanas rotas por donde entraban las palomas. En la parte del fondo se podían ver embalajes, palés amontonados y trastos que supusieron eran del teatro. A la derecha de la entrada estaba el coche de Díaz, lo que llamó la atención de Hans y sus amigos. Era evidente que no quería que lo encontraran allí o que en el interior ocultaba algo valioso. ¿Drogas?

En un principio, con la información que traía desde Austria, pensaron que podía comerciar con productos químicos para hacer artefactos explosivos. Ese era un buen sitio, sin embargo, Hans pensó que no los habría llevado allí si así fuera.

—Ya pensaba que no vendríais.

—Yo no me achico, ¿y tú?

Al escuchar las voces desconocidas, en un momento estaban rodeados de pandilleros, era evidente que salieron de detrás de aquel muro de trastos viejos. ¿Qué estarían haciendo?

King y Morgan se miraron significativamente. Ellos eran seis; si todos ellos se lanzaban encima de ellos, se tendrían que emplear a fondo.

—Esto es entre este y yo —dijo Díaz.

—Este tiene un nombre. Soy Lieben.

Hans vio cómo ese chulo se quitaba la chupa de cuero que llevaba y se metía las cadenas del cuello bajo la camiseta. La expresión de su cara decía a las claras «voy a terminar contigo en unos segundos».

—Que nadie se entrometa —recalcó Díaz viéndolos a todos con ganas de zurrar. Se acercó a Hans sacando pecho y lanzó un derechazo, que él esquivó y le devolvió el golpe seco en el estómago. A pesar de no mostrar molestia alguna, se quedó por un momento sorprendido por la potencia del puñetazo. Volvió a atacar y esta vez Hans dejó que le alcanzara, no quería ponerlo demasiado en ridículo, los demás se cabrearían y podrían sacar las armas, porque estaba seguro de que todos llevaban algún tipo de pipa, cuchillo o destornillador.

Los idiotas empezaron a jalear a su jefe, y Hans dio dos golpes certeros que lo dejaron sin respiración. La pelea duró más tiempo del que esperaba. Díaz había caído varias veces y no consiguió tumbarlo. Sus ojos lanzaban llamaradas de fuego. Varios minutos más tarde, Díaz cayó de espalda y quedó quieto, el pecho se le elevaba erráticamente. Hans se le acercó y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

Díaz lo miró, se agarró y al ponerse sobre sus propios pies soltó una carcajada. Recuperó el resuello y le dio una palmada en el hombro.

—Tío, tienes unos puños de acero, son como mazos.

—Hago lo que puedo.

—Ven nos tomaremos un trago. —Díaz ya se había recuperado en parte, seguro que luciría unos cuantos cardenales durante un tiempo.

Hans había recibido lo suyo, no obstante, notó que ese tipo no luchaba sus propias batallas. Tenía a sus matones que eran quienes se

llevaban los golpes. Se tocó la máscara de silicona para asegurarse de que todo estaba en su sitio y Hill le hizo una señal con la cabeza para que se quedara tranquilo.

Díaz los guio a todos hacia la parte de atrás, entre el laberinto de cajas, embalajes y desechos del teatro. Allí se encontraron con un contenedor lleno de madera, la que debían utilizar para entrar en calor por las noches. Había sillas desvencijadas, sillones, que seguro estaban llenos de piojos y pulgas, y cajas esparcidas que usaban de asiento. En tarros de cristal, Díaz vertió algún tipo de líquido ámbar y lo dejó encima de lo que pretendía ser una mesa, que no era más que el capó de un coche apuntalado en varios cubos roñosos.

—¿Os interesa ahora uniros a nosotros?

Ellos se miraron entre sí.

—Imagino que para ello has pensado en alguna prueba. —Hans no estaba dispuesto a ciertas cosas, por muy infiltrado que fuera.

El Diablo Negro lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué tal conduces?

—¿Quieres que te lo demuestre? Dame las llaves de tu coche y lo verás.

Díaz soltó una carcajada.

—Mi buga no se lo dejo ni a mi vieja. —Los que lo escucharon se rieron.

—Tú no tienes madre —vociferó un chaval que no tendría más de quince años.

—Si la tuviera tampoco se lo dejaría.

Mientras ellos hablaban, Morgan se paseaba entre toda aquella basura y vio rincones con mantas, que debían usar para dormir aquellos tipos. Unas escaleras metálicas llevaban a un altillo con los cristales pintados de negro. Supuso que sería la guarida de Díaz y sus matones. Desde que entraron allí se dio cuenta de las jerarquías que había. Esos jovenzuelos debían ser los carteristas y ladrones, mientras que los de más edad seguro que se dedicaban al trapicheo de las drogas.

—Vuestra prueba será entregarme un paquete, mis hombres se harán con él y vosotros traedlo aquí.

—No nos vas a decir de qué se trata, ¿verdad?

—La primera norma es no hacer preguntas. Se hace lo que yo digo

sin chistar. —Díaz los miraba esperando que se negaran.

—Muy bien —respondió Hans. Pensaba que, si se trataba de alguna sustancia peligrosa, nunca la dejaría en sus manos.

—¿Qué tal conducen tus amigos?

—Todos sabemos movernos rápido por las calles de esta ciudad, hemos tenido que despistar a la poli en más de una ocasión —se pronunció Nelson.

—¿A qué os dedicabais? ¿A robar coches? —preguntó Díaz riéndose.

—Venderlos por piezas es un buen negocio —intervino Murphy—. No hace mucho que nos cerraron el chiringuito y tuvimos que salir por patas. —Sabía de un caso de hacía unas semanas en que habían detenido a los cabecillas de una red de contrabando de piezas de coches de lujo.

El Diablo Negro soltó una carcajada.

—Oí decir por ahí que habían arrestado a Speedy.

—Nosotros íbamos por libre; cuando teníamos algo, se lo llevábamos a él. —Nelson no quería dar a entender que trabajaban para ese tipo.

—Pues se acabó ir por libre, o estáis con nosotros o no.

—Estamos —dijo Hans y los demás asintieron.

Morris observaba todo como un halcón. No solía fiarse de nadie y creía que su amigo se estaba arriesgando mucho al meterlos en aquel negocio. No obstante, reconocía que, si algo salía mal, no los podrían culpar a ellos.

Díaz, Butler y Morris estaban más relajados; el primero había recibido el chivatazo de su contacto, que le comunicó que el agente que había llegado de Europa y que iba detrás de él había salido del país. Se cagó en todo lo cagable cuando le había dicho que a través de Finn, el mafioso europeo que le había encargado un trabajito y que le iba a pagar muy bien, un investigador había llegado en su busca. ¿Qué tipo de maleante era Finn que no tomaba las debidas precauciones? Con tal de que pagara lo que le había prometido...

—Yo os avisaré del día, la hora y el lugar de la recogida del paquete. Os recomiendo que robéis varios coches para despistar a la policía mientras el más rápido me lo trae.

Al terminar de hablar, llegó un chaval cargado con varias cajas de

pizza. Otra vez volvieron a encontrarse rodeados de Diablos Negros en busca de su porción.

—Te voy a arrancar las orejas, Jerom. ¿Dónde está mi peperoni? —amenazó Butler mirando al muchacho que las trajo.

—Búscala, yo la he traído —se defendió el muchacho.

Al caer la noche y dispersarse la mayoría de los Diablos Negros, ellos se marcharon y fueron directos a la casa.

—¿De qué se tratará? —preguntó Hill.

—No tengo ni idea. —Hans estaba pensativo, había algo que no terminaba de encajarle.

—Drogas —afirmó King convencido.

—Lo que no veo claro es eso de robar varios coches, está esperando problemas —aseguró Hans sacándose la máscara. Le picaba allí donde había recibido algún golpe, se miró en el espejo del baño y vio que tenía varios morados. Sonrió pensando que Díaz estaba peor que él.

—¿No dijiste algo de productos químicos para armar algún artefacto explosivo? —intervino Nelson.

—Si fuera eso no se transportaría en coches robados —aseguró Hans.

—No sé qué puede ser. —Morgan estaba pensativo.

—¿Alguno de vosotros ha visto a alguna mujer por allí? —preguntó Murphy. Al recibir un movimiento negativo de las cabezas de sus compañeros dijo—: No creo que sean proxenetas, deben dedicarse a robar y a trapichear con coca.

Estuvieron largo rato especulando de qué se trataría, hasta que Nelson encendió el televisor y puso el partido de básquet; esa noche se jugaba la final y todos se sentaron a disfrutarlo. Hans, que tenía la mente en ese tipo, se acostó temprano, no se concentraba con el jaleo que organizaban sus compañeros. Tardó largo rato en caer dormido, no se sacaba de la cabeza que sus suposiciones al salir de Austria eran equivocadas. Además, se le coló en la mente Grace, ¿por qué habría actuado de esa forma después del fantástico rato que habían pasado? Le gustaba esa mujer y la había conocido en el peor momento, justo cuando tendría que mantenerse alejado de ella no sabía por cuánto tiempo. Una sonrisa lobuna se le dibujó en los labios, ya sabía lo que haría: la desconcertaría; sí, señor, como si no se hubiese sentido

ofendido cuando ella se marchó.

Su mente iba de Díaz a Grace, hasta que Morfeo se lo llevó y fue invadido por un sinfín de pesadillas.

¿Qué habría en ese paquete?

Capítulo 19

Lo primero que hizo Hans por la mañana fue conectar su teléfono, sabía que se arriesgaba a que lo rastrearan, pero comunicarse con ella era una necesidad que sobrepasaba todo lo que había sentido anteriormente por una mujer.

> Buenos días, princesa:
> Ojalá hubiese hecho todo lo inimaginable contigo. Porque tengo la sensación de que estás a punto de desordenar toda mi vida. Me regalaste un momento exquisito que no olvidaré nunca. Hay personas por las que vale la pena derretirse.

Grace se sorprendió al leer el mensaje, no esperaba volver a saber de él después de lo mal que había manejado la situación. Se dio cuenta de que sería muy fácil que ese hombre derrumbara las barreras que protegían su corazón y le entró el pánico. Por eso había salido huyendo.

A la mañana siguiente, se repitió lo mismo:

> Buenos días, cielo:
> Prefiero haber tenido el aroma de tu cabello, un beso de tu boca, o un roce de tu mano, a una

eternidad sin ello. Me gustas muchísimo tal como eres. Me haces querer ser un hombre mejor.

Grace releyó la corta misiva varias veces. No sabía si creerlo o no. Él no había acudido al club. Si lo hiciera podría pedirle disculpas por aquella estupidez. No iba a darle alas, quería que entre ellos todo fuera claro y cristalino. Se podían divertir mientras él estuviera en Nueva York y luego gozar de un bonito recuerdo.

Cariño, añoro esos verdes ojos que me inspiran a perderme en ellos. Esa bella sonrisa que me hace temblar las piernas, no sabes lo que me cuesta mantenerme alejado de ti. Créeme que te extrañaría, aunque nunca nos hubiésemos conocido.

«Pues no los hagas, ven», pensaba ella. No entendía nada. Le escribía esas bonitas palabras, pero no iba al club. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Se estaba haciendo el interesante? Desde luego, si era así, estaba consiguiendo que no se lo sacara de la cabeza. Si al menos supiera dónde se alojaba, sería ella la que iría a verlo. A pesar de tener mucho trabajo en los preparativos de la próxima gala benéfica, se encontraba cada día esperando a leer lo que le escribía.

Cariño, es posible que en los próximos días me sea imposible comunicarme contigo. Recuerda que no te olvido, que estoy contando los días para volver a verte, abrazarte, besarte. Prometo que volveré a por ti. Prometo que nunca te dejaré. La vida no es la cantidad de veces que respiras, sino los momentos que te dejan sin aliento. Solo hay una cosa que me da miedo: pensar que podríamos no habernos conocido nunca. Me muero por estar contigo.

Grace releyó el mensaje varias veces, había algo que estaba ahí, pero se le escapaba. En este se había explayado mucho más que en los anteriores. ¿Qué estaba tratando de decirle? De repente le vinieron a

la memoria algunas de las frases que él le había escrito, eran pequeños fragmentos que había escuchado en películas de amor, las que solía ver con su amiga Nicole. Su boca se abrió asombrada y el corazón se le saltó un latido. «¿Dónde se habrá metido ese hombre?», se preguntó. Daba a entender que no podía acudir por algún motivo que ella no alcanzaba a comprender.

Hans escribía aquellas notas con el corazón en un puño. No se la sacaba de la cabeza y deseaba acudir a su lado. No obstante, sabía que era peligroso que hiciese otra escapada para reunirse con ella. Era consciente de que siempre había alguien vigilándolos, no podía exponerla a ningún peligro, y eso sucedería si los llevaba hasta Grace.

Se daba cuenta de que lo suyo había sido un tsunami, como una combustión explosiva; esa mujer, al no comportarse como las demás que habían pasado por su vida, le volvió la piel del revés. Caló tan hondo que sentía su corazón latiendo por ella. Era una sensación que jamás había experimentado y que le hacía replantearse su existencia. ¿Sería posible que se hubiese dado de morros contra el amor? Nunca había creído en ese sentimiento, no hasta que tuvo a Grace entre sus brazos, bajo él, encima y alrededor.

***

Grace se preguntaba dónde se habría metido Hans. Hacía unos días que no lo veía y él con sus misivas hacía que no se lo pudiera sacar de la cabeza. Las notas ya no llegaban y eso la tenía tonta. Mientras le llegaron, supo que tendría la oportunidad de resarcirse de su metedura de pata, la había cagado con él. No era como los otros que esporádicamente pasaron por su vida, ni como ese impresentable que tuvo por pareja tiempo atrás.

La verdad era que aquella maravillosa noche había sentido pánico al darse cuenta de cómo le atraía y lo fácil que lo tendría para colarse en sus entretelas. En esos momentos, se encontraba buscándolo con la mirada a cada instante. Se riñó mentalmente, había querido mantener la distancia con él y eso era lo que tenía.

Para sacárselo de la cabeza, se ocupó de los detalles del próximo

evento en que acudiría al club lo más granado de la sociedad, estrellas de Hollywood y los socios más adinerados. Esas galas benéficas atraían a muchos que querían salir en la foto.

Después de pasarse el día entre llamadas telefónicas a la floristería que adornaría las salas, a la agencia de ocupación para los camareros extras que debían acudir y revisando que todo estuviera avanzando correctamente, llamó a su amiga Nicole. Hacía algunas semanas que no la veía, que no hacían una noche de chicas, como la última en la que vieron aquella película de risa.

—¿Hace un sushi? —preguntó al oír la voz de su amiga al otro lado de la línea.

—¡Grace! —exclamó Nicole.

Ella pudo escuchar alegría y supo que estaba sonriendo.

—¿Te apetece ver una peli?

—Claro que sí.

—Voy para allá.

Al aparcar vio a un hombre que salía del portal de su amiga, ¡qué raro! Si allí solo vivían viejetes. Sospechó que era el ligue de Nicole y lo estuvo observando mientras caminaba calle abajo. No supo qué fue, pero de entrada no le gustó. «No seas pájaro de mal agüero», se recriminó. «¡Te estás volviendo paranoica!», se dijo.

Su amiga parecía estar poniendo orden en su pequeño piso. Grace vio que recogía ropa del sillón y vasos de una mesita de centro.

—Un poco tarde para hacer limpieza, ¿no?

—Es que he estado corrigiendo unos trabajos de la escuela.

—¿Seguro? —dijo con una sonrisa, aunque lo que deseaba era sacudir a Nicole—. ¿No tendrá nada que ver el tipo que ha salido de aquí? —lanzó la pregunta al azar, esperando estar equivocada.

—¿A que es mono? —respondió su amiga con los ojos brillantes.

Si en ese momento alguien pinchaba a Grace no le sacaba sangre. ¿Nicole se estaba escuchando? Puñetas, que tenía treinta años, y para más inri el tipo parecía un proxeneta. Lo había visto vestido con unos vaqueros negros y una camisa gris marengo, con un pendiente de diamante. Sabía que no debía juzgar por las apariencias, sin embargo, la sensación que tuvo al observar su forma de caminar y el aroma que había dejado en la escalera...

—Nunca te había visto tan colgada de un hombre.

—Es que Scott es un cielo.

Supo que no lograría abrirle los ojos. Solo esperaba estar equivocada y que ese hombre no jugara con los sentimientos de su amiga.

—He traído vino y una bandeja de sushi de Santana's.

—Wow, seguro que estará de vicio —aplaudió Nicole.

—Puedes apostar por ello, nuestro chef es muy bueno.

Las dos se sentaron en el sofá y, mientras degustaban el manjar chino y bebían el exquisito vino, vieron *El profesor chiflado*, de Jerry Lewis. Se rieron a más no poder y Nicole iba diciendo:

—Es que si tuviéramos un tipo así en la escuela sería la leche —se carcajeaba de sus propias ocurrencias.

—Si fuera así no habría nadie que hiciera su trabajo, estaríais pendientes de sus locuras.

Pasar ese rato con Nicole fue como una terapia para Grace, en esas horas no se acordó ni un solo instante de Hans. Cuando fue a su casa, ya volvió a comerse el coco con aquel hombre. Se decía a sí misma que era porque todo había ocurrido muy deprisa, que lo había conocido y pim, pam, pum, pasaron algunas horas juntos y se habían acostado. Era como una puerta sin cerrar. Sospechaba que sin percatarse lo había dejado acercarse demasiado y sin darse cuenta se había colgado de sus miradas y sonrisas, y sobre todo de sus besos. ¡Qué bien besaba el condenado!

A juzgar por los días que no se había dejado caer por Santana's, y que había dejado de mandarle los mensajitos, debía hacerse a la idea de que no volvería a verlo. Ese pensamiento le retorció las entrañas.

¿Cómo se había permitido ser tan tonta como para añorar a un hombre que de antemano sabía que estaría poco tiempo en Nueva York?

Capítulo 20

Federico y Maxine estaban a punto de aterrizar en su jet privado en el aeropuerto JFK. Hacía poco que se habían casado y su vida era como un sueño, una luna de miel continua.

—Estoy deseando ver a las chicas. —Él sabía que se refería a sus queridas amigas, las que habían conspirado contra él, junto con la que era su mujer—. Ahora que Sony vive aquí, solo tendremos que convencer a Carolina y a Nerea.

—A Sony la verás muy pronto, hoy cenaremos en su casa. —Ella, que no lo sabía, se lanzó a sus brazos—. Ayer hablé con Dany y al enterarse de que veníamos nos invitó. Además, en un par de días será la gala benéfica y verás a las demás, están todas invitadas. No me extrañaría que mañana llegaran Nerea y Carolina. No creo que esperen al último momento.

—¡¿Qué?! ¡¿Y no me lo dices hasta ahora?!

—Porque se me ha escapado; quería darte una sorpresa, pero soy terrible. Contigo no puedo mantener la boca cerrada.

—Te quiero mucho por eso —soltó ella, picarona, besándolo en los labios.

—¿Solo por eso?

Maxine no dudaba nunca en regalarle los oídos a ese hombre maravilloso, sabía que podía ponerlo como una moto con el tono de su

voz y las palabras adecuadas.

—No, ya sabes que todo en ti me encanta. El sabor de tu piel —paró para pasar la lengua por el cuello musculoso—, esa chocolatina que me encanta mordisquear. —Sus manos se trasladaron desde el pecho hasta donde el pantalón no la dejaba avanzar—. Tu forma de amarme, de hacerme gritar cuando me haces tuya...

Federico la cogió por las mejillas y antes de fundirse en un beso apasionado susurró junto a sus labios:

—Para, no sigas si no quieres que los pilotos nos encuentren en pleno apogeo. —Dicho lo cual, le capturó la boca y la besó hasta dejarla sin aliento.

Él no le había contado que había problemas en el club, no quería preocuparla. Había hablado con Dany, la aseguradora Erlington tenía a sus propios investigadores privados para no dejarse engañar por estafadores. Su amigo le propuso poner a alguno de sus expertos a vigilar quién dejaba aquellas notas y también designar a alguien para proteger a Grace discretamente.

En el hangar los esperaba un coche con las lunas tintadas, que los llevó al hotel del que él era propietario. La suite del último piso estaba preparada siempre para recibirlos.

***

Dany y Sony los esperaban en el vestíbulo de su ático. Las chicas se fundieron en un caluroso abrazo y luego Sony besó a Federico en las mejillas. Él la miró sorprendido, no se acostumbraba a esas muestras de cariño de parte de las amigas de su mujer.

—Se os ve muy bien —dijo Sony—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Querida, en el jet se va divinamente —repuso Maxine.

Las chicas se internaron en el salón mientras Federico le preguntaba a Dany si ya sabía algo de lo que habían hablado.

—No seas impaciente, esto no es como chasquear los dedos; debemos esperar a que quien deje las misivas vuelva a hacerlo. Tengo un hombre dentro con mi tarjeta y otro fuera que no la pierde de vista. —Lo que no le dijo fue que quien la seguía era un chaval de

veinte años que parecía algo cortito, con unas gafas de pasta que lo hacían parecer miope. Que le gustaba disfrazarse y cambiaba de aspecto en un plis plas. Solía llevar una mochila con ropa y complementos para despistar.

—Ya me dejas más tranquilo. Grace es muy cabezota y no quería guardaespaldas; si se da cuenta de que la vigilan, es capaz de darle una paliza.

Dany soltó una carcajada.

—No lo hará.

—Eso espero.

Se reunieron con las mujeres y Sony le estaba enseñando el ático a Maxine. Dany sirvió whisky en dos vasos anchos y se sentaron en el salón a esperar a las chicas.

—¡Qué cambio, Sony! ¿No echas de menos tus montañas?

—Si te soy sincera, sí; cuando ocurre, me voy al parque a correr o a leer. No hace mucho estuve con Alex y nos lo pasamos muy bien.

—Tengo ganas de verlas a todas —afirmó Maxine.

—Mañana llegan Nerea y Carolina, podemos ir al aeropuerto.

Ante esas palabras Maxine se entusiasmó y aplaudió.

—¡Sí! —exclamó—. Podemos llamar a Alex y vamos las tres.

Los hombres se miraron con cara de susto.

—Las cinco justicieras juntas, ¡qué peligro! —anunció Dany.

—No te preocupes, no dejaré que se pongan en ningún lio —afirmó Federico.

—¿Piensas unirte a ellas?

—Claro que sí, no estaré solo; Diego y Miguel llegaran con ellas.

Dany sonrió. Desde el asunto de Kiki, se había dado cuenta de que Federico había descubierto una nueva vida al lado de ese grupo tan peculiar al que él mismo se había unido por amor.

Capítulo 21

Díaz, apoyado en el capó de su coche, observaba cómo esos nuevos Diablos se lanzaban la pelota. A su lado, Morris y Butler hacían lo mismo.

—No me fio de ninguno de ellos —declaró Morris.

—Muy pronto sabremos si tienen los suficientes huevos para pertenecer a la banda. —Díaz no sabía qué creer, habían mostrado agallas para mezclarse con ellos sin estar seguros de que en cualquier momento les podían clavar un cuchillo en la espalda—. ¿Tenéis los trajes preparados?

—Desde luego —asintió Butler—. Seremos el alma de la fiesta.

—Bien.

Hans y sus compañeros se pasaban la mayor parte del día holgazaneando con los demás pandilleros de los Diablos Negros, a la espera de escuchar un comentario o alguna conversación telefónica que afirmara la complicidad entre Díaz y Finn. Pero era evidente que no se fiaban de ellos; los demás se mantenían alejados, solo se juntaban cuando pasaban las horas jugando al básquet.

Lo único que descubrieron, que en realidad ya imaginaban, era el trapicheo con las drogas de los adolescentes y los robos de los más jóvenes.

Por lo general, Díaz acudía al almacén con sus matones varias

veces al día, pero se marchaba tal como llegaba. Los estaban controlando y eran conscientes de ello.

Por las noches solían llamar a April para ponerla al corriente de sus «no avances». Ya habían acordado con ella que sacara del depósito varios coches y los dejara para que pudieran fingir robarlos. Estaban preparados para cuando al tarado de Díaz se le ocurriera hacerles la prueba.

Hans se estaba impacientando, estaba seguro de que ese Diablo Negro los tenía a la expectativa a propósito y que vigilaba todos sus movimientos. Mientras, él no podía ver a Grace, a la que echaba de menos mucho más cada día que pasaba. Como ansiaba tenerla entre sus brazos, besarla hasta quitarle el aliento y hacerla suya hasta que se convenciera de que estaban hechos el uno para el otro.

Se dormía cada noche con los testículos doloridos de tanto desearla. ¿Habría sabido leer entre líneas aquellos mensajes que le había mandado? ¿Se habría dado cuenta de que le había cambiado la vida?

***

Los Empowereds se estaban preparando para dar el golpe magistral, el que pensaban harían que las otras bandas los tuvieran en cuenta. Que se enterasen de una vez por todas de lo que eran capaces.

Ramírez, el novio de Nicole, les había llevado una revista del club Santana's, donde se anunciaban todos los acontecimientos que tendrían lugar allí.

—¿Seguro que tu novia no va a sospechar nada? —preguntó Jenkins al ver a varios de sus miembros que se afanaban en practicar con las bandejas. Con los días que llevaban ya podía decirse que estaban preparados.

Turner que lo escuchó, desvió la mirada del uno al otro.

—Que no, joder, te lo he dicho mil veces —contestó Ramírez enojado—. Y su amiga no le ha dicho nada de los mensajes amenazantes que le has ido dejando para despistar su atención mientras preparaba la gala.

Jenkins asintió con una sonrisa cruel. Fue una mera distracción para que la mujer se pusiera nerviosa y se dejara algún cabo suelto, lo que sospechaba no había ocurrido. Aquella mujer tenía redaños.

—Vale, vale, te creemos —metió baza el jefe—. Jenkins, ¿cómo tienes lo del intercambio de camareros? —dijo Turner con los ojos clavados en su segundo al mando.

—Todo listo y calculado —Jenkins hablaba con aquel menosprecio que cualquier día se llevaría una paliza—. Cuando los camareros salgan de la agencia, los detendremos con la excusa de algún atasco o accidente; los chicos se cambiarán las ropas con las de ellos, y los dejaremos desnudos y atados bajo el puente de Brooklyn. Luego, nos colaremos en el club y haremos nuestro trabajo. Cuando quieran darse cuenta nos habremos marchado. Será un trabajo limpio.

Turnes asintió.

—Simmons, Bell, Joe, Dixon, Powel, Ramírez —llamó el jefe a los que practicaban moverse con las bandejas en las manos—. Demostradme que podéis hacerlo.

—Pueden hacerlo —intervino Jenkins—. Ya lo hemos practicado.

—¿Estás socavando mi autoridad? —El tono de voz de Turner era bajo y amenazador, con lo que Jenkins, que pretendía hacerse con el mando de los Empowereds, dio un paso atrás.

—Desde luego que no. —Sin embargo, por dentro pensaba que algún día se lo cargaría por ser tan cabronazo y entonces él sería quien diera las órdenes.

Ramírez miraba a aquellos dos que no tardarían en matarse mutuamente. Sabía lo que le jodía a Jenkins: ser siempre el que hacía el trabajo mientras Turner no corría ningún riesgo. Se dedicaba a disfrutar de las putillas, a colocarse y a beber al tiempo que los otros eran los que recibían las palizas de otras bandas a las que él mismo no dudaba en provocar. Cuando esto sucediera, él se pondría al mando de los Empowereds.

Capítulo 22

El día de la gala benéfica había llegado. Grace estuvo controlando que todo estuviera perfecto. Habían vestido de fiesta el restaurante y habilitado el auditorio para quien se quisiera tomar unos cócteles y charlar. Estaban invitados al evento desde *celebritis*, directores de cine, empresarios y representantes de las fortunas de rancio abolengo de la ciudad.

En el vestíbulo habían montado un *photocall* donde la prensa invitada plasmaría a todos los que fueran llegando. Al día siguiente todos los periódicos de Nueva York hablarían de ello en primera página.

Después de asegurarse de que todo estaba a punto, Grace fue a casa a cambiarse. Aún faltaban horas, pero debía estar cuando llegaran los primeros invitados.

Tras un baño, envuelta en una esponjosa toalla, se secó y recogió el pelo en lo alto de la cabeza, dejando que los bucles naturales cayeran por su espalda. Se maquilló más que de costumbre, debía lucir muy bien para no desentonar y moverse en medio de los invitados y lograr que soltaran sus carteras.

Se puso un vestido largo negro que le quedaba como un guante, con un escote en forma de corazón; en la parte de atrás, en el medio de la falda, una abertura dejaba a la vista sus piernas y zapatos del

mismo tono. Unos pendientes de brillantes que colgaban complementaban la gargantilla a juego.

Una vez en el club, revisó a los camareros extras que habían contratado y se fue al vestíbulo a recibir a los invitados. Les daba la bienvenida y se quedaba en un segundo plano.

Federico llegó acompañado de sus amigos y sus parejas, a los que se habían unido Kiki y Jojo, la amiga de Alex, la que acudía por primera vez a un evento tan elegante y lo miraba todo como si fuera una niña pequeña en un parque de atracciones.

—Cariño, cierra la boca —susurró Jojo, con una gran sonrisa, inclinándose al oído de ella.

—Pero ¿tú has visto lo elegantes que van las señoras?

Jojo ahogó una carcajada.

—Amor, ¿tengo que recordarte que has estado un cuarto de hora mirándote en el espejo?

—Es que no me reconocía ni yo.

—Estás fabulosa con este vestido morado. No veo el momento de quitártelo. —Su mirada hizo que ella fuera recorrida por un escalofrío y se sintiera bella. A la vez que su cuerpo se llenaba de calor. Jojo tiró de ella hacia el *photocall*, la quería hacer sentir como la reina que era para él—. Ven, que nos hagan una foto, mañana saldremos en la prensa.

—Pero...

—Sh, sonríe, cariño.

Federico saludó a Grace con un beso en la mejilla, como era su costumbre.

—¿Cómo va todo? —se interesó.

—Creo que vamos a superar la anterior.

—Esperemos a ver, recuerda que muchos vienen para salir en la foto, pero que luego parece que tengan la cartera pegada al bolsillo, o se la han dejado en casa. —El comentario los hizo reír a los dos. Él se quedó con ella mientras Maxine y sus amigos iban a tomarse un cóctel.

Federico hizo de perfecto anfitrión al quedarse con Grace y dar la bienvenida a sus famosos invitados, que lo felicitaban por su reciente boda.

—Querido, ya era hora de que te dejaras cazar —dijo una

sesentona que iba cargada de joyas.

—Lucinda, tú siempre tan casamentera —se carcajeó Federico.

—Ay, hijo, a mi edad, eso es un placer. —La mujer soltó una risita y sus pulseras y collares tintinearon—. Desde que mi marido, en gloria esté, me dejó, intento que la gente sea feliz.

Grace, que estaba escuchando la conversación con una sonrisa, miró a Federico mientras sus hombros se sacudían de la diversión. Conocía a Lucinda de otras veladas benéficas y sabía que la mujer había sido una celestina toda su vida, con marido o sin él. Era una cotilla de tomo y lomo, y se enteraba de todos los líos, amoríos y trapos sucios de la mayoría de sus conocidos y, si no lo eran, hacía lo posible para que se los presentaran y saber todo de ellos. No se movía por ese afán de la felicidad que proclamaba, lo hacía por diversión.

—¿Y tú, querida? —preguntó mirando a Grace—. Eres muy guapa y cualquier hombre caería rendido a tus pies. ¡Estás espectacular!

Sin ellos saberlo estaban siendo observados por uno de los socios que habían acudido al evento. Este miró a otro y le hizo una señal con la cabeza, recibió un cabeceo afirmativo.

En el auditorio, Maxine, que vestía un vestido negro con los hombros al aire, estaba con Nerea, Carolina, Sony, Alex y Kiki; sus respectivas parejas las hacían reír con sus ocurrencias.

—¿Os habéis fijado que hemos entrado por la alfombra roja? Me siento como una estrella de cine —afirmó Miguel, que lucía un esmoquin negro al igual que sus amigos.

—Si miras a tus nueve en punto verás a Angelina Foster. —Esta era una reconocida modelo que traía a los hombres de cabeza. Maxine se divertía mucho con los comentarios de Miguel.

—¿La conoces? ¿Puedes presentármela? Quisiera un autógrafo suyo.

—En la nalga del culo, ¡no te jode! —exclamó Carolina dándole un codazo en las costillas. Llevaba una creación color cobre muy escotada.

—Cariño, esto es maltrato físico. —Él le pasó un brazo por encima de los hombros y la apretó contra su costado para que no volviera a hacerlo—. Pero te perdono, aún me tienes en el séptimo cielo.

—Wow, estos han aprovechado antes de la gala —Nerea soltó aquello mirando a Alex y guiñándole un ojo.

—Ya veo —contestó Alex con Matt a su lado, que se aguantaba la risa. La verdad era que ellos también habían disfrutado de un placentero interludio. Cuando él vio el vestido que ella se ponía color esmeralda con cristales bordados, y el liguero que ocultaba, le había hecho el amor con desenfreno—. Es lo más normal, ¿no ves lo guapa que va?

—Por la cara de Matt, yo diría que estos también han aprovechado —intervino Dany—. Seguro que ha sido por si se toman unas copas de más y no se le levanta.

Sony vio la expresión satisfecha de Alex.

—Tendré que darte algún consejillo para cuando te pase esto. Lo pones en la ducha con unas bolas chinas anales y, cuando se le pasa la cogorza, lo tienes empalmado durante horas.

—Cariño, no les cuentes nuestros secretos. —Dany se lo pasaba en grande—. Ya sabes que son unos estrechos.

—Mirad, por ahí viene Elizabeth Hopckins. —Diego era fan de esa actriz y la vio en cuanto cruzó la puerta del auditorio.

—Como vayas a pedirle un autógrafo, dormirás con el perro lo que queda de año —lo amenazó Nerea, que llevaba una de sus propias creaciones con un combinado de raso y seda amatista haciendo aguas.

Dany soltó una carcajada.

—Tío, ¿a que no hay huevos? —provocó a Diego.

—No, con estas cosas no se juega. Que luego cumple las amenazas.

Nerea se le acercó con una actitud melosa y le clavó el tacón de aguja en el pie. Él apretó los dientes, pero todos se dieron cuenta de la treta de ella.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Diego, con la excusa de ir al servicio, se alejó del grupo; tenía que conseguir el autógrafo de esa actriz de telenovela que tanto le gustaba sí o sí. Dio un rodeo hasta llegar a ella, ya casi la había alcanzado que chocó con Nerea, que en los últimos tiempos también se había aficionado a esas series; sus miradas chocaron y él entrecerró los ojos.

—¿Dónde ibas, amorcito? —preguntó sabiendo lo que ella se proponía. Al verse los dos descubiertos, les entró la risa y vieron lo infantil de su comportamiento.

—Somos peor que críos de quince años —afirmó ella con una gran

sonrisa—. Volvamos con los demás, anda; esta será una anécdota digna de contar a nuestros nietos.

Capítulo 23

Federico iba al encuentro de su mujer, sin embargo, muchos lo paraban y cruzaban unas palabras con él. Cuando al fin llegó donde había visto a Maxine y a sus amigos, ya no estaban allí, supuso que los encontraría en el comedor y así fue.

Estaban cenando cuando uno de los de seguridad se le acercó y le dijo al oído que tenía una llamada.

—Dile que estoy ocupado, que no puedo ponerme.

—Ha dicho que era muy urgente, que si quería volver a ver a su mujer que no lo hiciera esperar —susurró el otro.

Federico levantó las cejas extrañado, Maxine estaba a su lado. ¿Qué cojones estaría pasando?

—Perdonadme, hay un asunto que requiere mi presencia —se disculpó con los que compartían su mesa y, ante su expresión, Maxine frunció el ceño—. Vuelvo enseguida, cariño.

El segurata y él caminaron hacia una sala llena de monitores y cogió la llamada.

—Tienes una hembra de primera. —Oyó una voz de hombre al otro lado de la línea—. Si quieres volver a verla, tienes hasta la mañana para reunir diez millones de dólares.

—Pero...

—No me digas que no los tienes o que no puedes hacerlo. Los dos

sabemos que con solo chasquear los dedos el director de tu banco va a ir cagando leches a hacer lo que le digas.

Federico no entendía nada. ¿De quién le estarían hablando? Debía seguirles la corriente.

—Quiero una prueba de que ella está bien.

Esperó unos segundos y escuchó:

—Federico, no lo hagas, me... —Reconoció al momento la voz de Grace.

—Ya la has oído, por la mañana te llamaré y te daré las instrucciones para la entrega. Nada de policía o esta monada sufrirá las consecuencias. —La llamada se cortó y él se quedó mirando el auricular.

El encargado de seguridad había grabado y escuchado la llamada.

—Es evidente que se trata de un farol, su mujer está en el comedor.

—Es Grace a la que se han llevado, la habrán confundido con Maxine. —Federico cayó en la cuenta de que ese día las dos iban vestidas de negro, espectaculares, y había estado tanto tiempo al lado de Grace que quien fuera la había confundido con su mujer. ¿Quién cojones la habría secuestrado? El porqué estaba muy claro: por dinero. ¿Tendría esto algo que ver con los anónimos que había estado recibiendo ella?

—¡Joder! —exclamó el segurata.

A Federico no le tocaba la piel el cuerpo. ¿Cómo se habían colado en el club si había tantas medidas de seguridad?

Volvió al comedor y todo el mundo parecía estar pasándolo bien.

—Dany, ¿podemos hablar un momento?

Sus amigos se lo quedaron mirando y vieron el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Diego.

Entonces, cayó en la cuenta de que todos los que estaban sentados en la mesa serían de ayuda para su problema; las mujeres habían logrado ellas solitas ponerlo en jaque y los hombres les habían seguido los pasos.

Se sentó como si no ocurriera nada. Todos estaban pendientes de él.

—Oigáis lo que oigáis, sonreíd. No quiero que nadie se entere de lo que ha pasado.

—Cariño, me estás preocupando —dijo Maxine cogiéndole la mano que él tenía sobre la mesa.

—Han secuestrado a Grace —soltó a las bravas—. Sonríe, cielo, no hagamos que todo el mundo sepa qué ha ocurrido.

—¡¿Cómo?! —Maxine no podía creérselo.

Federico vio que todos esperaban a que se explicara.

—La han confundido contigo, Maxine.

Dany, Matt y Diego cruzaron una mirada. El último había sido policía, Matt trabajaba para el FBI como asesor y Dany, como asegurador, se las veía a menudo con estafadores.

—¿Cómo ha podido ocurrir si la entrada está siempre vigilada? Si esos gorilas que la custodian no dejan pasar a nadie sin la tarjeta negra y dorada —Sony expresó lo que todos pensaban.

—No lo sé, lo único que se me ocurre es que hayan entrado como acompañantes. Hay mucha gente a la apenas conozco.

Dany, que sabía lo de los anónimos, le pidió que le contara todo y él lo hizo en voz baja, solo lo escucharon sus amigos.

—¿Qué podemos hacer? —Diego ya estaba sopesando la posibilidad de ponerse en contacto con compañeros que tenía en Nueva York. Sin embargo, sabía que en tan pocas horas como le habían dado a Federico era posible que no hallaran nada.

—Podemos presuponer que quien haya sido no sabe que ha raptado a la persona equivocada —anunció Carolina—. ¿Qué pasará si se enteran?

Todos podían imaginarse lo que ocurriría en ese caso.

Capítulo 24

Hans y sus amigos estaban a punto de cenar cuando les llegó un mensaje con una ubicación a los móviles.

«Ahí os entregarán el paquete dentro de una hora, llevadlo al almacén».

Como habían planeado, tenían varios coches en distintos lugares; estaban convencidos de que los seguirían para asegurarse de que cumplían con el trabajito. Todos sabían cómo abrir un coche y arrancarlo sin las llaves. Cada uno tomaría una ruta distinta, en previsión de que la policía se pusiera de por medio y poder despistarlos.

—Mierda, ahora que están a punto de llegar las pizzas —renegó King.

—Venga, ya comerás más tarde.—lo apremió Murphy.

Se dispersaron y se dirigieron a la dirección indicada. Hans llegó el segundo y paró detrás de Morgan. ¡Estaba en la parte trasera del Santana's club! ¿Qué se traerían esos tarados entre manos?

A la hora indicada, se abrió una puerta que parecía de entrada de mercancías y salieron dos tipos trajeados cargando una gran bolsa. Al encontrarse él frente a esta, le dieron unos golpes en el cristal posterior del coche para que abriera el maletero. Lo hizo y depositaron el paquete. Hans arrancó y dio un rodeo hasta llegar al

almacén. Sus amigos ya estaban allí. Díaz también los estaba esperando con sus matones.

—Morris, Butler, subid la mercancía.

—¿De qué se trata? —preguntó Hans.

El Diablo Negro se lo quedó mirando como si estuviera decidiendo qué hacer. Los dos parecían medirse con los ojos. Díaz sabía que no quedaba ninguno de los chicos por allí, solo los que tenían su plena confianza. Si estos ponían alguna objeción, Morris y Butler no dudarían en sacarlos de en medio; dos tiros y serían comida para peces, nunca los encontraría nadie.

—Ahora que habéis pasado la prueba, lo sabréis. Me van a pagar muy bien por este trabajo —dijo mientras bebía whisky a morro de la misma botella—. Seguidme.

Los precedió hasta lo alto de las escaleras metálicas, abrió la puerta y a Hans se le cayó el alma a los pies. En ese momento estuvo seguro de que la prueba aún no había terminado. Los estaban observando como halcones. Si no reaccionaban como ellos esperaban, estaban muertos. Allí, inconsciente, estaba Grace, atada como un pavo de Acción de Gracias. Las ganas de saltar sobre ese mamarracho que actuaba siempre con sus matones eran muy grandes, pero debía controlarse si quería salir de allí con vida y llevarla con él.

—¿Quién es esta mujer? ¿Quién te va a pagar por haberla secuestrado?

Díaz soltó una carcajada ronca.

—Es un negocio redondo. Voy a cobrar por dos lados: primero del marido y después de un tipo que quiere hacerse con las posesiones de él.

—No entiendo.

—Tal como la ves, está casada con un tipo muy rico y hay un europeo que quiere despojarlo de sus riquezas. —El Diablo Negro parecía disfrutar chuleando de lo que pretendía hacer.

—¿Un europeo? —Hans no entendía nada, no sabía mucho de Grace, sin embargo, sospechaba que no estaba casada. ¿O sí? ¿Si fuera cierto que su marido era un hombre rico estaría ella trabajando en el club? No lo creía.

—Oh, sí. Un mafioso que trapichea por Italia, Austria, Alemania y Francia. En cuanto le diga que tengo a la mujer volará hacía aquí. Yo

ya habré cobrado el rescate del marido y luego él que haga lo que quiera con ella.

«Justo lo que sabían de Finn», pensó Hans.

—¿Cómo sabes que ahora que has hecho el trabajo te va a pagar? He conocido a muchos tipos de esos que no son capaces de hacer el trabajo sucio y lo que hacen es cargarse al intermediario. Yo vigilaría mis espaldas.

—Como que no lo sé, por eso voy a hacer mi trato con el marido antes de que ponga un pie en Nueva York; luego ya no será asunto mío.

—¿Se la vas a entregar? Es posible que cuando la tenga en su poder... —Hans tenía que enterarse de todo el plan. No dejaría a Grace en manos de esos maleantes hijos de puta.

Díaz lo miró entrecerrando los ojos.

—Sabes mucho sobre ellos. —Su voz se había endurecido.

—Me he encontrado con más de uno, no me fío de nadie. Quizás por eso he llegado a mi edad.

—Sin embargo, viniste a mí —dijo señalándolo con el dedo.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien insistió en que formáramos parte de los Diablos Negros.

—Y, ahora que estáis aquí, ¿tenéis algo que objetar? —Díaz pasó su mirada del uno al otro.

—Nada —contestó rápidamente Hans. Los demás asintieron—. ¿Qué harás si ese socio tuyo europeo no suelta la pasta que te ha prometido? —Él seguía metiendo el dedo en la llaga, quería que Díaz dijera el nombre de quien había ideado el plan. Este se limitó a soltar una retahíla de maldiciones.

—Me lo cargaré, nadie juega conmigo.

—Si tengo que guardarte la espalda, quiero saber a quién me enfrento. —Hans llevaba la voz cantante y sus amigos asentían.

—Si lo ves lo reconocerás enseguida, es moreno con unos mechones blancos en las sienes. Bajito, rechoncho y con la cara redonda. Me he informado sobre él —Díaz hablaba con esa chulería que lo llevaría a la tumba o a la cárcel por mucho tiempo.

—¿Y sobre sus matones? ¿O crees que vendrá solo a buscar lo que desea? Si te ha hecho este encargo, apostaría a que ya tiene hombres por aquí que se aseguran de que cumples tu palabra. —Hans pretendía

que se pusiera nervioso y soltara el nombre del tipo—. Es posible que ya te tengan en su punto de mira y que te arrebaten el tesoro antes de que puedas comerciar con el marido.

—Finn no haría una cosa así, estamos juntos en esto. Yo he arriesgado mucho más que él.

«Ya lo había soltado», pensó Hans. Ya sabía los planes de ese hombre, no obstante, no se le podían imputar cargos de momento, no hasta que él hiciera un movimiento que lo relacionara con todo ese despropósito.

—Por eso mismo. Yo no me fiaría, no querrá dejar cabos sueltos. Además, si se entera de que tú ya has tratado con el marido...

Díaz lo miraba con los ojos muy abiertos, ese tipo que le hablaba parecía más inteligente que los que lo rodeaban. Todos solían acatar sus órdenes, este lo había hecho también y en ese momento le estaba mostrando las consecuencias de hacer ese tipo de trabajitos para otro.

—Butler, quiero que reúnas a los muchachos, nadie debe acercarse sin que sepamos de quién se trata.

El matón salió de allí haciendo un gesto para que bajaran y lo oyeron hablando por teléfono, estuvo largo rato en la calle.

Desde abajo escucharon cómo Díaz llamaba al marido de Grace y le pedía diez millones de dólares. Los unos se miraron a los otros y no dijeron nada. Los demás no sabían que Hans la conocía.

Vieron a Díaz cerrar la puerta con llave y bajar los escalones con Morris detrás.

***

Hans y sus amigos esa noche la pasaron en el almacén. Él no pensaba alejarse de Grace y quería saber para qué quería Díaz toda aquella pasta. Sí, sabía que le gustaban los coches espectaculares, pero se estaba arriesgando mucho por un tipo al que no conocía, del otro lado del charco. ¡Y pensar que había sido él quien la llevó allí! Eso lo ponía frenético.

El único lugar que encontró para descansar un poco fue el asiento del coche que supuestamente había robado, no iba a echarse en

ninguna de aquellas mantas roídas que parecía que tuvieran vida propia de los insectos que debían tener.

Su cabeza no paraba de darle vueltas, tenía la necesidad de comunicarle a Grace que estaba allí; al mismo tiempo, ella podía llevarse un susto monumental si, caracterizado como Hans el negrito, se le acercaba. Además, no creería que él fuese quien decía, si ni siquiera él se reconocía muchas veces. Se había llevado más de un susto al pasar por al lado de una cristalera o un escaparate y ver su reflejo.

Sus compañeros terminaron acomodándose en los asientos de los coches. Murphy junto a Nelson, Morgan con Hill y, de repente, la puerta del lado del copiloto se abrió y King aposentó su envergadura a su lado.

—Tío, solo te ha faltado decirle que eras un infiltrado —murmuró el mastodonte que cogió la palanca y echó el asiento todo lo atrás que pudo, para estar cómodo.

—¿Te has dado cuenta de lo imbécil que es? Cuando Finn llegue y tenga lo que ha venido a buscar, lo sacará de en medio.

—Otro que criará malvas. —A King no parecía importarle mucho que se mataran entre ellos.

—¿Te olvidas de la mujer? —Tuvo cuidado de no decir su nombre.

Ambos se quedaron en silencio. A los pocos minutos, King dijo:

—No me olvido de ella, pero no me voy a poner en medio de una guerra de bandas. A propósito, si estás pensando en obtener alguna ayuda de la policía, ya puedes ir descartando esa idea, van a llegar tarde como siempre. —Ninguno de los dos habló durante unos segundos—. Seguro que el topo que hay en el FBI ya está al corriente de lo ocurrido. Imagino que el marido estará moviendo cielo y tierra para recuperar a su esposa.

—Se han llevado a la mujer equivocada.

—¡¿Qué cojones dices?! —exclamó King.

—Baja la voz, hay oídos por todas partes. He estado escuchando cuando ha llamado y pedido rescate.

—¿Y?

—Pues que hemos recogido a la mujer en la puerta de atrás del Santana's Club y he escuchado claramente que ella decía: «Federico,

no lo hagas». Conozco al tal Federico y a su esposa, y la que está arriba no es ella.

—Joder, si se dan cuenta del error no la dejarán marchar —King parecía expresar sus pensamientos en voz alta.

—Tú lo has dicho. Tenemos que sacarla de aquí.

—Y que sea pronto, he oído que le ha dado de plazo hasta la mañana. —El grandullón parecía darse cuenta de lo que implicaba todo aquel estropicio—. Si esperamos a que llegue ese europeo, ese tal Finn, tendremos que vérnoslas con quién sabe cuántos tipos armados.

—Tengo que conseguir que ella colabore, no lograremos sacarla de aquí si arma un escándalo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Hans miraba el techo tapizado del coche haciéndose la misma pregunta.

Capítulo 25

Al mismo tiempo, en el Santana's Club, el dueño del local estaba viviendo una pesadilla. Dany, Matt y Diego habían ido a encontrarse con los informantes de Dany, los que había puesto a vigilar por los anónimos que recibía Grace. Matt estaba llamando a todos sus antiguos conocidos de los bajos fondos a ver si sabían algo sobre aquella movida y Diego se puso en contacto con sus colegas, los detectives privados de la ciudad.

—Mueve el culo, tío —decía por teléfono a uno de ellos—. Tenemos muy pocas horas para saber dónde han llevado a la mujer.

—Y muchos sitios donde mantenerla escondida. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Alguien tiene que haber visto algo o escuchado alguna cosa entre tus informantes.

—Seguro que sí, y todos estarán durmiendo a estas horas. Son las tres de la mañana, joder.

—Te deberé una muy gorda, pero hazlo. Saca de la cama a quien pueda saber algo.

Un gruñido al otro lado de la línea le afirmaba que lo haría.

Federico había ordenado a los de seguridad que aumentaran lo vigilancia, sabía que alguien iba detrás de su mujer y no la perdía de vista. Maxine se había negado a marcharse a su casa, alegando que

dónde estaría más segura que allí. Sus amigas no la dejaban sola ni un segundo.

—Tengo que ir al baño, me meo. —Nerea movía las caderas demostrando que lo que decía era literal.

—Vamos, chicas —animó Alex—. Hoy no iremos de dos en dos; quien vea a seis mujeres entrando en los servicios, pensará que somos raras.

—Un poco sí lo somos —bromeó Carolina.

Al entrar a aquel baño de lujo, Sony se guaseó. Siempre le había parecido que la decoración era demasiado elegante. Las paredes con baldosas con motivos vegetales, el mármol negro y los suelos grises conjuntaban a la perfección con los lavabos y los espejos redondos plateados.

Como Nerea se había apresurado a encerrarse en uno de los cubículos, escuchaban cómo estaba aliviando la vejiga.

—Hala, nena, recuerdo en las montañas de Innsbruck, una vaca meó menos que tú. —Ante el comentario de Sony todas estallaron en carcajadas.

—¿Me estás tratando de vaca? —exclamó Nerea sin poder parar —. Hacía mucho rato que me aguantaba, ¿vale?

—Ya se nota. —Alex, que se estaba retocando el maquillaje, se le fue el pintalabios y terminó con una mejilla con una raya roja—. Anda ya, no me hagáis reír, por favor, ¡qué desastre!

Todas se rieron al mirarla.

—Ya que estamos aquí, podemos aprovechar. —Carolina entraba en un privado mientras hablaba—. No vamos a hacer viajecitos al baño cada dos por tres.

Kiki, que ya lo había hecho, se retocó el colorete de las mejillas y vio cómo Nerea sacaba de su cartera un bote de laca y se arreglaba el peinado.

—Nunca se me habría ocurrido ir a una gala como esta con un bote de laca en el bolso.

—Estoy acostumbrada a llevar de todo; lo malo es cuando las carteras son tan pequeñas, tengo que elegir qué es lo que dejo.

—O sea que tu bolso es como el de Mary Poppins.

—Sí, nunca se sabe lo que voy a necesitar en las fiestas donde se presentan mis diseños. —Al escuchar el ruido que hacían las que

estaban en los cubículos añadió—: Mira las que decían que soy como una vaca, ahora mismo parece que tenemos a un grupo de jirafas.

Se oyeron carcajadas.

—¿Habéis encontrado una cartera por aquí? —preguntó una mujer que entró apresurada.

—No —respondió Nerea.

—En el comedor tampoco está.

—Se le habrá olvidado en la sala del cóctel —sugirió Kiki.

—Ya he ido y no está.

—Pregunte en recepción, seguro que tienen los objetos perdidos. —Nerea pensó que ni ella misma sabía dónde se la había dejado.

—Ahora mismo voy; gracias, hija.

Al salir del baño, un gran revuelo las recibió. No solo habían desaparecido carteras, a algunas mujeres les habían robado sus carísimos collares.

—¡Anda ya! —exclamó Kiki—. ¿Y no se han dado cuenta?

Carolina, que era experta en esos menesteres, se le acercó por detrás y sus diestros dedos soltaron el cierre de la gargantilla que llevaba. En menos de un segundo la tenía en la mano. Entonces, se plantó delante de ella y se la enseñó. Kiki se tocó el cuello con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo has hecho?

—Un ladrón nunca revela sus secretos. Me temo que aquí hay más de uno. —Miró a sus amigas alzando una ceja.

Maxine perdió el color de la cara.

—Entre el secuestro y esto...

—Sí, ya estoy viendo los titulares de mañana en todos los periódicos —señaló Sony—. Robo en Santana's Club. La gala benéfica pasará a un segundo o tercer plano.

—¡Mierda! —exclamó Maxine—. Tengo que ir al lado de Federico, debe estar de los nervios.

Como había imaginado, Federico había puesto a varios empleados en el vestíbulo para que tomaran nota de las joyas extraídas. Ya había ordenado a su jefe de seguridad que examinara las grabaciones de esa noche para descubrir a los que desplumaron a sus ilustres clientes. ¡Qué desastre!

Capítulo 26

Díaz, Morris y Butler echaban cabezadas en unos sofás roñosos. Hans se dijo que era un buen momento para avisar a Grace de que estuviera preparada para salir de allí cagando leches cuando él fuera a buscarla. Subió las escaleras con una botella de agua en la mano; si cualquiera de esos tarados lo descubría, le diría que le llevaba algo para beber, lo que no querían era que le cogiera algo. Dio la vuelta a la llave que estaba en la cerradura.

Grace lo miró con los ojos llenos de terror, tanto que le dolió el alma.

—Te he traído agua, ¿tienes sed? —Se le acercó con paso lento, lo último que necesitaba era que ella se pusiera a gritar—. No tengas miedo, no voy a hacerte daño.

Grace lo miró con furia, no lo creía.

—No quiero nada de ti. Solo que me desates para que pueda marcharme.

Él negó con la cabeza.

—Ahora no puedo hacerlo —hablaba en voz baja para no alertar a nadie—. En cuanto pueda te sacaré de aquí.

—¿Me ves cara de idiota? No te creo, nunca desobedecerías a ese cabrón.

—Sé que eres muy lista. —Había llegado hasta ella y estaba

inclinado a su lado, tan cerca que podría tocarla, sin embargo, no se atrevía. Ella se pondría a gritar como una posesa, estaba seguro. Se preguntaba cómo podía hacerle saber que era él. Si se lo decía a ella le entraría un ataque de risa.

—Si me tocas voy a gritar tan fuerte que se caerá el techo de esta cochiquera.

Eso era lo que él se temía. Tenerla tan cerca y no poder acariciarla lo estaba matando, hacía días que la venía deseando. Recordó la última noche que estuvieron juntos, fue maravillosa hasta que ella lo trató como un pañuelo usado. Con el tiempo que había pasado, se convenció de que ella se comportó como una bruja para protegerse de la atracción que ambos sentían. Había cortado de raíz unos sentimientos que estaban ahí. Que no quería liberar por miedo a sufrir.

Recordar aquella fabulosa noche lo afectó de una manera inesperada. Sin pensarlo ni un segundo posó su mano en la nuca femenina y la besó como había soñado tantas noches. Poniendo toda la pasión que ella despertaba en él.

Grace se puso tensa como la cuerda de un violín, no esperaba que la atacaran sexualmente. No obstante, esa parte de su cerebro que la mantenía alerta se percató de que no le estaba haciendo daño, no, la trataba con dulzura. «Grace, no te dejes engañar —se decía a sí misma—. Estás asustada y no piensas con coherencia». Trató de separarse, pero él no se lo permitió, la tenía anclada a su boca con aquella fuerte mano en la nuca. No podía darle un empujón, tenía las manos atadas a la espalda y la cuerda le estaba lastimando las muñecas, además, la habían anudado a un hierro que sobresalía de la desconchada pared. No tenía escapatoria. Recordó los consejos que le había dado su abuela siendo adolescente, que se mostrara como una muñeca de trapo y, cuando el tipo se confiara, le diera una patada donde más le doliera. Así, sentada en el suelo, poco podía hacer.

Hans la besaba una y otra vez, esperando que ella recordara, que lo reconociera a través de sus besos. Se excitó con mucha rapidez. Tenía que parar o todo el plan se iría a la mierda. Ella no respondía a sus caricias, era lógico, la notaba temblar y supo que no era de excitación ni de frío.

Grace estaba aturdida, debería estar luchando como una leona; en

cambio, aceptaba los besos que ese delincuente le estaba robando con una pasividad pasmosa. Se parecían tanto a unos que había recibido no hacía mucho que se imaginó que su cerebro los confundía con aquellos.

Con un suspiro, Hans se separó de aquella boca enloquecedora, apoyó la frente en la de ella y la miró a los ojos.

—No va a pasarte nada, no voy a permitirlo —susurró acariciándole los labios—. Cuando sea el momento adecuado, te vendré a buscar y te sacaré de aquí. ¿Puedo confiar en que no armarás un escándalo? Nos va la vida en ello.

—¿Te crees que soy idiota? ¿Que voy a saltar del fuego a las brasas? ¿Qué te diferencia de ellos?

—Yo no soy uno de ellos.

—Oh, claro, y debo confiar en ti —dijo con ironía Grace.

Él entendía que no lo hiciera, después de todo, ella pensaba que pertenecía a la banda.

—Solo yo y los míos sabemos que te han secuestrado por error. —Al ver la confusión en los ojos verdes, añadió—: Pretendían raptar a la mujer de Federico. —Grace frunció el ceño, ¿qué sabría ese hombre de Federico? ¿Cómo sabía que ella no era su esposa?—. Ahora debo dejarte antes de que alguno se dé cuenta de que he subido.

Antes de dejarla sola, volvió a sus labios y la besó con aquella ternura que ella siempre había despertado en él.

Capítulo 27

Hans se extrañaba de que en toda la noche no hubiesen aparecido los muchachos, luego pensó en la orden que dio Díaz de que estuvieran todos vigilantes para que nadie se acercara por allí. Eso les daba ventaja, no tendrían que vérselas con todos los Diablos Negros.

Estaba empezando a clarear el día, Hans sentía el cuerpo entumecido de haberse pasado las horas sentado en el coche. Salió a estirar las piernas y todos los huesos del cuerpo. Como era costumbre en él, siempre estaba vigilante; oyó unos pasos a su espalda, era Díaz con el teléfono móvil en la mano. No se separaba de él.

—¿Qué tal la muñequita? —Con esa pregunta le estaba diciendo que sabía que había subido.

—Fui a llevarle un poco de agua, pensé que tal vez la necesitara. —No iba a negar que había estado arriba.

—¿Y qué?

—No quiso nada de mí.

Díaz soltó una carcajada.

—¿Es la primera vez que secuestras a alguien?

—Sí.

—Me lo imaginé. Esas señoras de postín nunca toman nada, deben creer que queremos envenenarlas.

—Lo recordaré.

El Diablo Negro se alejó de él riendo entre dientes.

A las nueve en punto, Hans y sus amigos estaban apoyados en la pared, frente a la entrada del almacén, cuando vieron que Díaz hablaba por su móvil. Supusieron que se conectaba con Federico para cobrar el rescate; él intentó acercarse para escuchar, Morris no se lo permitió. Lo entretuvo fuera preguntándole dónde había levantado aquel coche tan rápido. Él supo que lo mantenía alejado de aquella conversación a propósito.

King maldecía al ver la treta de ese matón, entonces, fue cuando escucharon un comentario que los dejó clavados donde estaban.

—Butler, vamos a cobrar y luego nos encontraremos con nuestros amigos Rymer y Berrycloth. —Nelson y Murphy se miraron significativamente. Al fin habían escuchado dos nombres que podían identificar. Los dos pertenecían a la brigada de Sallow.

Hans, que también lo oyó, pensó que todo se estaba destapando demasiado rápido. Que tenían varios frentes abiertos y eso no era bueno. Por un lado, Díaz, que quería sacar tajada por Grace desde dos lados distintos: con Federico y con Finn; y, por otro, a los agentes corruptos.

Vieron marcharse el Dodge Viper con el Diablo Negro al volante y uno de sus matones. No se llevaba al otro porque no se fiaba de ellos.

Morris esa mañana no trataba de ocultar la pistola que llevaba en la parte trasera del pantalón, como si les estuviera advirtiendo que no se lo pensaría dos veces a la hora de disparar. Lo que el capullo no sabía era que ellos, al haber preparado los coches que supuestamente iban a robar, también tenían sus cuarenta y cinco a mano. Debajo de los salpicaderos, escondidas y bien sujetas con velcro por si se les ocurría registrar los coches.

—Yo necesito un café. —Hans no quería que Morris los viera haciendo planes—. Ya sabéis que sin ese jugo de calcetín por la mañana no soy persona. Morris, ¿quieres algo?

—No —repuso este con mala cara.

Los seis se alejaron y cogieron cafés para llevar en la primera cafetería que encontraron, como no sabían quiénes eran leales a los Diablos no se quedaron. Se internaron en un callejón y se aseguraron de que estaban solos antes de hacer planes.

—Tíos, es ahora o nunca. —Hans estaba impaciente—. La mujer

no estará más desprotegida cuando vuelva ese par. Ya sabéis por dónde empezar a tirar de la madeja; ya tenéis dos nombres, solo es cuestión de apretarles las clavijas para que canten y digan si hay alguien más metido en el ajo.

—De Berrycloth te lo puedes esperar todo, pero de Edevane... —señaló Hill.

—En todas partes hay manzanas podridas —repuso Hans.

—¿Qué has pensado? —preguntó Nelson.

—Somos seis contra uno, creo que la ecuación está a nuestro favor.

—Cuando Díaz vuelva sabrá que hemos sido nosotros —afirmó King.

Los demás lo miraron con las cejas alzadas.

—¿Acaso piensas volver a infiltrarte en los Diablos? —observó Nelson—. Joder, que somos de Asuntos Internos y llevamos tiempo detrás de esos tipos corruptos.

—No, desde luego que no pensaba...

—Anda, cabezón —dijo Murphy pasando un brazo por el hombro de su compañero King—. Vamos a terminar con toda esta mierda. Tíos, haremos como anoche: cada uno que vaya por un lado, nos encontraremos en el motel Cony Island. —Todos asintieron.

Volvieron al almacén y, como si nada, se metieron en los coches y sacaron las armas. Morris los estaba vigilando, sin embargo, no se dio cuenta de lo que ocultaban. Mientras lo hacían, cada uno sacó la llave del contacto escondida en el cajón de la puerta y la puso en su sitio; en cuanto hubiesen tumbado a Morris y rescatado a Grace, tenían que salir de allí cagando leches.

Hans cogió otra botella de agua e iba a subir las escaleras cuando Morris le dio al alto.

—¿A dónde crees que vas?

—A ver si la señora necesita algo —señaló el agua que llevaba en la mano.

—¿Y a ti qué te importa si la reina tiene sed?

Hans no se lo pensó dos veces, dejó la botella en un escalón y se acercó al matón. Los otros estaban a la espera de que les diera la señal.

—Mira, media mierda, voy a llevarme a la mujer. —La voz de

Hans no podía ser más amenazante—. Me importa un huevo que os matéis los unos a los otros, que os droguéis o que os den por el culo. Lo que no consentiré es que os metáis con hombres y mujeres para pagar vuestros vicios.

—Tú estás loco —exclamó Morris sacando su arma, no obstante, antes de que pudiera apuntar, Hans tenía el cañón de su Glock metido en la nariz de ese facineroso.

—No te lo voy a negar —asintió un segundo antes de pegarle un gancho de izquierda que mandó al matón de espaldas al suelo. En la caída el arma de Morris escapó de su mano y King la recogió mientras Hans se aplicaba con los puños, dejando al tipo sangrante como si lo hubiese atropellado una manada de elefantes. No se entretuvieron en atarlo, ese no iría a ninguna parte, estaba inconsciente en el suelo, le había roto la nariz y hundido algunas costillas. Luego corrió escaleras arriba dándole un susto tremendo a Grace, al verlo salpicado de sangre.

—Vamos, rápido —dijo, sacando la navaja suiza que lo acompañaba desde que se infiltró, y cortó la cuerda que la amarraba. La ayudó a levantarse y vio que las piernas de ella no la sostenían, la cogió en brazos y bajó en un santiamén—. Túmbate en la parte de atrás.

Grace no sabía si aquello era un rescate o la estaban metiendo en la boca del lobo; en ese momento, no le quedó más alternativa que hacer lo que él le decía.

Hans se montó tras el volante y en unos segundos estaban recorriendo a toda velocidad varias callejuelas.

—¿Dónde me llevas? —quería saber ella, y él escuchó su voz temblorosa.

—Mete la mano entre el asiento trasero y el respaldo, hay un teléfono —le ordenó Hans sin responder a su pregunta. Había recuperado su teléfono y lo había ocultado allí, mientras que el que le había dado April lo llevaba en el bolsillo, visible para los de la banda —. Llama a Federico y dile que estás libre. —Esperaba que la transacción de dinero aún no se hubiese llevado a cabo. Oyó cómo ella hablaba—. ¿Ha pagado tu rescate?

—Sí. Me ha dicho que me iban a soltar al mediodía. Que me llevaron por equivocación, que iban detrás de su mujer.

—Espero que la tenga bien protegida si ya sabía eso.

—Federico no es tonto.

—Debe apreciarte mucho si ha pagado esa burrada de pasta.

—Seguro que lo recuperará.

—¿Me estás diciendo que si le hubiesen pedido más también habría pagado, a pesar de que no eres su mujer?

—No lo sé.

—¡Será cabrón! —exclamó Hans, pensando en la posibilidad de que ellos no hubiesen estado allí—. Bueno, sabemos dónde va parte de él y quién lo ha cobrado.

Grace no sabía si el aturdimiento le había afectado las neuronas, no entendía lo que ese tipo quería decir. Se mantuvo pensativa tratando de aclararse las ideas. «Tonta, puedes llamar a la policía», se dijo. Por otro lado, por cómo hablaba ese hombre parecía conocer a Federico. ¿O no?

—¿Dónde me llevas? —volvió a preguntar Grace.

—A un lugar seguro. Puedes llamar a tu familia para tranquilizarla. —Ese comentario la puso al borde del llanto. Había estado tan asustada que no había pensado más que en que iban a matarla. En ese momento se sintió más sola que nunca, hacía años que sus padres y hermana vivían en Canadá, donde se habían trasladado para cuidar de sus abuelos.

Hans la observaba desde el retrovisor y vio sus ojos acuosos. No podía soportar ver la congoja en su mirada ausente. No dijo nada más, ya la calmaría más tarde, lo prioritario era mantenerla a salvo.

Al llegar al motel, vio que sus compañeros ya estaban allí. King lo esperaba en la puerta de una de las habitaciones.

—Ya era hora, pensamos que te habían descubierto —declaró al verlo bajar del coche.

—Me he tomado mi tiempo para asegurarme de que nadie me seguía.

—Bien, April está de camino.

—Llámala y dile que me traiga ropa, necesito quitarme el disfraz —dijo rascándose la cabeza.

—Toma, como todos. —King soltó una carcajada—. Nos hemos adelantado a los deseos de su señoría.

Hans abrió la puerta de atrás y vio a Grace encogida en el asiento

y terror en los ojos.

—Ven. —Le tendió la mano y vio que la de ella temblaba—. Tranquila, todos estos brutos son de confianza. —Ella se agarró a él pensando en salir corriendo a la primera oportunidad. Si las piernas la sostenían no tardaría nada en pegarle una patada a ese hombre y dejarlo tiritando. Tan pronto como posó los pies en el suelo y vio a los tipos que asomaron por la puerta, comprobó que podía correr. Se cogió las faldas para que no le estorbaran, las levantó hasta las rodillas y disparó su pierna hacia las pelotas de él.

A Hans lo pilló desprevenido, se dobló por la mitad con una palabrota en los labios. Los que estaban mirando se partían de risa al observar la acción de ella.

—Joder, tío, tanto desear salvarla para que te parta los huevos. —Murphy se descojonaba a gusto.

—Grace —gritó Hans con las manos en sus partes doloridas. Viéndola correr hacia la entrada del aparcamiento—. Grace, me cago en la puta, no hagas que salga corriendo detrás de ti. Soy Hans.

Al escuchar el nombre, ella se paró en seco. Miró a los lados y vio que había muchos transeúntes a los que podía pedir ayuda. Se giró y vio que ninguno de aquellos mastodontes la seguía.

—Sigues tomándome por idiota. Tú no eres Hans —mientras lo decía, se acordaba de los besos que él le había robado en la madrugada. Se había fustigado durante horas por no mostrar resistencia, por no haberlo mordido y sacarle sangre. Aunque estaba atada de manos podría haberle dado un cabezazo en la boca para que supiera que aquellas caricias no eran bien recibidas, pero no lo hizo. En ese momento supo por qué. Pese a su miedo, nerviosismo y aturdimiento, su subconsciente había reconocido aquellos besos.

—Ven y lo verás por ti misma. —Él no pensaba salir corriendo detrás de ella, le daba la opción de quedarse o marcharse.

En ese instante, llegó un Chevrolet Malibu negro, que pasó a su lado. De él salió una mujer que tendría su misma edad y escuchó:

—¿Qué significa eso de que el círculo se está cerrando? —les preguntó April al tiempo que sacaba varias bolsas de deporte del maletero del coche. Se acercó a ellos y las dejó en el suelo—. ¿Qué ha pasado? ¿Os han descubierto?

Mientras preguntaba se dio cuenta de que Hans no le prestaba

atención, que estaba pendiente de una mujer con vestido de noche que seguía en medio del aparcamiento.

—Mejor entramos y te lo contamos, nos hemos descubierto nosotros mismos —contestó Morgan.

—¡Seréis capullos! Precisamente ahora que estabais dentro.

—Corría peligro la vida de una mujer —señaló Hill.

Entonces, reparó en la mirada de Hans hacia aquella vestida de noche, la repasó de arriba abajo y vio las ojeras que ni el maquillaje cuarteado y corrido ocultaban.

—¿Es seguro hablar delante de ella? —quiso saber April.

—Yo respondo por ella —aseguró Hans.

April se le acercó y vio el miedo en sus ojos. Se dio cuenta de que iba a salir pitando de allí en cualquier momento. Se abrió la chaqueta para que pudiera ver la placa que llevaba prendida en la cintura del pantalón.

—Tranquila, todos trabajamos para el FBI. Ya estás a salvo. Ven conmigo, veamos si esta panda de idiotas no la ha cagado. —La voz de April transmitía seguridad, Grace se la quedó mirando y poco a poco el terror se desvaneció de sus ojos. La acompañó a paso lento. Al pasar al lado del que le había dicho que era Hans sus pupilas se encontraron y ella apartó la mirada. Estaba muy confusa, no sabía lo que había pasado y deseaba escuchar las explicaciones.

Capítulo 28

A Hans le dolió ver incertidumbre en aquellos pozos verdes que en ese momento estaban apagados, no lucían su habitual brillo.

Una vez dentro de la habitación, que parecía muy pequeña con aquellos seis brutos moviéndose dentro, Grace se quedó apoyada en la puerta; si no le gustaba lo que escuchara, no dudaría en salir corriendo.

—Necesito una ducha con urgencia —dijo Hans.

—Pensé que tendríais hambre y he traído hamburguesas y patatas fritas —señaló April una bolsa del McDonald's.

—Wow, cervezas. —King fue el primero en meter mano—. Eres un sol, piensas en todo.

—Grace, cómete la mía, debes estar hambrienta —le ofreció el que dijo que era Hans.

Ella lo miró con una mueca, no sabía cómo sabía su nombre y no se creía que fuera el que decía; a la vista estaba que no podía ser él.

Mientras escuchaban correr el agua de la ducha, King le explicó a April lo que habían descubierto, los nombres de los topos del FBI y la conexión de Díaz con Finn.

—Estoy seguro de que no son solo Berrycloth y Edevane —señaló Hans saliendo del baño sin máscara, con los pantalones de chándal que le trajo April y secándose el pelo con una toalla enérgicamente—.

Toda la unidad me trató del mismo modo, estoy seguro de que si les apretáis las clavijas cantarán como canarios y destaparán todo el pastel.

Grace lo miraba con los ojos saliéndose de las órbitas.

—Pero ¿cómo...? —Se calló, le faltaban las palabras.

—Te dije que era Hans —apuntó él con la sonrisa que ella tan bien recordaba—. Esperaba que mis besos despertaran tu memoria. Por lo visto no significaron tanto para ti como para mí.

Ella se había quedado muda y todos los presentes lucían una media sonrisa al ver su estupor. Su rostro se puso rojo como un tomate al reparar en lo que él había dicho y su genio explotó.

—¿Esos besos robados?

—Sí, esos besos robados, como tú los llamas, son míos. —Sus miradas se retaban a que alguno de los dos dijera algo más.

Hans vio que ella se frotaba las muñecas donde la cuerda le había dejado una fea marca que estaba cambiando del rojo al morado. Volvió a entrar en el baño y salió con una toalla empapada en agua fría. Con mucho cuidado le envolvió las muñecas.

Para despejar la tensión que en un segundo había invadido la habitación, April siguió hablando:

—¿Y cómo vas a resolver el tema que te trajo aquí? —le preguntó a Hans.

—Es posible que lo hagan entre ellos, más si la policía no actúa. Finn no se va a quedar muy contento cuando Díaz le diga que se le ha escapado el comodín.

—Quizás vayan todos a por vosotros —insistió ella.

—Primero se matarán entre ellos, nosotros hemos desaparecido. —Hans estaba seguro de que los Diablos tendrían problemas más gordos—. Tienes que dar alerta para que Finn no se vaya del país. Mis superiores te mandarán todas las pruebas que tienen contra él. Tampoco dudo de que Federico Santana usará sus influencias para que se pudra en la cárcel, no permitirá que su esposa tenga que ir siempre con miedo de ser secuestrada.

—Estoy segura de eso.

April se lo quedó mirando, lo que decía tenía sentido. Muy pronto habría una guerra entre los Diablos Negros y esos europeos. Lo primero que debía hacer era ir a por Edevane y Berrycloth, investigar

las finanzas de todos los demás y poner a otro equipo en su lugar. No podía arriesgarse a que las calles de Nueva York se convirtieran en un campo de batalla.

—Vámonos, tenemos cosas que hacer —dijo señalando a su equipo—. ¿Tú te quedarás por aquí? —preguntó a Hans.

—Sí, esperaré a que arrestéis a Finn y a Díaz si es que salen vivos de esta. Si me necesitas para descubrir al topo, Hans, el blanquito, puede volver.

April asintió.

—Eso es trabajo nuestro, gracias por el ofrecimiento. Te mantendré informado.

En un momento, todos se marcharon y se quedaron solos Hans y Grace. Ella seguía alucinada por todo lo que escuchó; muchas cosas no las entendía, sin embargo, se daba cuenta del papel que había jugado Hans en todo ese asunto de las bandas.

Él cogió el teléfono que ella aún sostenía en la mano y marcó el número de Sony. Ella, al ver quién la llamaba, contestó contenta:

—¡Hans! Qué alegría escucharte...

—Sony, yo también me alegro de oírte. —La cortó antes de que se embalara—. Tengo que hablar con Federico Santana.

—Él no está en Austria, está en Nueva York. —Sony se extrañó del tono de él.

—Yo también.

—¿Qué haces en Nueva York?

—Es largo de contar, tengo que hablar con él. Ya tendremos tiempo para explicaciones, lo primero es lo primero.

—Está muy ocupado —respondió su amiga—. Hubo problemas en el club.

—Lo sé, Sony, te aseguro que querrá escuchar lo que tengo que decirle, es muy importante.

—Está bien, lo llamaré. Pero de esta no te escapas. Quiero que me cuentes qué estás haciendo aquí.

Se despidieron y ella le prometió que se comunicaría con la respuesta de Federico. Unos minutos más tarde le mandaba un wasap diciéndole que estaría todo el día en el club.

—Marca el número de Federico —dijo a Grace. Esta lo hizo y Hans empezó a pasearse por la habitación. No era nada del otro

mundo, pero estaba limpia.

Cuando oyó la voz del dueño de los clubs:

—Hola, soy Hans Lieben, nos conocimos en la fiesta de Sony en Viena.

—No puedo atenderte en este momento. —Federico iba a cortar la llamada.

—Te interesa escuchar lo que tengo que decirte. Estoy al corriente de que han secuestrado a Grace en lugar de a tu esposa, y tus problemas no terminan ahí.

Aquellas palabras parecieron despertar la curiosidad de Federico.

—No te recuerdo, allí conocí a mucha gente. ¿Qué es eso tan urgente?

—El motivo por el que planearon secuestrar a tu mujer. Hay un mafioso que pretende quedarse con tus clubs.

Grace, al escucharlo, supo lo que aquella noticia representaría para Federico; lo conocía tan bien que podía imaginar la tensión que lo embargaría o que estaría maldiciendo a gritos.

—No creo que tengamos que hablarlo por teléfono. Podemos vernos ahora mismo.

Al oír al empresario, Hans miró a Grace, que lucía unas feas ojeras bajo sus preciosos ojos y que había terminado sentada en la cama, y recordó lo mucho que la había extrañado.

—Disculpa, pero hace días que no descanso tratando de averiguar lo que planeaba ese tipo. Tú encárgate de tener a tu mujer protegida y mañana nos vemos en tu club y te lo cuento todo. —La ducha había aliviado un poco su cansancio, sin embargo, se temía que ella no lograría relajarse tan fácilmente.

Frustrado, Federico accedió.

Al cortar la llamada, Hans llamó a Mayer, su superior en Austria, y le contó lo ocurrido. Luego, suponiendo que Díaz no habría sido tan imbécil como para llamar a Finn y decirle que se le había escapado la presa y, sospechando que el mafioso habría mandado a sus matones de avanzadilla para controlar al Diablo Negro, añadió:

—Señor, ¿sabe dónde se encuentra Finn en estos momentos?

—Los últimos informes decían que había cogido un vuelo hacia Nueva York.

—¿Cuándo?

—Anoche.

Hans supo que ya habría llegado a la ciudad. Ya podía apresurarse April a hacer su trabajo y montar otro operativo antibandas. Solo esperaba que en el caos que se avecinaba no salieran inocentes perjudicados.

—Entonces, ya está aquí.

—Estoy seguro de ello. Con todo lo que me has contado…

Aquel silencio decía más que las palabras.

—Sí, señor, va a liarse la de Dios.

—Ve con cuidado.

—Lo mantendré informado, señor.

Por la expresión en la cara de Hans y todo lo que estaba escuchando, Grace fue recorrida por un estremecimiento. Había tenido suerte de que él la sacara de en medio antes de que se desatara el infierno.

Capítulo 29

Al ver la palidez en la cara de Grace, él supo que estaba asustada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Ella se había mantenido callada escuchándolos y asintió con la cabeza sin atreverse a hablar todavía—. Te acompañaré a tu casa. Aunque yo que tú pasaría una temporada con algún amigo o familiar. —Su mirada verde volvió a enturbiarse como cuando le dijo en el coche que llamara.

—Ahora que sé a lo que te dedicas, ¿no me vas a matar? —Grace recordó el comentario de él cuando le preguntó en qué trabajaba y, como no le gustaba que la mirara con pena, lo preguntó.

Hans soltó una carcajada.

—Me gustaría matarte de placer —declaró con los ojos llenos de sobrentendidos—. Sin embargo, tengo la impresión de que te hace falta tomarte algo fuerte para sacarte el susto del cuerpo. —Ella asintió.

Hans cogió el teléfono y apretando una tecla le salió recepción, pidió que les llevaran una botella de whisky y colgó.

—¿Te está esperando alguien?

—Debería decirle a Federico que estoy a salvo.

—Llámalo.

Ella estuvo largo rato hablando con su jefe. Hans vio que de repente se puso pálida y se preguntó por qué. El encargado del motel

les llevó el licor y dos vasos de plástico, él le dio una sustanciosa propina y cerró la puerta. Se acabó la hamburguesa que ella apenas había tocado y se sentó en un sillón, al que le chirriaron los muelles bajo su peso.

—Anoche hubo un robo en Santana's —informó Grace al cortar la llamada.

Hans pensó que estaba trastornada y que no pensaba con coherencia.

—Te raptaron a ti.

—No, no me refiero a eso. Robaron carteras y joyas a los invitados a la gala.

Él frunció el ceño; eso no había sido obra de los Diablos Negros, se habrían enterado.

—¿Ha pasado en alguna otra ocasión?

—Algún otro robo menor.

Hans no creía en las casualidades, pero debía reconocer que Federico al llegar a Nueva York había pisado una mierda muy grande. Todo se le había torcido. Mientras lo pensaba llenó medio vaso de whisky y se lo entregó a Grace.

—Toma, esto te templará los nervios. —Asombrado vio cómo ella se tomaba la mitad de una vez. Quiso decirle que bebiera más despacio, pero entendía que necesitaba algo que le calentara el alma —. Ven aquí. —La cogió por la cintura y la sentó en su regazo. Sus brazos la envolvieron y ella apoyó la cabeza en su pecho.

En esos momentos Grace se daba cuenta de que ese hombre la había estado protegiendo. Solo deseaba que le pudiera traspasar un poco de su fuerza para recomponerse. Se tomó el resto del whisky y se dejó envolver por los latidos fuertes de su corazón bajo la oreja.

Los dos quedaron en silencio, las palabras sobraban. Grace reconoció para sí misma que él era un buen baluarte. Alguien en quién pudiera apoyarse; en poco tiempo, se había convertido en un capullo donde poder guarecerse. Quien no permitiría que le sucediera nada. Sin embargo, tenía su vida en Austria. Más pronto que tarde se marcharía y no podía permitirse apoyarse en él. Si lo hacía su partida sería dolorosa.

Hans notaba aquel cuerpo que reposaba sobre él como no había sentido ninguno. Sabía que se había encaprichado de Grace desde el

primer momento que la vio; ella era una mujer exquisita, guapa, refinada, femenina e inteligente. Cualidades que siempre le habían atraído en una fémina. Notó que ella se relajaba contra él y supo que se había quedado dormida. Como un tonto se quedó mirándola largo rato, trató de compararla con otras mujeres que pasaron por su vida, y no se le ocurrió ninguna que encajara tan bien entre sus brazos, que sus besos fueran tan perfectos como los compartidos con ella.

«No seas tonto, Hans, el amor a distancia no funciona», se dijo. Ese pensamiento le sacudió algo muy dentro de él. Su corazón se saltó un latido al darse cuenta de a dónde se encaminaba su mente. Trató de convencerse de que todo eso se debía a que la tenía encima, abandonada al sueño y traspasándole un calor muy agradable. Necesitaba dormir; una vez descansado, no tendría esos pensamientos moñas.

Se levantó con ella en brazos y, sosteniéndola con una mano, abrió la cama y la dejó sobre las sábanas. Le quito el vestido y los zapatos, ella ni se enteró y él pensó que era debido a la tensión y a la noche sin dormir que había pasado. Se quitó los pantalones del chándal y se tendió a su lado. Él también estaba agotado; si no, a qué venían esos tontos pensamientos, cuando nunca fue de una sola mujer; le gustaban la variedad y la hermosura. ¡Como la que tenía al lado! Con ella en mente se quedó dormido y soñó con Grace.

***

Empezaba a oscurecer cuando Grace abrió los ojos y se encontró enroscada al cuerpo fornido de Hans, él le pasaba un brazo por los hombros y la apretaba contra su pecho. Así, dormido y relajado, era aún más atractivo; las pestañas castañas le formaban medias lunas en las mejillas, la barba de varios días le sentaba de maravilla y no ocultaba aquellos labios tan sexis.

Como si notara que lo estaba observando, él abrió los ojos y los clavó en los de ella.

—¿Te gusta lo que ves? —La voz profunda de él la notó como una caricia.

—Sí.

Ante aquella respuesta se encontró alzada y tumbada sobre el pecho que había usado de almohada. La mano de él le acarició la nuca antes de atraerla y besarla. Las femeninas tomaron el control y se enroscaron en el cuello de Hans arrancándole un suspiro al notarla tan dispuesta.

Los besos de ese hombre eran maravillosos, le recorría el interior de la boca con una minuciosidad exquisita. Le daba toques eróticos con la punta de la lengua que la enloquecían y la hacían vibrar. Al mismo tiempo que sus manos le recorrían el cuerpo causándole unos excitantes estremecimientos que la hacían revolverse contra él.

—Cariño, si no dejas de menearte, vamos a terminar muy pronto. —Hans le besó los párpados después de hablar y hundió su cara en el cuello con aroma a mujer que tanto le gustaba. Sacó la lengua y la pasaba por la suave piel arrancándole suspiros de placer.

Grace sentía la virilidad de Hans que se agrandaba contra su bajo vientre y una oleada de calor húmedo le inundó el cuerpo entero.

—No sé comportarme como una muñeca hinchable.

El comentario arrancó una carcajada a Hans.

—Tienes unos comentarios que me encantan, cielo. Muévete todo lo que quieras cariño, tenemos todo el tiempo del mundo. —Con un movimiento fluido, dio la vuelta y la atrapó bajo su cuerpo. La besó a conciencia, arrancándole gemidos de gozo. Separó las bocas y fue recorriendo con la lengua el cuello hasta llegar al sujetador, que salió volando por los aires, y acarició los pechos con las manos y con la boca. Haciéndola delirar. Le mordisqueaba los pezones y cuando ardían los calmaba con lentas pasadas de su lengua.

Grace sentía que se estaba convirtiendo en una olla a presión, su espalda se separaba del colchón ofreciéndose a aquel placer que él le daba.

Hans abandonó los pechos y siguió bajando, atormentó el ombligo con la punta de la lengua y luego fue mordisqueando la piel fina hasta la cadera. Tiró del encaje del tanga y se lo sacó con los dientes a la vez que la miraba y veía la excitación en aquellos lagos verdes y brillantes que le devolvían la mirada. La escuchaba respirar erráticamente, lanzando grititos de gozo. Posó sus manos en las nalgas prietas y las amasó al mismo tiempo que hundía la cara en la vagina depilada.

Jugueteó con labios y dientes con el clítoris y bajó hasta la ardiente abertura que lo llamaba como la miel a las abejas. La acarició con un largo dedo y con la lengua en punta entró en ella.

Grace soltó un gritito inarticulado.

—¿Te gusta?

—Sí, oh, sí.

Con una sonrisa de truhan, se apartó y le dio la vuelta. Se estaba dando el festín de su vida con aquella mujer. Se inclinó y le levantó las nalgas al tiempo que tiraba de ella, dejándola a la altura de su pene engrosado por la excitación.

Ella esperaba que la penetrara, sentía el cuerpo tembloroso de excitación. Sin embargo, lo que él hizo fue separarle las nalgas y acariciarle con garbo el pequeño agujero arrugado que se escondía entre esos dos globos apetitosos. Ella pareció enloquecer con aquellas caricias y él se puso en posición y entró con la humedad que le aguardaba entre las piernas de Grace. La embestida los lanzó a la luna y los dos gimieron de placer.

Hans empezó a moverse lentamente al mismo tiempo que seguía acariciando ese orificio, a ella se le escapó un gritito y él supo que le gustaba. Aumentó el ritmo de las penetraciones, ella se impulsaba con los brazos hacia atrás a su encuentro y, cuando él estaba a punto de estallar, introdujo la punta del dedo en ese agujerito. Lo que hizo que ella gritara de gozo al ser recorrida por un orgasmo titánico. Él la siguió soltando un rugido, bombeando dentro de ella, sintiendo que aquel clímax lo marcaba y lo hacía olvidar hasta su propio nombre. Se derrumbó encima de ella con cuidado de no aplastarla; al recobrar la cordura de aquel cataclismo que había experimentado, se giró arrastrándola con él. El corazón se le iba a salir del pecho, sus latidos erráticos le mostraban que nada volvería a ser igual. Se preguntaba qué tenía aquella mujer que lo enloqueció de esa forma. Era única y la quería, pensó obnubilado aún por lo que había pasado.

Grace no estaba en mejores condiciones, aquel cataclismo que la había recorrido entera era de los que dejaban marca. Ningún hombre le sacudió las entretelas de esa forma.

—No es posible que lo ame.

—¿Qué has dicho? —Hans la había escuchado perfectamente y le había sonado tan bien que quería volver a oírlo.

Grace se dio cuenta de que había expresado su pensamiento en voz alta.

—Nada.

—Oh, sí, has hablado, ha sonado como... —Ella se giró de cara a él y le tapó la boca con la mano. Los ojos de él brillaban con luz propia, con una expresión que decía más que las palabras.

—Seguro que no has entendido bien.

—Tengo el oído muy fino.

—No, estás equivocado. Después de hacer el amor solo podemos escuchar los latidos del corazón. Los oídos nos pitan.

Él soltó una risita.

—A ver, los míos no me pitan. Lo único que escucho son mis pensamientos, y estos me dicen que te has colado sigilosamente en mi corazón. —Ella volvió a taparle la boca con sus finos dedos y él siguió hablando—. Y ¿sabes una cosa? Me siento muy cómodo y feliz contigo ahí. ¿Notas estos latidos? —Le cogió la mano y la trasladó a su pecho —. ¿Lo notas? Si escuchas bien, escucharás tu nombre: Grace, Grace, Grace... Y me gustaría seguir escuchándolo toda la vida.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas tontas, amor. La única respuesta posible es que te amo.

Al escucharlo ella se separó de él y se levantó de la cama, y desnuda como estaba se acercó a la ventana; su cuerpo se veía iluminado por las luces de neón del letrero del motel.

—No puede ser.

—Te amo —repitió él sorprendido por su extraña reacción. Se incorporó y se apoyó al cabezal tapizado de la cama. Encendió la luz de la mesita de noche. Dobló una pierna y con el codo en la rodilla la observó.

—No vuelvas a decirlo —al hablar empezó a pasearse por la habitación con los brazos cruzados bajo sus pechos desnudos, lo que los impulsaba hacia arriba. Algo que a él le llamó mucho la atención y lo estaba volviendo a excitar—. No puede ser. Todo es resultado del fantástico momento que hemos pasado.

—Te amo —volvió él a la carga, le hacía gracia ese paseo nervioso de ella.

—Cállate, no es posible, estás confundido. Los hombres, cuando os

corréis, perdéis el mundo de vista. Toda vuestra sangre está en el pene y no tenéis suficiente riego en el cerebro. —Él hacía verdaderos esfuerzos para no reírse, ella estaba decidida a sacarlo de su error y decía muchas tonterías—. Eso es lo que pasa; cuando hayas recuperado el resuello, te darás cuenta de que estás equivocado.

Decidido a seguir disfrutando de aquel absurdo monólogo, insistió:

—Te amo.

—No vuelvas a decirlo. —Grace le lanzó una mirada envenenada y él solo podía mirar el movimiento seductor de sus caderas, sus nalgas desnudas y ese cuerpo que lo volvía loco.

—¿Por qué? ¿No te gusta escucharlo? —habló arrastrando las palabras.

—No, cuando no es posible. —Grace se paró y separó las manos con las palmas hacia arriba, queriendo convencerlo de que lo que decía era una verdad irrefutable. Tenía las mejillas rojas, como si explicarlo le supusiera un esfuerzo.

—Cuéntame eso, porque yo lo tengo muy claro.

Grace se hubiese tirado de los cabellos ante la terquedad y la dificultad de amar a un hombre que vivía en la otra punta del mundo.

—¿No te das cuenta de que en unos días vas a volver a Austria y yo me quedaré aquí? En poco tiempo pensarás: «Fue bonito mientras duró», y volverás a saltar de cama en cama. Lo que ahora dices quedará sepultado en el olvido. En pocas semanas yo seré Grace, la mujer que salvaste en Nueva York por tu trabajo. No seré nada más que aquella a la que arrancaste de las garras de unos facinerosos.

Hans negaba con la cabeza.

—Acércate —dijo palmeando la sábana a su lado.

—No.

Le encantaba esa terquedad, sobre todo cuando se dio cuenta de que, al igual que la vez anterior que se habían acostado, ella lo que pretendía era no sufrir por amor. Eso le llevó a otro pensamiento: alguien la había tratado mal y levantaba un muro a su alrededor en el momento que empezaba a sentir.

Ella volvió a la ventana y se puso de espaldas a él. Lo que aprovechó para levantarse de la cama y acercarse por detrás, la envolvió entre sus brazos, con las manos en la suave piel de su

vientre.

—¿No has pensado en ningún momento que puedes venirte conmigo? —susurró en su oído, haciendo que su aliento la hiciera tiritar—. ¿O que yo me quede en Nueva York?

—Eso dices ahora, pero no lo harías.

Hans le dio la vuelta para mirarla a los ojos.

—Lo haré, ¿y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque te amo.

No dejó que volviera a replicar, le capturó la boca y la besó de tal modo que a ella se le encogieron hasta los dedos de los pies. La cogió en volandas y regresó a la cama. Donde pasó a demostrarle que lo que sentían los dos era algo maravilloso.

Capítulo 30

April dejó de momento al margen a la unidad antibandas de Sallow. Se comunicó con sus superiores y les informó de lo ocurrido y de lo que esperaba que pasara. Estos convocaron a un grupo de élite y, con la colaboración de King y Nelson, que les indicaron dónde encontrar a Díaz, esperaban a que los dos líderes se reunieran.

Como habían sospechado, a Finn le estaban esperando sus hombres, quienes habían estado controlando los pasos de Díaz y su pandilla. Estos ya sabían dónde operaba la banda y el almacén donde deberían tener a la mujer de Santana. Hacia mediodía, el mafioso en persona se presentó ante las puertas abiertas, desde donde vio al líder de los Diablos despotricando enloquecido.

—¿Cómo que se han llevado a la mujer? —gritaba a uno de sus esbirros.

Morris estaba despatarrado en un sillón, con la cara llena de cortes y cardenales, y se apretaba las costillas.

—Los hijos de puta me pegaron una paliza. ¿Es que no te das cuenta? —Morris hablaba con dificultad—. No tenía nada que hacer contra los puños de esos tíos. —Se abstuvo de decir que fue solo Hans quien le había dado. Díaz estaba furioso y podría matarle en un ataque de ira.

—¡Serán cabrones! —exclamó el jefe—. Te dejé aquí porque eras

el que les podía hacer frente a esos capullos. Cojones, además, ¿para qué te sirve el arma?

—Me pillaron desprevenido.

—Deberías de estar alerta en todo momento. ¿Sabes lo que nos estamos jugando? ¿Cómo le voy a decir a Finn que la chica ha desaparecido? Me va a cortar los huevos —bramaba Díaz—. Confiaba en ti, Morris, me has fallado. Creía que estabas hecho de otra pasta.

—Por lo visto no es así —intervino Butler con voz burlona. Luego miró a Díaz y le dijo—: Por lo menos ya hemos cobrado del maridito.

Finn carraspeó, ya había escuchado suficiente. Los tres se giraron hacia la puerta y al ver a ese grupo numeroso de hombres soltaron una retahíla de insultos. Aunque nunca se habían visto, los dos líderes sabían perfectamente a quién tenían delante.

—Vaya, vaya, vaya... —habló Finn adentrándose en el almacén—. No me digas que he cruzado el Atlántico por nada. —Su voz rezumaba sarcasmo—. Secuestraste a la chica y ahora el pájaro ha volado. ¿Qué voy a hacer contigo?

Díaz miró a Finn con sus oscuros ojos muy abiertos. El tipo vestía un traje azul marino de ejecutivo, con una camisa varios tonos más clara. Los que lo acompañaban también lucían elegantes, aunque no como su jefe. Las vetas blancas de cabello que le cubrían las sienes lo hacían parecer distinguido.

—Te la traeré, te juro que te la conseguiré.

Finn soltó una siniestra carcajada.

—No jures lo que no vas a conseguir. ¿Te crees que ahora Santana está tan desprevenido como lo estaba dos días atrás? Tendrá a una legión de guardaespaldas protegiendo a su bomboncito. La has cagado, me aseguraste que podías hacer el trabajo y ya veo el follón que has armado. —Finn se paseaba junto a ellos como si fuera un padre regañando a sus hijos, cuando todos sabían que al mínimo movimiento los que lo acompañaban los acribillarían a balazos. Díaz no perdía de vista a ese hombre que lo podía hacer picadillo con solo chasquear los dedos.

—Pero...

—Cállate —restalló la voz de Finn, quien sacó un periódico del maletín que llevaba y lo tiró a la cara de Díaz—. No me extraña que la jodas cuando tus hombres se dedican a robar mientras deberían estar

pendientes de una insignificante mujer.

Díaz miró la prensa y sus ojos no daban crédito. En primera página:

—«Robo en Santana's Club. Los ladrones se llevaron joyas de incalculable valor y carteras de los asistentes a la gala benéfica que anualmente se celebra en ese prestigioso emporio» —leyó en voz alta —. ¡Esto es mentira! —exclamó Díaz.

—¿Voy a creerte a ti antes que a las noticias de New York Times?

—Mis hombres no pudieron hacer tal cosa. —Miró a Morris y Butler que se habían encargado del asunto.

—Jefe, nosotros no tenemos nada que ver con eso —se defendió Butler de la ira que veía en los ojos del Diablo Negro.

Finn soltó una carcajada siniestra.

—¡¿Me tomáis por idiota?! —Finn hizo un gesto a sus matones y estos se acercaron a él para recibir las órdenes, todos sabían lo que les mandaría.

En ese momento, dos coches pararon con un derrape ante la puerta abierta y se escuchó el tronar de las sirenas policíacas que se acercaban. Parecía que todos los agentes de Nueva York estuvieran reuniéndose allí. A través de un megáfono policial escucharon:

—Salgan todos con las manos en alto.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Díaz. —Has traído a toda la maldita policía de la ciudad. —Miraba a Finn con odio en los ojos y vio que todos sus hombres llevaban sus armas en las manos, con los cañones dirigidos a ellos tres.

—Cabrón, has sido tú quien me ha tendido la trampa. —A Finn se lo llevaban los demonios. De buena gana le pegaría un tiro entre ceja y ceja a ese miserable que no sabía dónde tenía los huevos. ¿Quién lo habría mandado encargar ese trabajo a un idiota como ese? Si no le disparaba allí mismo y en ese instante, era porque sabía que, al primer tiro, la policía entraría en tropel y no dejarían a nadie con vida. Lanzó un gruñido e indicó a sus hombres que soltaran las armas. Tenía a varios abogados cogidos por los huevos, ya se encargaría de que los sacaran de aquel desastre.

***

Al mismo tiempo, April junto a Hill, Murphy y Morgan, se pusieron a investigar las finanzas de toda la unidad de Sallow. Todos los agentes vivían muy por encima de las posibilidades que les daba su sueldo de funcionarios, todos menos Sallow. ¡Qué raro!

—Esto no puede ser —decía Murphy—. Ese hombre tiene que saber lo que ocurre a su alrededor. No puede ser tan idiota y ocupar el cargo que ocupa.

—Estoy de acuerdo contigo, pero... —April le daba la razón y fue interrumpida por Hill, el mejor en la búsqueda informática.

—Esperad un momento. —Todos se reunieron a su espalda mirando la pantalla de su ordenador—. El tío es más listo de lo que creíamos. Su señora tiene una propiedad en Camden, en el condado de Maine, que por lo que veo compró hace un par de años.

—Puede que se le muriera algún pariente y la mujer invirtiera en esa casa. —Murphy quería tener todos los cabos bien atados antes de acusar a nadie.

—Espera. —Hill cogió el teléfono y habló con la oficina de bienes inmuebles de Maine; a través de ellos, supo que aquella casa enorme en lo alto de los acantilados que rodeaban el faro había estado a la venta durante años. Hasta que una pareja fue a verla y decidieron comprarla, lo recordaban porque habían pagado en efectivo, cuando nadie lo hacía. Todo el mundo hacía esas transacciones a través de los bancos. La chica que le hablaba también le dijo que no era una residencia habitual, que solo pasaban allí algunos días de vez en cuando. No obstante, eran muy conocidos entre los habitantes y comerciantes, porque compraban siempre lo mejor. Desde el primer momento, hicieron saber que dividían su tiempo entre sus propiedades distribuidas por todo el país. Hill le agradeció la información y cortó la llamada.

—¡Fantasma, hijo de puta! —exclamó.

—¿Qué pasa, Hill? —preguntó April.

—Ese tipo debe guardar el dinero bajo el colchón. Pagó esa casa con dinero contante y sonante.

—Por eso no encontrábamos nada sobre él. —Morgan alucinaba en colorines.

—Perfecto —anunció April—. Ya los tenemos. Es hora de que hagamos limpieza.

Toda la unidad antibandas fue puesta a disposición judicial; con las pruebas presentadas y el efectivo que encontraron en una caja fuerte oculta bajo la tarima flotante del piso de Sallow, se pasarían una buena temporada en la cárcel.

Capítulo 31

Hans acompañó a Grace a su casa y, como esta le dijo que pensaba ir al club, la esperó. No pensaba dejarla sola hasta que estuviese seguro de que todo estaba atado y bien atado.

Fue una casualidad que Winters fuera el taxista que acudió a la llamada.

—Vaya, no esperaba volver a verte —le dijo al notar que lo reconocía.

—Yo tampoco, señor; hay tantos taxis en la ciudad que es raro encontrarse dos veces con el mismo turista.

—Me puedes hacer un favor, espéranos, tenemos que volver a salir. No bajes el taxímetro.

—Desde luego, señor.

Mientras esperaban el ascensor del piso de Grace, ella le dijo que no debería haberle dicho eso, que podían encontrar otro taxi.

—Me cae bien ese hombre —repuso él—. Además, tendremos que hacer otra parada antes de ir al club.

—¿Dónde?

—No puedo presentarme ante Santana vestido con un chándal, ¿no crees? —Entraron en el ascensor y él se miró en los paneles de espejos.

—No creo que te dejaran entrar en el club. —Ella le tomaba el

pelo, por supuesto; acompañándola, no le pondrían ninguna pega. Pero se temía que todo era una excusa, él no se sentía cómodo vistiendo así—. ¿Dónde tienes tu equipaje?

—En un piso de mala muerte de Harlem, espero que los chicos hayan recogido mis cosas.

—¿Dices chicos a esos armarios roperos que te acompañaban?

Él soltó una carcajada.

—Tendré que comentar con ellos que los comparas con muebles.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué?

—Porque pensarán que soy una desagradecida, una insolente y muchas cosas que no quiero ni imaginar.

Hans la cogió por la cintura y la arrimó a su costado.

—Cuando sepan que estás conmigo, no creerán nada de eso.

—No vuelvas a empezar.

—¿A qué?

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo ella mirándolo con el ceño fruncido.

Él sabía que no creía en el amor que le había declarado la noche anterior, a pesar de estar demostrándoselo toda la noche. Decidió no atosigarla en ese momento. Tendría tiempo de convencerla de que sus sentimientos eran verdaderos.

Grace se metió en el baño y le dijo que si quería podía prepararse un café. Él recorrió la casa, que casaba a la perfección con la mujer que la habitaba. El orden reinaba en todos los rincones. El color salmón suave de las paredes transmitía sosiego, y la decoración sencilla y funcional era muy acogedora. Fue a la cocina y vio que tenía una máquina de café, una sonrisa se dibujó en sus labios; por primera vez en semanas, se podría tomar un expreso fuerte como a él le gustaba.

Al salir de la habitación, ella lucía un traje negro con una blusa verde esmeralda que resaltaba el color de sus ojos. Él la miró de arriba abajo, se había maquillado muy poco y estaba espectacular.

—Con lo preciosa que estás, me haces sentir como un piltrafilla —alabó su atuendo y a ella misma.

—Eres lo que no hay. ¿Estás buscando que te suelte algún piropo? —Ella sonrió con picardía—. Pues te doy la razón, esa ropa no te

sienta nada bien.

Hans soltó una carcajada.

—¿Te preparo un café? —se ofreció él y, cuando ella asintió, soltó la coletilla—. Así tengo la excusa de tomarme otro. Es el primer café decente que me tomo desde que puse los pies en este país.

—¿Eres tonto o te haces? En la cafetería del Santana's te lo hubiesen preparado si lo hubieses pedido.

—¡No me jodas! Y yo tomándome ese zumo de calcetín.

Entonces, le tocó reír a ella por la expresión que había usado.

Winters los llevó a la tienda de Emidio Tucci, y Hans volvió a decirle que los esperara. Dio una vuelta por la tienda y un dependiente lo atendió al verlo en la sección de trajes.

—Quiero un traje negro, una camisa igual y una corbata... —Se lo pensó un momento y al mirarla a ella dijo—: Del mismo tono que la camisa de mi mujer.

Grace esperó a que el muchacho se alejara para darle una patada en la espinilla.

—¿Qué te has creído?

—Nada, no miento.

—Tengamos el día en paz si no quieres que te deje aquí y me vaya sola. —Lo retaba con la mirada.

—No voy a perderte de vista hasta saber cómo está todo el asunto. Aún no sé nada de April.

—¡Que te has creído tú eso!

—Ponme a prueba; si armas algún escándalo, sacaré mi placa y nadie me detendrá.

Si las miradas matasen, él estaría dos metros bajo tierra.

—Me portaré bien si dejas de decir que soy tu mujer.

—Bueno, no lo diré, lo pensaré. —Le dedicó una de esas sonrisas que la llenaban de calor.

Media hora más tarde, Hans estaba elegantísimo con su nuevo traje. Le pidió al muchacho que lo atendía que le trajera una botella de Baccarat Rouge, el perfume de la casa que solía usar. Se lo puso antes de salir del probador y, al abrir la puerta, Grace, que se había quedado fuera, notó que su corazón se saltaba un latido. Allí estaba el hombre que le había robado mucho más que el aliento. Sin embargo, se recordó que no se hiciera ilusiones, que partiría en cualquier

momento y ella se quedaría hecha polvo si se permitía creer en aquellas bonitas palabras que él se empeñaba en repetirle.

Él le guiñó un ojo y le dio su tarjeta al dependiente para realizar el pago.

Cuando le dijeron a Winters que los llevara al Santana's Club, este les contó lo que había leído en la prensa, de lo ocurrido la noche de la gala.

—¿Decía algo más la prensa? —Grace temía que lo de su secuestro hubiese trascendido, ya era bastante malo lo del robo. Notó que Hans le cogía la mano y le daba un apretón.

—¿Ocurrió algo más? —preguntó el taxista.

—No, no —se apresuró a negar ella.

Al acercarse a la puerta del club, el gorila que daba paso la miró y al ver que iba acompañada no dijo nada, pero le lanzó una mirada que ella entendió a la perfección. Le hizo un asentimiento con la cabeza para decirle sin palabras que estaba bien.

—Vaya —dijo él ya dentro del vestíbulo—. Os entendéis sin hablar.

—Dick lleva varios años con nosotros, es muy discreto. —Ella se sorprendió de que Hans hubiese entendido aquel lenguaje silencioso.

—Ya veo.

Unos minutos más tarde, estaban ante la puerta del despacho de Federico Santana. Ella tocó con los nudillos y oyeron una voz que desde el interior les daba paso. Al entrar, este se levantó y fue hacia Grace.

—¿Cómo estás? —preguntó cogiéndola por los brazos con cara de preocupación—. ¿Te hicieron daño esos cabrones?

—No, estoy bien. ¿Y Maxine? —se interesó ella.

—Trastornada y furiosa, pero a salvo.

Hans los miraba, no se le había pasado por alto que Federico no estaba solo. Al traspasar el umbral, de un solo vistazo registró todo lo que los rodeaba. Sentado en uno de los sillones frente a la mesa de Federico estaba Daniel, la pareja de Sony, al que había conocido en Innsbruck, en lo alto de las montañas donde se solía tirar en parapente. Se le acercó con una mano extendida.

Dany se levantó al reconocerlo.

—Hans, ¿verdad? —Ante el asentimiento de este, le estrechó la

mano—. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Nos hemos trasladado aquí. Ahora presido la oficina de Erlington.

—Entiendo. Me extrañó encontrarme a Sony en Central Park.

Dany entrecerró los ojos.

—Me extraña que no me lo contara.

Hans recordó aquel día que la había saludado antes de tener en cuenta que iba disfrazado.

—Digamos que ella no supo que era yo. Por un instante la cagué y me alejé enseguida.

Aquellas palabras no tenían sentido y Dany se lo quedó mirando. Federico, que escuchaba lo que decían, inclinó la cabeza. Recordaba a ese hombre de la fiesta de Sony en Viena. Se estrecharon la mano.

—Ahora te pongo cara. Tú eres quien me llamó anoche.

—Sí. —En ese momento sonó su móvil y se disculpó al ver en la pantalla quién lo llamaba—. Perdonad, es importante que lo coja.

Hans respondió e iba asintiendo a lo que le decían y, al mismo tiempo, miraba a los tres que estaban en el despacho. Los hombres parecían interesarse por Grace y no le gustó demasiado la familiaridad que veía entre ellos. Cuando cortó la llamada, tres pares de ojos se posaron en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grace al ver su ceño fruncido.

—Nada.

—Pues no pareces muy contento.

Él se percató de que estaba haciendo el tonto; le había molestado que esos dos hombres le mostraran afecto a Grace, cuando era lo más natural del mundo, se conocían de antes que él. Sacudió la cabeza tratando de centrarse en lo importante de aquella reunión, más tarde ya trataría de encajar que ella tenía una vida antes que él.

—Ayer te dije que tenías un problema —dijo mirando a Federico.

—Sí, sentaos y me cuentas.

Todos tomaron asiento y pasó a relatarles el motivo de su visita a Nueva York. Cómo había descubierto que Finn quería apoderarse de los clubs y que para conseguirlo había planeado secuestrar a Maxine.

—¡Será cabrón! —exclamó Federico—. Voy a poner a todas las agencias del mundo detrás de ese tipo. Me lo voy a cargar.

—Ahora mismo ya está arrestado. —Grace lo miró confundida, él la vio y siguió hablando—: Me ha llamado April, anoche hicieron una redada en el almacén de los Diablos Negros y allí estaba él. Con las pruebas que tenemos, no creo que vaya a ninguna parte durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿todo ha terminado? —preguntó ella con ansia en la voz.

—Sí, digamos que él mismo se puso en la boca del lobo. Cuando los compañeros empiecen a escarbar y con las pruebas que les mandará mi jefe, estará fuera de circulación una muy larga temporada.

—¿Me estás diciendo que Maxine ya no corre peligro?

—Por esa parte no.

—¿Y el robo que hubo la misma noche? —se interesó Dany—. ¿Y las notas amenazadoras que recibía Grace?

Él no sabía nada de esas misivas, sus ojos se clavaron en ella y vio que enrojecía violentamente. Levantó una ceja interrogante.

—Llegué a pensar que las mandabas tú —reconoció ella.

—¿De qué me estás hablando?

En un segundo, en el despacho se instaló una tensión que se podía cortar con un cuchillo.

—No era él —terció Dany—. He visualizado las grabaciones mil veces y, créeme, lo hubiese reconocido.

—Quiero ver esas notas. —Hans volvía a fruncir el ceño.

—No las tengo, se las di a la policía. —Grace se las sabía de memoria y le dijo lo que ponía en cada una de ellas.

A él un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no sabía quién eras —respondió ella a la defensiva.

—Si no recuerdo mal, ayer estuviste rodeada de agentes del FBI y tampoco se te ocurrió que podía ser algo importante —la reprendió Hans.

—Sigo creyendo que era alguien con ganas de tomarme el pelo —afirmó ella poniéndose tiesa en el sillón—. Ninguno de los que me secuestraron ha estado nunca en el club; me acordaría de él, soy buena fisonomista —aseguró fulminándolo con la mirada—. Ahora, si me perdonáis, tengo trabajo.

Hans se puso en pie al mismo instante que ella, la siguió hasta la puerta y, cuando tuvo la mano en el pomo, la detuvo cogiéndola del brazo.

—No irás a ninguna parte hasta que no hayamos aclarado este follón. —Antes de que ella pudiera replicar le capturó la boca con la suya y la besó a conciencia. Demostrándole que no iba a abandonarla a su suerte con alguien que la acechaba.

Federico y Dany intercambiaron una mirada de entendimiento. Sería divertido ver caer a Grace, a aquella mujer que mantenía a los hombres a cierta distancia. No creían que este se lo permitiera.

Capítulo 32

—Grace, te dije en su momento que te tomaras unas vacaciones —terció Federico cuando Hans terminó de besarla y ella lo miraba lanzando rayos por sus ojos—. Aún no está todo resuelto y ahora ya no es una sugerencia.

—¿Ves lo que has conseguido? —exclamó ella apartando a Hans con la mano extendida sobre su duro pecho.

—Me preocupo por ti.

—No quiero que nadie se inquiete por mí, y tú menos que nadie. Desde que llegaste todo es un caos.

Hans se sorprendió de aquellas palabras. Estaban los dos de pie mirándose a los ojos como si de un momento a otro fueran a liarse a hostias. Lo que divirtió a Federico y a Dany.

—¿Ah, sí? Dime por qué —la retó él.

Grace no respondió, se puso a pasear por el despacho igual que la noche anterior, solo que esta vez iba vestida. El recuerdo hizo que a Hans se le dibujara una sonrisa en los labios.

—No se te ocurra reírte de mí o te pego una paliza.

Aquellas palabras hicieron que él soltara una carcajada.

—Me estaba acordando de cierto paseo.

Ella soltó un gruñido y volvió a sentarse en el sillón que había ocupado. Sin hacer caso a los ojos que tenía pendientes de ella cogió

una carpeta de encima de la mesa y vio que eran fotografías de la noche de la gala. En todas había una marca donde se veía la joya que habían sustraído. Fue pasándolas, ignorando a los hombres; suponía que los tres se habrían divertido con lo ocurrido allí mismo.

Dejó de pasar fotos al reconocer a Lucinda, la mujer que parecía un árbol de Navidad. Ella y Federico habían estado hablando con ella el día de la gala y, según las marcas, le habían robado los collares y un anillo.

—¿Cómo pudieron quitarle el anillo del dedo a esa señora sin que se diera cuenta? —No creía que aquello fuera posible. Por la cabeza se le pasó que la mujer hubiese aprovechado el pandemonio que se debía haber formado para fingir aquello. No tuvo tiempo de expresarlo en voz alta.

—¿Cómo pudieron colarse los ladrones con la seguridad que tiene este club? —preguntó Hans.

Dany y Federico ignoraron sus palabras y respondieron a Grace.

—Según declaró, un camarero volcó un poco de champán en su mano cuando iba a coger una copa y que él, muy solícito, se la secó. —Federico no podía evitar que el enojo se entreviera en su voz.

—¿El camarero? ¿Me estás diciendo que fueron los extras los que robaron a los invitados? —Grace alucinaba con lo que escuchaba.

—Sí —afirmó Dany—. Encontraron a los verdaderos, desnudos y atados bajo el puente de Brooklyn, les habían robado los uniformes y la furgoneta.

Los ojos de Grace iban a salirse de sus órbitas.

—¡No puedo creerlo! —exclamó ella.

—Ahora, la pregunta es... ¿Quiénes fueron? ¿Qué van a hacer con ese monto en joyas? —Hans parecía expresar sus pensamientos en voz alta.

—Es algo que aún estamos investigando —contestó Dany—. Tengo a varias personas recorriendo las casas de empeños, vigilando y esperando que quieran convertirlas en dinero.

—Diego —dijo Federico refiriéndose al amigo de ambos— está removiendo los bajos fondos. Además, ha mandado las fotos a todos los joyeros de la ciudad por si alguien quiere hacer alguna modificación.

—Es posible que las quieran vender a piezas, como hacen con los

coches —intervino Hans, que miraba por encima del hombro de Grace—. ¿Habéis pensado que las saquen del estado y que se deshagan de ellas en el otro lado del país?

—¡Joder! —exclamó Dany—. Contemplaré esa posibilidad. Pondré a mi gente a trabajar en eso. —El asegurador se puso en pie para marcharse—. Hans, ¿nos veremos o te vuelves a Austria?

—Si no le doy una explicación a Sony, cuando vuelva a verme me arranca las pelotas. —Hans tenía ganas de saludar a su amiga y habló con una sonrisa:

—Tienes razón, nos hemos desviado del tema y no me has dicho cómo fue que Sony no te reconoció.

—Lo tenía difícil, yo iba caracterizado de negrito.

—¡Anda ya! Nos estás tomando el pelo —exclamó Dany. Él y Federico se quedaron con la boca abierta.

—Dany, ya nos estás invitando a cenar. Yo esto no me lo pierdo —proclamó el dueño del club—. A Maxine también le va a interesar.

—Tío, tienes un morro que te lo pisas. Podemos cenar aquí.

—De ninguna manera; como Hans ha dicho de Grace, no quiero perderla de vista hasta que todo esto se haya aclarado.

—Ahora mismo no estás con ella. —Dany disfrutaba metiéndose con Federico, sabía que bebía los vientos por su mujer.

—Pero tengo a uno de mis seguratas apostados en la puerta de la suite y ella no sale para no llevarlo apostado a su espalda. Está tan enojada conmigo que no me habla, a pesar de que sabe que lo hago por su seguridad.

—¿No me digas que estás durmiendo en el sofá? —Ante la cara de circunstancias de Federico, Dany soltó una carcajada—. De acuerdo, a las ocho en mi casa. —Le tendió una tarjeta a Hans.

Al salir pensó que se presentaba una noche movidita entre Federico y Maxine, y Hans y Grace... Esperaba que no les diese por tirarse los platos a la cabeza.

Capítulo 33

Federico le dijo a Grace que no bromeaba respecto a las vacaciones. Que las necesitaba, aparte de que Hans le había asegurado que hasta que supieran quién dejaba las notas no iba a perderla de vista. ¿Era él el único que se daba cuenta de que ese hombre estaba perdidamente enamorado de ella? Porque Grace no parecía notarlo. Se había puesto caprichosa y mientras escuchaba cómo ellos planeaban protegerla no abrió la boca.

Se despidieron hasta la noche y ella salió muy tiesa del despacho.

Cuando Dany llamó a Sony y le dijo que tenían invitados a cenar, no quiso decirle de quién se trataba, sería una sorpresa. Así que le informó que encargara comida para doce personas. Como Carolina y Miguel aún estaban en la ciudad y Diego y Nerea también, pensó que a Sony le encantaría volver a juntarse con sus amigas.

A las ocho en punto empezó a sonar el timbre y cuando Sony vio a Hans se le lanzó al cuello.

—¡Qué alegría verte! ¿Qué estás haciendo en Nueva York? —Vio a Grace y le dio un beso en cada mejilla—. Yo soy Sony, se puede decir que nos conocimos con este bruto en los aires. Volábamos en parapente.

—Yo soy Grace.

—Te conozco… —Pensó un segundo y luego dijo—: Ya sé, del

Santana's.

—Sí, trabajo allí.

No pudieron seguir explicándose, los demás llegaron juntos y se sorprendieron de encontrarse a la empleada de Federico y a Hans, al cual conocían de la fiesta de Sony. Se tomaron unos cócteles que preparaba Beti, una viuda que había contratado Sony para las labores del hogar. La mujer no tenía familia y le iba muy bien ese trabajo, más cuando tenía una habitación propia, horas libres todos los días y estaba muy bien pagada.

—Grace, que alegría verte y que estés bien. —Maxine sabía que la habían raptado en su lugar y estuvo muy preocupada—. No quiero ni pensar en lo que debiste pasar.

—No fue tan duro. —Ella le quitó importancia—. Tuve suerte de que... —Miró a Hans pensando que estaba hablando de más.

—Yo estuviera infiltrado en la banda que la secuestró.

—¡¿Qué?! —exclamaron las chicas que se habían reunido en torno a Grace mirándolo a él.

—¡No será verdad! —dijo Sony entrecerrando los ojos—. ¿Qué hacías tú en una banda? ¿A qué cojones te dedicas? He escuchado muchas cosas de esos facinerosos y no creo que llegaras y que te pusieran la alfombra —terció Sony.

—He estado colaborando con el FBI.

—No puedo creerlo. —Sony no salía de su asombro.

Dany, que los estaba escuchando, sonreía. Se imaginaba lo que vendría a continuación.

—Matt, tú colaboras con el FBI, ¿cómo es que no me dijiste nada? —quiso saber Alex.

—Porque debe estar en otro departamento y no me lo he cruzado —razonó Matt.

—Aunque te hubiese pasado por al lado no me hubieses reconocido —añadió Hans—. A Sony la saludé y creo que estaba con Alex.

—¿De qué hablas? —preguntó la última.

—¿No estabas una mañana en Central Park con ella y pasó alguien que llamó a Sony por su nombre?

Las dos se miraron recordando aquel momento.

—Lo recuerdo, era un tipo muy negro.

Aquello llamó la atención de todos los hombres. Dany y Federico se miraron, sabían que él había salvado a Grace, pero nada más.

—¿No habéis oído hablar de las máscaras hiperrealistas de silicona con que te pueden robar la identidad?

—¿Cómo en *Misión imposible*? —preguntó Miguel alucinando con una sonrisa.

—Exacto.

Alex y Sony se miraron con los ojos muy abiertos. Los demás se habían quedado en silencio.

—¿Ese tipo negro que me llamó por mi nombre eras tú? —Si en ese momento a Sony la pinchaban no le hubiera salido sangre—. No puedo creerlo. Anda ya, nos estás tomando el pelo.

—Tú misma lo has dicho: ¿cómo podía infiltrarme en una banda con esta pinta? —Se señaló a sí mismo.

—Yo lo puedo afirmar —declaró Grace.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Nerea.

—Qué va, me daba un miedo que no os podéis imaginar.

Diego lo miraba como si pretendiera imaginarlo de negro y Hans se dio cuenta.

—No lo hagas, Diego; yo, la primera vez que fui a mear con aquella máscara, estuve a punto de liarme a hostias conmigo mismo al ver el reflejo en el espejo.

Aquello sacó una carcajada a todos.

—Y ¿por qué lo hiciste? —quiso saber Matt.

—Vine a Nueva York siguiendo la pista a un mafioso austríaco.

—No me lo puedo creer —habló Sony—. ¿En qué trabajas?

—Soy agente. —Se calló que era del servicio secreto.

—Pues ha sido una suerte que estuvieras aquí. —Carolina estaba tan sorprendida como todos los demás.

—¿Lo has pillado? —A Matt no le cabía en la cabeza que un investigador extranjero hubiese ido a Nueva York y alterado los planes de aquellos que se creían los dueños de las calles.

—He colaborado en su caída.

—Encima no te cuelgas los méritos. —Ese hombre se había ganado a Maxine solo por rescatar a Grace y, al ver que no presumía de ello ni trataba de mostrarse como el mejor, lo admiró.

—¿Tuviste colaboración de la unidad antibandas? —Diego daba

eso por sentado.

—Si tú supieras.

—¿Qué?

—La ayuda que tuve y que me permitió llegar a buen puerto fue de Asuntos Internos.

—¡No jodas! —Miguel estaba entusiasmado con todo lo que estaba escuchando. Era como si de pronto hubiese caído dentro de una de sus películas preferidas.

—La unidad antibandas era toda corrupta. Han caído todos —informó Hans.

—Escuché algo y no sabía de quién hablaban —confesó Matt—. Así que se trata de Sallow.

—El mismo.

—Tipos como él son los que dan tan mala fama a los agentes —afirmó Diego, que se había pasado a la investigación privada.

—Tienes razón. —Hans no quería entrar en demasiados detalles sobre lo que se había encontrado al llegar allí.

—Ya basta de hablar de sinvergüenzas, tengo hambre. —Dany supuso que ya estaba bien de pedirle explicaciones a Hans.

La cena transcurrió entre bromas sobre el negrito y el blanquito. Beti les había cocinado unos entrantes de marisco y unos entrecots con salsa verde. De postre, tiramisú.

—Te voy a robar a la cocinera, Sony —alabó Federico a la señora.

—Ni lo sueñes, guapetón, yo la vi primero —rio ella guiñándole un ojo a Beti.

—¿Ya has vuelto al trabajo, Grace? —Maxine se sentaba a su lado.

—Tu marido me obliga a hacer vacaciones —al hablar miró a Federico, que estaba al otro lado de su mujer.

—Si no lo hago yo, lo hará Hans.

Para no estropear la velada aireando lo de los mensajes amenazadores, él dijo:

—Se ofreció a hacerme de cicerone, me va a enseñar la ciudad y es posible que hagamos una escapada a las cataratas del Niagara.

—Oh, me encanta —aplaudió Maxine y las otras sonrieron contentas. Federico notó la mano de su mujer que se entrelazaba con la suya, la miró levantando una ceja—. Por todo lo que he escuchado, supongo que mis días de encarcelamiento han terminado —dijo

mimosa.

—Caramba, ¿me he ganado el honor de que me hables? —se burló él mirándola con amor.

A ella le brillaron los ojos al engancharse con los de su marido.

—Claro que sí, tonto. Sé que lo hacías para protegerme, pero...

—Sh, no tienes que decir nada, te comprendo. —Federico se acercó a aquellos labios que lo enloquecían y le dio un suave beso—. Aunque entiende que, si vuelve a suceder algo parecido, no dudaré en ponerte un guardaespaldas. No consentiré que te pase nada. ¿Qué sería de mí sin ti?

Aquellas palabras acariciaron el corazón de Maxine y lo besó sin importarle quién estuviera viéndolos.

Dany, desde el otro lado de la mesa, sonreía como un demonio. Cuando cruzó la mirada con Federico dijo:

—No sé lo que le has dicho, macho, pero creo que tus días de celibato han terminado.

El empresario soltó una carcajada al asentir con la cabeza.

Grace se sentía a gusto con aquellas mujeres que la acogieron como una más ellas. Desde luego, sabía que no era de su mismo nivel social, pero le encantó que no fueran unas estiradas. Tan naturales, tan cercanas.

—¿Cuándo vas a volver a Innsbruck? —preguntó Sony a Hans cuando todos se marchaban.

—No lo sé.

—Ni se te ocurra marcharte sin decírmelo.

—No pensaba hacerlo. —Hans se inclinó y le susurró al oído—: Quizás me quede por aquí.

Los ojos de Sony brillaron de alegría y miró a Grace significativamente dedicándole un guiño.

Capítulo 34

Hacía tres días que Grace se hospedaba con Hans en The Carlyle, A Rosewood Hotel. Él volvió a alquilar un coche y la había llevado a su casa para que hiciera una maleta. Al sublevarse, Hans la amenazó con ponerle a un guardaespaldas; ella sabía que era capaz de eso y mucho más. Trabajando en el FBI no le sería muy difícil.

Al principio había sacado su lado arpía y no le dirigía la palabra. Estuvo unas horas que ni siquiera lo miraba, hasta que él se hartó. Al entrar en la suite, la tomó entre sus brazos y la besó hasta que a ella le fallaron las rodillas. La apretó contra su cuerpo y ella pudo notar que estaba excitado.

—Cariño, siento mucho haberme puesto mandón, pero no me perdonaría que te pasara cualquier cosa.

—Te vuelvo a repetir que es alguien con ganas de divertirse a mi costa. Hay tipos que no tienen nada más que hacer.

—No voy a arriesgarme, me importas demasiado. Sé que no quieres oírlo, te amo. Te lo diré mil veces hasta que te entre en la cabeza que es cierto, que no pretendo jugar contigo.

Ella se tensó al escuchar las palabras y él le acarició desde la nuca hasta su trasero apetitoso, volviéndola maleable y receptiva. Le había hecho el amor como si fuera lo más precioso para él y Grace había disfrutado de cada instante.

De eso hacía tres días con sus respectivas noches y las había disfrutado a tope. Hans era un amante tierno, imaginativo, apasionado y muy fogoso. Por el día paseaban por la ciudad y le enseñaba todos los lugares emblemáticos. Había subido a la Estatua de la Libertad, al Empire State Building y recorrieron Times Square. Les gustaba comer en los puestos callejeros y él le contaba anécdotas sobre su vida en Austria.

Una tarde, mientras paseaban por Central Park, sonó el teléfono de Grace.

—Hola, Nicole.

—Grace, tenemos que vernos. —Nicole estaba muy excitada y se transmitía en su voz—. Tengo que contarte algo muy gordo.

—Por lo que puedo oír estás feliz. —Se alegraba por su amiga.

—Oh, sí, estoy que no quepo bajo mi piel.

—Chica, nunca te había escuchado tan entusiasmada. —Una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Lo estoy, créeme que lo estoy.

—Dímelo. —Grace se preguntaba de qué se trataría.

—No, vamos a hacer una noche de chicas, necesito enseñártelo.

—¿El qué?

—No, no, no te diré nada; quiero darte la noticia viéndote la cara, vas a alucinar.

Grace miró a Hans, sabía que a él no le gustaría la idea de que fuera.

—Te llamo en cinco minutos —dijo y cortó la llamada.

—¿Pasa algo? —preguntó él, que caminaba con un brazo por encima del hombro de ella.

—Mi amiga Nicole quiere hacer una noche de chicas; solemos vernos de vez en cuando, cenamos y vemos una película. Nos contamos nuestras cosas y arreglamos el mundo.

Él entendió que ella estaba acostumbrada a entrar y salir cuando quería. Sin arrastrar a nadie con ella. Imaginó que se debía sentir agobiada. Supo que le iría bien pasar unas horas con su amiga.

—Me parece perfecto. —Vio la sorpresa pintada en la cara de Grace—. ¿Acaso te estoy tratando mal? —Ella negó con la cabeza con una sonrisa radiante—. Yo te llevaré y te iré a recoger.

Grace estaba tan contenta que se aupó sobre la punta de sus pies y

lo besó.

—Sé que a veces suelo portarme como una bruja.

—Pero eres «mi bruja» —afirmó él sin dejar que se apartara y besándole la punta de la nariz.

Ella llamó a su amiga y le dijo que llevaría comida china.

***

Cuando entró en el piso de Nicole, esta lucía una gran sonrisa.

—Grace, estoy en las nubes, soy tan feliz. —La abrazó como nunca lo había hecho.

—Me alegro mucho, mucho. ¿A qué se debe tanto alboroto?

—Scott me ha pedido que me case con él.

—Eso es fantástico —se obligó a decir. Después de haber visto una banda por dentro, ver de lo que eran capaces y saber que Scott había pertenecido a una de ellas, no sabía si alegrarse. Por otra parte, pensó en la felicidad de Nicole; si era dichosa con ese hombre, ella la apoyaría. Dibujó su mejor sonrisa y la abrazó.

—Mira.

Nicole le enseñaba un anillo que le había regalado su novio y a Grace se le cayó el alma a los pies. Le entraron unas enormes ganas de llorar, apretó la mandíbula y cogió aire con fuerza. Quizás se equivocaba.

—Déjame ver esta preciosidad con buena luz. —Tiró de su amiga hacia la cocina donde los fluorescentes iluminaban mejor. No, no se había equivocado. Ese anillo lo había visto en el dedo de otra persona.

Nicole vio la palidez que cubría su cara.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Es hermoso, pero... ¿no me dijiste que Scott había abandonado a los Empowereds?

—Lo ha hecho, está totalmente reformado.

Grace negaba con la cabeza.

—Te está engañando.

—¿Qué dices? Ha estado ahorrando todo lo que cobra en los muelles para comprarlo.

—Te estás mintiendo a ti misma, Nicole. Esta joya vale una fortuna.

—Y porque es valiosa, ¿no me la merezco?

—Claro que te la mereces. Lo que estoy tratando de decirte es que no se la ha podido costear cargando y descargando barcos.

—Ya veo lo que pasa, tú estás celosa porque nadie te ha pedido que te cases con él. Nadie aguanta tus extraños horarios. La mayoría de los hombres no ven con buenos ojos que trabajes en un club. Ahora empiezo a sospechar que la historia que me contaste de Charly no era cierta. Me mentiste, él era un buen tipo, nunca te utilizaría. ¿Sabes lo que pienso? —Nicole se iba embalando, así que salían las palabras de su boca—. Que tú detrás de quien ibas era de Federico, y que él se haya casado con otra no lo puedes soportar. La rabia se ha apoderado de ti, y no soportas que los demás seamos felices. Te vas a convertir en una vieja amargada, sola y odiosa. A la que todo el mundo evitará, no tendrás amigos y pasarás a la historia como un fantasma al que nadie echará de menos.

Nicole le estaba pintando un futuro lúgubre, terrible. Aun así, tenía que convencerla.

—¿Qué estás diciendo? Ya sabes que yo soy feliz con lo que hago, no busco una relación. Estaría superfeliz por ti si no supiera que este anillo es robado.

—Esto ya es el colmo, ¿cómo te atreves a llamar ladrón a Scott? Nunca me habría esperado esto de ti. Pensé que te sentirías dichosa por mí, ya veo lo equivocada que estaba. Eres una envidiosa. Lárgate de mi casa. —Nicole señaló la puerta con el brazo extendido—. Fuera, no quiero verte más.

Grace miró a su amiga con lágrimas en los ojos, sin embargo, esta no quería escucharla. Con los hombros hundidos, se dirigió a la salida y se marchó, dejando que la humedad de sus ojos se convirtiera en torrentes amargos. Ya en la calle, se apoyó en la pared del edificio y respiró profundo para calmarse, pero no lo consiguió; en ese momento deseó tener los brazos de Hans a su alrededor.

Él acababa de dar el primer mordisco a una hamburguesa doble, se había metido en un local donde se retransmitía un partido de básquet en una pantalla gigante. Estaba lleno a rebosar de aficionados a ese deporte. Se había sentado en un rincón desde donde podía ver el

partido y a hombres y mujeres por igual animando a su equipo. El follón que armaban era espectacular e invitaba a unirse a sus gritos. Notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo y lo cogió. Era Grace, qué raro.

—Dime, cariño.

—¿Puedes recogerme?

Le pareció que la voz de ella estaba distorsionada y pensó que sería por el jaleo que tenía a su alrededor.

—¿Qué? ¿Ya ha terminado tu noche de chicas?

—Recógeme, por favor.

Al escucharla estuvo seguro de que algo no andaba bien.

—Ahora mismo voy para allá. —Se levantó rápido, lanzó un billete de veinte dólares en la barra y salió apresurado.

Al acercarse donde la había dejado, la vio y se le encogió el corazón. Ella estaba en la acera, sentada en el suelo, apoyada contra la pared y tenía la cabeza hundida en las rodillas. ¿Qué habría pasado? Con lo entusiasmada que la había dejado allí no hacía tanto rato. Paró el coche e iba a bajar cuando ella se levantó de un salto y en un segundo estaba sentada en el asiento del copiloto. Hans vio que estaba llorando.

—¿Qué ha ocurrido?

—Vámonos. —En su voz se palpaba el disgusto y ¿desesperación?

Hans se incorporó al tráfico preguntándose por qué ella estaba tan trastornada. Era la primera vez que la veía llorar, y eso que, con lo que había pasado, cualquier mujer se habría deshecho en lágrimas. Durante las horas que estuvo secuestrada había aguantado estoicamente, sin embargo, una visita a su amiga la había derrumbado.

Ella se cubría la cara con las manos y él veía sus hombros que se sacudían por el llanto. Sentía la imperiosa necesidad de consolarla. Se metió en un aparcamiento y cogió la rampa que lo llevó cinco pisos arriba hasta la azotea, donde había varios coches, pero no se veía a nadie. Paró y bajó, dio la vuelta, abrió la de ella y se acuclilló a su lado. Grace se lanzó a sus brazos y él la cobijó en su pecho frotándole la espalda y susurrándole sobre sus cabellos.

—Tranquila, cielo, ya pasó todo. —El cuerpo de ella se sacudía por la angustia—. Sh, tranquila, cariño, todo se arreglará —le decía

notando cómo ella trataba de fundirse con él.

Grace tardó largo rato en empezar a hipar y él supuso que había ocurrido algo que había desencadenado que soltara toda la congoja acumulada durante los últimos días.

—Te he mojado toda la camisa —murmuró Grace.

—No te preocupes, se secará. ¿Te encuentras mejor?

Los ojos de ella se encontraron con los suyos.

—No, joder, no.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha acusado de tenerle envidia porque un tipo le ha pedido que se case con él. Me ha dicho cosas terribles.

Hans no entendía nada, cogió un pañuelo de papel de la guantera y se lo tendió. Ella se sonó la nariz y se secaba las lágrimas a manotazos. Él le apartó las manos y le acariciaba la cara tratando de borrar los rastros del llanto.

—Tendría un mal día, cariño —él trató de justificar el extraño comportamiento de esa que llamaba amiga.

—No, estaba feliz. Todo se ha descontrolado cuando le he dicho que el anillo que le ha regalado era robado.

Hans frunció el ceño al escuchar aquello.

—¿Por qué le has dicho eso?

—Porque es verdad, es el anillo que robaron a esa mujer la otra noche en Santana's.

Los ojos de Hans iban a salirse de sus órbitas.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que ahora mismo brillan las estrellas, aunque no podamos verlas. —Con la contaminación lumínica de la ciudad era difícil ver el cielo.

—¡Joder! ¿Sabes quién es el tipo?

—Ha pertenecido a la banda de los Empowereds; ella dice que ya no tiene nada que ver con la banda, pero yo lo dudo.

—Tranquila, cariño. Llegaremos al fondo de este asunto. —La abrazó contra él y tiró de ella para que saliera del coche y respirara un poco de aire. La arrastró con un brazo por encima de sus hombros hasta el borde de la azotea y estuvieron un rato mirando a la gente que más abajo transitaba por la acera y a los coches que iban de un lado a otro.

Hans pensaba a quién podría llamar, si a Federico o directamente a April para que se encargara de dar la alarma y actuaran aquella misma noche. Ella tendría contacto con los nuevos agentes de la unidad antibandas. Notó que Grace era recorrida por un escalofrío, se sacó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

Al fin notó que Grace se había relajado un poco.

—Ven, amor, entra en el coche, no quiero que enfermes. —Al cerrar la puerta cogió el móvil y llamó a April; si las sospechas de Grace eran acertadas, Federico lo sabría muy pronto.

Condujo hasta el hotel y antes de que Grace se acostara insistió en que tomara un baño relajante. Él mismo se encargó de encender unas velas y poner sales en el agua. Luego le sirvió un whisky para que la ayudara a descansar.

Capítulo 35

En Brooklyn, los nuevos agentes de la unidad antibandas estaban registrando la casa donde se ocultaban los Empowereds, un edificio de tres plantas que habían ocupado. En el sótano, en un agujero en el muro cubierto por muebles viejos y colchones, encontraron el botín del robo.

Un grupo de policías mantenían a los miembros esposados en la planta baja. Y escuchaban las acusaciones de unos hacia otros, que no ocultaban su rabia al ser descubiertos.

—¿Cómo nos han encontrado? Maldita sea —renegaba Ramírez, la pareja de Nicole.

—¿Por qué será que me hago la misma pregunta y me acuerdo de tu novia? —replicaba Turner de malos modos.

—Déjala aparte de toda esta mierda, joder. Ella no sabe nada.

—Yo no estoy tan seguro. —El líder lo miraba con rayos en los ojos.

—Lo que nos habrá delatado son los jodidos anónimos que le dejabais a la chica de la cafetería —contratacó.

Turner y Jenkins se miraron.

—Me dijiste que tenías las cámaras controladas, seguro que habrán puesto otras. —La furia del cabecilla cambió de dirección.

—¿Me crees tan imbécil como para no darme cuenta? —se

defendió Jenkins.

—Basta —rugió un policía—. Ya podréis hablar cuando os interroguemos.

Ya en comisaría, los separaron y escucharon a cada uno. Aquello era un pandemonio, no dudaban en señalar a otros para salvar el pellejo, lo que no los llevó a ninguna parte. Al fin, entre contradicciones, se delataban los unos a los otros. Por la mañana todos estaban acusados de diferentes cargos y pasaron a custodia judicial.

El nuevo capitán llamó a Federico Santana para informarle que se habían recuperado los objetos robados, todos menos un anillo, según la lista que estaba en su poder.

—Dany, estás de suerte —dijo por teléfono al llamar a su amigo y asegurador.

—¿De qué me hablas?

—Se han recuperado las joyas robadas. Me acaba de llamar la policía.

—¡Esto es cojonudo! —exclamó Dany—. ¿Te han dicho dónde las han encontrado? ¿Quiénes fueron los artífices del robo?

—No, solo que las habían encontrado. Que las retendrán como pruebas y que luego las devolverán a sus dueños.

—De acuerdo, perfecto.

***

Hans había pasado la noche con Grace entre sus brazos, ella había sufrido un sinfín de pesadillas y él la acunaba hasta que volvía a aquietarse. Después de ducharse, pidió el desayuno al servicio de habitaciones, no sabía si ella estaría de humor para bajar al comedor.

Se sirvió él mismo una taza de café y salió a la terraza, estaba admirando la extensión de Central Park cuando sonó su móvil que se había puesto en el bolsillo.

—Buenos días, April, ¿qué te cuentas? —contestó a la llamada.

—¿Cómo supiste dónde se tenía que buscar? Que eran los Empowereds los ladrones del Santana's. Y otra cosa, ¿sabías que estuvieron mandando anónimos a esa mujer que rescatasteis?

Hans se quedó callado un segundo.

—¿Por qué lo hicieron? ¿Qué pretendían de Grace?

—Fue para distraerla y que no reparara en el cambio de camareros.

—¡Cabrones, hijos de puta! —exclamó él.

—No me has contestado, ¿cómo supiste dónde encontrar las joyas robadas? —insistió April.

—Grace estuvo ayer en casa de una amiga suya y vio un anillo que reconoció como uno de los sustraídos.

—¿Sabes quién es esa amiga?

—Sé que se llama Nicole y te puedo decir dónde vive. —Le dio la dirección y, al ver a través de los cristales que Grace se removía, se despidió de April pidiéndole que lo mantuviera informado.

Entró y se sentó en la cama al lado de Grace.

—¿Cómo te sientes, amor? —preguntó besándole los labios con suavidad.

—Tengo dolor de cabeza y un vacío en el estómago.

—Esto lo solucionaremos ahora mismo. El desayuno nos espera.

Ella vio la mesa perfectamente puesta, incluso había una rosa roja de tallo largo en un estrecho jarrón.

Hans fue al baño y cuando salió traía un albornoz del hotel para que ella se lo pusiera.

—Gracias.

—Sabes que no tienes que dármelas. Siempre te cuidaré. —Durante las horas que había pasado en vela, Hans había tomado una decisión. Esa mujer le había robado el corazón y haría todo lo que estuviera en sus manos para mantenerla junto a él. Sabía que no le era indiferente, pero sospechaba que algún hombre la había herido y ella se negaba a volver a amar.

El énfasis que él había puesto en sus palabras caló hondo en el corazón de Grace. Sabía lo fácil que sería enamorarse de ese hombre. Sin embargo, no debía olvidar que se marcharía en poco tiempo, su trabajo en la ciudad ya había concluido, y ella... ¡Ay, Dios! ¡Ya había ocurrido! Al recordar cómo la había cuidado la noche anterior, la necesidad que sintió de cobijarse en sus brazos... ¿Cómo había ocurrido tan pronto? ¿Cómo se había permitido a sí misma caer en las redes del amor?

Frunció el ceño, él lo vio y preguntó:

—¿No te gusta nada de lo que han subido? Puedo pedirte lo que quieras.

—No, no, todo perfecto. Estaba pensando en...

—No le dediques ni un segundo más de tus desvelos, todo ha terminado.

—¿Quieres decir que ya puedo volver a casa? —Su tono de voz no era lo firme que era siempre, le estaba mostrando una vulnerabilidad que él supo interpretar muy bien.

—¿Pretendes dejarme solo en esta suite? —bromeó Hans. Deseaba que ella se quedara con él hasta el fin de sus días. Por otra parte, entendía que debería darle espacio para que ella se diera cuenta de sus sentimientos. Podía ver la confusión en sus ojos verdes—. Además, te prometí que iríamos a las Cataratas del Niagara. Estás de vacaciones.

—Cuando Federico sepa que ya se ha solucionado todo se me van a terminar las vacaciones en un segundo.

—Entonces, nos iremos hoy mismo de viaje.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Yo, no... —estaba debatiendo con ella misma. ¿Qué debía hacer? ¿Dejar que él penetrara más en su piel? ¿O alejarse y tratar de salvar su maltrecho corazón?

—¿Qué problema hay? —inquirió Hans al ver la duda en su mirada.

—Ninguno —mintió bajando los ojos.

Él alargó el brazo por encima de la mesa, le cogió la barbilla y la empujó para ver en aquellos preciosos estanques verdes.

—Me gustaría saber qué está pasando por tu linda cabecita.

—Tu trabajo aquí ha terminado, tus superiores deben estar esperándote en Austria.

—¿Estás preguntando cuándo me voy? ¿Quieres perderme de vista? —En las pupilas de él brillaba el regocijo—. ¿Qué me dirías si te digo que estoy pensando en quedarme en Nueva York?

—Que me tomas el pelo.

—Nunca lo haría, a ti no —la solemnidad con que dijo esas palabras le acarició el corazón.

—¿Por qué?

—¿Estás preparada para escucharlo? —Hans deseaba que ella

afirmara para cargar toda la artillería y decirle que la amaba hasta que le entrara en su dura cabeza.

Ella no contestó, en cambio, preguntó:

—¿Puedes hacerlo?

—¿El qué? —Hans frunció el ceño al no saber qué quería decir.

—Quedarte en Nueva York.

Él sonrió de esa forma que a ella le temblaban los higadillos.

—Dime que me amas y verás lo pronto que arreglo el traslado.

Grace pensó que le había dado la llave de su corazón, que en su mano tenía la oportunidad de perderlo de vista y volver a su vida, o lanzarse a la piscina sin saber si encontraría agua en ella.

—No estoy preparada.

Él ya sabía eso, no la atosigaría. Esperaría todo el tiempo del mundo por ella.

Capítulo 36

En el edificio del FBI, una asustada Nicole estaba siendo interrogada. Aquella mañana se habían presentado en su casa dos agentes con una orden de arresto y registro. No tuvieron que buscar mucho, el anillo que buscaban lo llevaba la mujer que les abrió la puerta.

Se la llevaron y la encerraron en una habitación con un gran espejo, ella ya sabía que a través de él la veían y no podía dejar de temblar. Le habían quitado el anillo que le regaló Scott y ella se preguntó por qué. Le vino a la cabeza las palabras de Grace y las arrastró al fondo de su mente. No la creería nunca.

Una hora más tarde, al fin, entró una agente que al abrir una carpeta vio que todos los papeles que contenía eran sobre ella. ¡La habían investigado! ¿Por qué? Le preguntó si debería estar allí mucho tiempo, que tenía que ir a trabajar.

—Ya veremos —contestó la policía.

—¿Por qué me han quitado el anillo? Me lo regaló mi novio, vamos a casarnos.

A partir de ahí, empezó un exhaustivo interrogatorio en el cual se convencieron de que esa mujer no sabía nada de aquel robo. Scott Ramírez la había engañado desde el primer momento.

—Mire, señora, su novio pertenece a la banda de los Empowereds. —Ella iba a replicar y la agente levantó la mano para que se callara y

la escuchara—. Por lo que me ha dicho, supongo que no sabía nada de sus andanzas. Le ha hecho creer lo que ha querido y usted se ha dejado embaucar. Le recomiendo que vaya con cuidado con sus amistades. Ahora vendrá un abogado y se presentarán ante el juez, no creo que la pena que le vaya a caer sea muy alta; al fin y al cabo, su único delito es ser demasiado ingenua y crédula.

Después de escuchar aquello se convenció de que Grace tenía razón y una garra le apretó el corazón, le había dicho cosas terribles. Nunca iba a perdonarla.

***

Hans y Grace estaban en el coche rumbo al aeropuerto cuando sonó el teléfono de él, puso el manos libres y contestó.

—Hola, April, estoy conduciendo. Grace está conmigo. —Esperaba que la inspectora de Asuntos Internos entendiera y no dijera nada que la perturbara—. Nos vamos a las Cataratas del Niagara.

—Solo te llamo para decirte que todo ha terminado. —April supo lo que él le estaba diciendo—. Tu jefe ha enviado todos los archivos de Finn y se pasará mucho tiempo fuera de circulación.

—Bien, perfecto, ya me puedo marchar tranquilo.

Grace malinterpretó aquellas palabras, él le había dicho de quedarse en Nueva York y le hablaba a su compañera de su marcha. ¿Es que la tomaba por tonta? Lo escuchó despedirse de aquella y cuando pulsó el botón de cortar la llamada ella exclamó:

—¡¿A qué estás jugando?!

—A nada. ¿Qué ocurre ahora? —preguntó un desconcertado Hans.

—¡¿Me tomas por idiota?!

Hans frunció el ceño, repasó en su mente la corta conversación con April y no entendía la reacción de Grace. Miró por el retrovisor y al no ver demasiado tráfico, puso el intermitente y se paró en el arcén.

Ella se negaba a mirarlo, se giró hacia la ventanilla.

—Grace.

—Ni Grace, ni leches. Quiero irme a casa —exigió ella sin apartar los ojos del exterior.

—¿A qué viene esto?

—¿Cuándo te marchas? —al hacer la pregunta se dio la vuelta hacia él—. Bonitas palabras las tuyas, ¡boca mentirosa! Me dices a mí que estás pensando en quedarte y a ella que te vas. —Los ojos verdes de Grace lanzaban rayos de furia. Lo hubiese chamuscado de haber tenido ese poder.

—Claro que nos estamos marchando. ¿O no?

—No trates de confundirme. —Que ella le hablara en ese tono era un claro síntoma de los sentimientos que no se atrevía a expresar.

—No lo hago.

—No te creo —explotó ella lanzándole chispas verdes con sus preciosos ojos.

Sus miradas estaban enganchadas, él había entendido la confusión de ella y tenía unas enormes ganas de reír. Por supuesto, no lo haría, la enfurecería más.

—Recuerdo haberte dicho lo que necesitaba para quedarme en Nueva York. —Hans alargó la mano y cogió la de ella que estaba cerrada en un puño como si quisiera estampársela en la cara en cualquier momento. Le dio un suave apretón—. Ya sabes lo que yo siento, aunque hace días que no te lo digo porque veo que te incomoda. No quiero que dudes de la veracidad de lo que hay en mi corazón, que estoy deseando poder expresarte de mil formas distintas.

—¡Ja! —exclamó Grace tratando de soltar la mano que él tenía atrapada. Lo que no consiguió.

—Solo tienes que…

—Nunca diré esas dos palabras. —Se empecinó ella y, para demostrar que estaba decidida, apretó los labios.

—¿Cuáles? —preguntó él como si no supiera de qué hablaba. Por dentro se regocijaba, no estaría tan furiosa si no le importara.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No —mintió con descaro Hans notando que se le estiraban los labios y haciendo un esfuerzo para que ella no se diera cuenta.

—Tratas de que lo diga —lo acusó clavando el índice de la mano que tenía libre en el duro pecho de él.

—No sé de qué me hablas. —Hans no pudo evitar mostrar la sonrisa que hacía rato escondía.

—Ya no sé qué creerme —parecía frustrada—. Por lo que he

escuchado..., te marcharás.

—¿A dónde tengo que ir?

—A tu casa, a Austria.

Hans se apiadó de ella, debía aclarar las cosas.

—Si me voy, tú vendrás conmigo. —Se inclinó hacia ella.

—No te lo crees ni harto de vino —dijo Grace antes de que los labios de él le capturaran la boca y la besara. La dejó aturdida por la fuerza de la pasión que le transmitió.

Al separarse de ella, la miró a los ojos y, con una cabezada afirmativa, le guiñó un ojo.

—De momento nos vamos al Niagara, luego ya veremos. —Dicho esto arrancó y volvió a incorporarse a la circulación.

Capítulo 37

Al llegar a las cataratas se hospedaron en una suite del hotel Niagara Falls Marriott on the Falls, desde donde tenían una espléndida vista de aquella maravilla de la naturaleza a sus pies.

—Me podría pasar horas y horas aquí escuchando la melodía del agua. —Grace lo miraba todo con un entusiasmo contagioso.

—Nadie te lo impide. —Hans había servido unas copas del mueble bar y salió a la terraza.

—Quiero navegar con ese barquito. —Desde la altura de la suite se veía muy pequeña la nave que acercaba a los turistas a los pies de las cataratas.

—Iremos donde tú quieras. —Le tendió la bebida y ella se quedó prendida de la mirada ámbar y encendida de él. Un calorcillo la recorrió de arriba abajo y no resistió el impulso de arrimarse al pecho masculino.

Durante todo el vuelo hasta allí se había estado devanando los sesos. Reconocía que estuvo muy poco comunicativa, y él la dejó con sus pensamientos, reconocía la consideración que tuvo él al no atosigarla. Era un hombre que sabía cuándo era mejor dejarla con sus propios demonios. Recordaba palabra por palabra la discusión que tuvieron en el coche y se avergonzaba. Él nunca le había dado motivos para desconfiar, había mantenido en secreto su trabajo por cuestiones

obvias. La había salvado de un problema jugándose la vida en ello. No tenía motivos para dudar de él.

Hans la envolvió en sus brazos al sentirla contra su cuerpo.

—Perdóname —susurró ella con la voz apagada al tener la cara contra el pecho de él.

Hans no quería que ella le pidiera disculpas por nada, le gustaba que sacara su carácter, su genio, y dijera lo que le pasara por la cabeza. La separó de su torso cogiéndola por los brazos y clavó la mirada en aquellos estanques verdes.

—Nunca vuelvas a pedirme perdón. Te quiero valerosa, libre de decirme lo que te pase por la cabeza, de gritarme, de pedirme explicaciones y... te diría que pegarme, pero me da la sensación de que te lo tomarías al pie de la letra. —Terminó con aquella broma porque ella lo miraba muy seria. Le besó los párpados, la punta de la nariz y luego los labios con infinita ternura—. ¿Estamos?

—Sí.

—Sí, ¿qué? ¿Qué me darías una paliza o que me echarás la bronca cuando no estemos de acuerdo? —siguió guaseándose él.

—¡Qué tonto eres! —exclamó ella esbozando una sonrisa.

—Creía haber perdido mi habilidad para hacer reír a las mujeres. —Hans quería poner cara de preocupación, pero no le salió, se le estiraban los labios.

—Eres un payaso, ¿lo sabías?

—Oh, sí, y me encanta.

La besó con tanto ardor que las rodillas de Grace se volvieron de gelatina. Se colgó del cuello de Hans y compartieron tanto placer que se excitaron al máximo. Todo lo que los rodeaba pasó al olvido, solo existían ellos dos y las sensaciones que sentían. Hans la arrastró hasta el interior de la suite y le hizo el amor con una pasión desmedida, que los llevó a ambos a tocar el cielo con las manos.

Los días que pasaron allí fueron de ensueño, recorrieron todos los alrededores y pasearon como dos enamorados, a pesar de que ella no dijo las palabras que él quería escuchar en ningún momento. Aunque Hans las podía percibir en su manera de amarse cada noche que estaban ahí y que ella las mantenía encerradas a cal y canto en su corazón.

Cuando volvieron a Nueva York, él supo que era el momento de

tomar una decisión. Le había dicho con claridad meridiana lo que él necesitaba para quedarse en la ciudad y, sin embargo, ella se había negado a decirlo. ¿Y si no lo hacía nunca y él seguía haciendo el tonto esperando algo que jamás llegaría? Solo de pensarlo se le anudaban las tripas.

Amaba a Grace, sin embargo, ella parecía que nunca iba a ser capaz de entregarle su corazón, tal como había hecho él. A pesar de los maravillosos momentos compartidos, ella no estaba dispuesta a dar ese salto al vacío que representaba una relación seria. Se negaba su propia felicidad por miedo, y eso que le había demostrado, de todas las formas que sabía, que no estaba jugando con ella, que lo suyo era tan verdadero como que salía el sol cada día.

Debía alejarse de ella, no quería suplicar su amor. Volvería a casa y se lamería las heridas. Quizás tardaría en olvidarla, eso si lo conseguía, pero lo dudaba. En la ciudad que nunca dormía había encontrado un raro tesoro, que por lo visto no le correspondía.

Con la moral por los suelos, preparó su maleta. Ella se había ido al club y él era consciente de que si volvía a verla haría el mayor de los ridículos implorando ese amor que no debía corresponderle a él. El destino era un puto traicionero.

Escribió una nota que se la haría llegar por mensajero.

> Grace, me marcho. Vuelvo a casa. Gracias por los maravillosos momentos que me has regalado. Sé que me hice ilusiones cuando tú siempre fuiste honesta y tratabas de alejarme de ti. Perdona por ser tan engreído, por creer que terminarías por caer en mis brazos. Solo yo tengo la culpa de que mi corazón sufra.
>
> Te deseo toda la felicidad del mundo. Algún día encontrarás al hombre con quien desees compartir tu vida, el que te llene el estómago de mariposas y no puedas vivir sin él.
>
> Perdona que no me despida en persona, lo hago para ahorrarnos un mal momento a los dos. Adiós. Sé feliz.
>
> Hans

Llamó al aeropuerto y reservó pasaje en el primer vuelo a Austria. No salía hasta el mediodía. Sin embargo, no tenía ganas de recorrer las calles donde todo le iba a recordar a Grace.

Llamó a April y se despidió de ella, agradeciéndole la ayuda que le había prestado y pidiéndole que transmitiera un saludo a los que lo

habían ayudado.

Pensó en Sony, le había prometido que se verían antes de irse, no obstante, no le apetecía. Le mandó un wasap diciéndole que le había salido un imprevisto y que debía volver a Austria ese mismo día. Al instante ella lo llamó.

—¿Cómo que te vas tan de repente? —soltó Sony indignada—. Creía que tendríamos tiempo de comer un día juntos.

—Lo siento, guapa, pero el deber me llama —mintió Hans, no le apetecía dar explicaciones y, si ella lo veía, con el ojo que tenía, se daría cuenta enseguida de que algo le ocurría.

—Está bien, piensa en mí cuando estés surcando los cielos del Tirol —dijo Sony—. Es lo que echo más de menos.

—Lo haré, lo haré —respondió con una sonrisa. Aquella mujer siempre lograba levantarle el ánimo.

Canceló la cuenta del hotel y pidió al recepcionista que hiciera llegar la carta que había escrito para Grace y que la entregaran en mano. No quería que se perdiera entre la correspondencia del club.

Capítulo 38

Grace estaba poniéndose al día con todos los documentos que tenía encima de su mesa del despacho. Se había amontonado una buena pila de papeles que requerían de su atención.

Unos golpes en la puerta le hicieron levantar la cabeza de un currículo de un músico que pretendía tener su oportunidad en el club.

—Pasa.

Ante ella estaban el segurata y un muchacho vestido de botones.

—Este chico trae una carta que le han ordenado entregarla en mano —explicó el agente de uniforme.

Grace fue recorrida por un estremecimiento. ¿Sería otro anónimo?

El hombre vio la palidez que de repente había cubierto las facciones de Grace y supo lo que estaría pensando.

Ella alargó la mano para recibir el sobre cerrado, donde se leía su nombre con una letra muy elegante. El chico se marchó y ella lo abrió con su abrecartas. Al ver la firma de Hans, le dijo a su compañero de seguridad que todo estaba bien y este la dejó sola.

Leyó aquella carta una y otra vez, sin poder creer que él se estuviera despidiendo de ella, que se marchaba. ¡Que no lo volvería a ver! Se levantó de un salto y se puso a mirar por la ventana, de repente el día se había vuelto gris, oscuro, a pesar de que fuera brillaba el sol. La avenida que siempre le había gustado, por donde la

algarabía de los transeúntes mostraba la viveza de la ciudad, pareció apagarse, como si se tratara de una bombilla fundida.

Se dio cuenta de que respiraba con dificultad, sentía como si le faltara el aire. Hans se iba de su lado. No era posible. En la nota, él le hablaba de las mariposas en el estómago que sentiría con otro, ¡qué idiotez! Si en el mismo momento que vio que la nota era de él había empezado a sentirlas, como siempre que estaban juntos.

Recordó la condición que él había puesto para quedarse, aquellas dos palabras que ella se había negado a decirle. ¿Cómo había sido tan estúpida? Él había sido valiente y se las dijo y le había demostrado su veracidad de mil formas distintas. Ella, al contrario, había sido una cobarde, no las había dicho para no sufrir, y en esos momentos se arrepentía de no haberlo hecho. Lo amaba, y lo había perdido por su testarudez. Notó que una lágrima le corría por la mejilla. ¿Qué iba a hacer sin él?

De pronto recordó las palabras que él le había dicho durante una discusión: «Si me voy, tú vendrás conmigo». Tenía que correr, darle alcance y decirle todo lo que se había callado. Si era necesario partiría con él, debía recuperar al amor de su vida.

Llamó por la línea interna a Elliot, el director del club, y le dijo que se iba; este le preguntó si le ocurría algo y ella le contestó:

—No, solo debo detener un avión.

Salió del club a la carrera, cogió un taxi que la llevara al JFK y durante el camino, que se le hizo eterno, no paraba de reprocharse no haber sido bastante mujer para expresarle sus sentimientos a ese hombre que le había demostrado su amor y del que estaba profundamente enamorada.

Corrió hasta el primer mostrador que estaba frente a las puertas, había una cola del copón. Miró los carteles luminosos que anunciaban los vuelos y no sabía si habría cogido uno directo o con escalas. Mientras esperaba su turno, lo llamó por teléfono y él lo tenía apagado. ¿Y si había llegado tarde? ¿Y si ya había partido? Una garra le oprimía tan fuerte el corazón que sentía que estaba a punto de marearse. Respiró grandes bocanadas de aire para calmarse, no podía permitirse caer desvanecida.

Cuando llegó ante la chica:

—Señorita, ¿ha salido algún vuelo destino a Austria?

—Hay algunos que llegan allí haciendo varias escalas —contestó la chica con una sonrisa—. ¿Quiere que le reserve plaza en el próximo?

—No, estoy buscando a una persona. ¿Puedes mirar a ver si ya ha partido? —Al ver la desesperación en su mirada, se compadeció y le preguntó el nombre—. Hans Lieben. —Vio cómo tecleaba el nombre.

—Los pasajeros están embarcando en la puerta Z4, está al fondo. —Señaló a la derecha—. Si se apresura tal vez pueda despedirse. El vuelo no tardará en salir.

—Gracias —gritó cuando ya corría hacia donde le había indicado. «¡Joder, tiene que ser en la otra punta del aeropuerto!», pensó mientras esquivaba a las personas que atestaban la terminal. Haciendo malabares se sacó los tacones y avanzó más deprisa descalza, con los zapatos en la mano. De repente, un carro con maletas empujado por un anciano se cruzó en su camino y se lo llevó por delante, quedando despatarrada entre el equipaje. «¿De dónde ha salido este hombre y qué hace con tantas maletas?», se preguntó mientras se levantaba y le pedía disculpas, antes de volver a salir corriendo.

Ante aquel incidente, varios guardias de seguridad la siguieron a la carrera. ¿Qué le pasaba a aquella lunática que iba atropellando a los viajeros?

Cuando llegó al arco de seguridad para embarcar, unos auxiliares le dijeron que las puertas estaban cerradas.

—¡No puede ser, necesito ver a uno de los pasajeros! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Los guardias llegaron junto a ella y le dieron el alto.

—Señorita, ¿a dónde va con esas prisas?

A esas alturas ella ya lloraba a moco tendido. Había llegado tarde y Hans estaba dentro de ese avión que en pocos minutos despegaría para llevarlo lejos de ella.

—He sido una idiota... No le he dicho que lo amaba... —Grace hablaba entrecortadamente debido a la carrera y a la congoja—. Le he destrozado el corazón... Él solo me pedía las palabras para quedarse a mi lado... y no se las dije... Ahora es demasiado tarde.

Los agentes de seguridad se miraron con el ceño fruncido, no entendían lo que la mujer estaba diciendo.

—Tranquilícese, todo se arreglará.

—¿Cómo? Se va, ¿es que no lo entienden? Fui terca como una mula, no le dije que lo amaba y ahora se va.

Su desesperación tocó la fibra sensible de los guardias. Miraron a los auxiliares que los observaban desde el otro lado del arco de seguridad.

—Chicos, ¿podemos hacer la buena obra del día?

—Supongo que sí. —El encargado marcó una tecla del teléfono que tenía colgado del cinturón y se comunicó con sus compañeros de cabina. Asintió con la cabeza y sonrió—. Vamos, no hay mucho tiempo —los apremió a que se dieran prisa.

Grace se encontró en el túnel que llevaba dentro de aquel enorme avión y vio que al final se abría la puerta. Una auxiliar de vuelo la miró y al ver las sonrisas tontas de sus compañeros y de los agentes le dio paso. Cogió el aparato de megafonía con el que daba instrucciones a los pasajeros y habló:

—Señores pasajeros, aquí hay una señorita que ha llegado tarde a despedirse de alguien de ustedes. —Le pasó el aparato a Grace y esta miraba todas las caras buscando a Hans y no lo veía.

—Te amo, Hans Lieben; ahora mismo las mariposas están medio muertas en la terminal, pero te aseguro que han estado revoloteando en mi estómago desde hace mucho, mucho tiempo, tanto que les he puesto hasta nombre. —Le faltaba el aliento, pero tenía que soltar todo lo que sentía o lo perdería para siempre—. Me dijiste un día que, si te ibas a Austria, yo iría contigo, ¿te has olvidado? Vuelvo a repetirte que te amo y nunca jamás dudes de ello. Sé que he sido una bruja al no decírtelo antes; a partir de ahora, me rogarás que me calle y que no te lo repita tanto; esa es la promesa que te hago.

Hans se levantó de su asiento en primera clase y se le acercó por detrás, la cogió por la cintura y la giró hacia él; sus miradas se encontraron y, sin decir nada, le capturó la boca y la besó apasionadamente. Los pasajeros aplaudieron por la bonita declaración de amor y por aquel beso de película.

Los dos salieron de avión, él con ella agarrada con fuerza a su costado.

—¿Y tu equipaje?

—Ya lo recuperaré, ahora lo importante eres tú. Te amo. Me quedo en Nueva York.

Los auxiliares de tierra y los agentes de seguridad que los seguían se miraron con una sonrisa. Había valido la pena todo aquel alboroto.

Epílogo

Unos meses más tarde, Hans y Grace se habían instalado en un espacioso piso en el Soho. Ella seguía trabajando en el club y él pasó a formar parte de los agentes de Asuntos Internos, donde había encontrado buenos amigos.

Ambos fueron muy bien acogidos por Sony y Dany, y solían encontrarse de vez en cuando para cenar. Fue así como empezaron a hacer planes para viajar a Innsbruck los cuatro. Hans quería enseñarle a Grace las maravillas de los Alpes y reencontrarse con los amigos que había dejado allí.

—¿Has pensado en volar? —preguntó Sony en uno de sus encuentros en el restaurante del Santana's.

—Desde luego —respondió él con una gran sonrisa.

—¿Tú también volarás, Grace?

Esta puso cara de espanto.

—Por supuesto que lo hará, volaremos en tándem.

—¿Qué es eso? —quiso saber antes de afirmar o de negarse en redondo.

—Que volarás conmigo, cariño. —Hans le besó la punta de la nariz.

—Si queréis estar solos nos vamos —dijo Dany al reconocer las miradas que se lanzaban el uno al otro.

—Los que nos iremos seremos nosotros —declaró Hans guiñándole un ojo a Grace.

Ya en Innsbruck, Hans la llevó a recorrer el Tirol y ella se enamoró de aquel bello lugar del mundo. En esa época no era de extrañar que por las noches nevara y se levantaran de la cama con las montañas blancas. Lo que invitaba a retozar un rato más. Luego Hans siempre la sorprendía con lugares espectaculares.

Ese día habían quedado con Sony y Dany para volar en parapente. Subieron a la montaña y Paul y Martino se sorprendieron al verlos.

—Tíos, ya pensábamos que os habíais olvidado de nosotros.

Les contaron que estaban viviendo en Nueva York y estos se alegraron.

—De todas maneras, ya veis que nos hemos escapado para disfrutar de estas montañas —afirmó Sony, presentándoles a Grace—. Es la mujer de Hans y volarán en tándem.

—Ya era hora de que alguien cazara a ese don Juan —se guaseó Paul.

—¿Tenías miedo de que te quitara a Lilibeth? —se rio Hans viendo a la susodicha que se acercaba a ellos con una gran sonrisa.

—Ni de coña. —Entró al trapo Paul con una risa—. Mi mujer sabe muy bien lo que quiere.

—¿Tengo que sentirme ofendida? —metió baza Grace.

—No, no, de ninguna manera —habló Lilibeth—. Es su forma de decirse que están contentos de que estéis aquí. Que se han echado de menos. Siempre están lanzándose pullas. Me alegro de conocerte.

Grace miró los preparativos de los parapentes; estaba segura de que Hans sabía lo que se hacía, pero eso no quería decir que a ella le entusiasmara. Él debió verlo en su cara, porque se le acercó.

—¿Estás bien, cariño?

Ella cogió aire con fuerza.

—Estoy cagadita de miedo —reconoció.

Hans la envolvió entre sus brazos soltando una carcajada.

—Confías en mí, ¿verdad?

—Con toda mi alma.

—Será fantástico, ya verás.

Él se encargó de darle las instrucciones precisas y unos minutos más tarde se hallaban volando por sobre las montañas. Grace estaba alucinando. Era algo maravilloso, el aire frío en la cara y volar como un pájaro, nunca se habría imaginado aquella sensación.

—¿Vas bien, cariño?

—No tengo palabras para expresar lo que siento.

—Eso es bueno —afirmó Hans.

—¡Es orgásmico! —exclamó ella extendiendo los brazos.

Hans estaba feliz de ver lo que ella disfrutaba del vuelo. Al tocar el suelo con los pies, ella se giró hacia él y lo besó con tanto ardor que lo excitó. La descarga de adrenalina había sido brutal y era normal que ella estuviera eufórica al ser la primera vez.

—¿Me soltarás si te prometo que antes de regresar a casa volveremos a volar? —susurró él para quitarse de en medio del campo donde aterrizaban todos.

—Sí. Te amo —gritó ella con los brazos alzados en un completo abandono.

Aquella noche, después de hacer el amor, estando saciados, felices y con sus cuerpos enredados bajo el edredón:

—Quiero visitar el palacio de Sissi.

—Desde luego, cariño, lo que tú quieras. —Él siempre la complacía en todos sus deseos.

A la mañana siguiente se trasladaron a Viena y visitaron el Museo de Carruajes, Salzburgo, el Parlamento de Austria, la Ópera de Viena, el Museo de la Historia del Arte, la Catedral, el palacio de Holfburg, la residencia oficial de los Habsburgo y la residencia de verano, el palacio de Schönbrunn. Este último pareció trasladarla a las películas que había visto sobre la emperatriz y le encantó. Pasearon por los bellos jardines cogidos de la mano y él miraba embelesado la sonrisa que adornaba la cara de Grace.

—¿Te imaginas viviendo en un lugar así? —le preguntó ella con

picardía.

—Yo no. ¿Y tú? Siempre con sirvientes alrededor, con la guardia, teniendo que comportarte en todo momento... Sin poder tirarte un pedete sin que los demás se enteren.

—¿Me estás llamando pedorra? —A Grace se le escapaba la risa.

—De ninguna manera, amor.

El comentario sacó una carcajada a ambos.

—No, no creo que me gustara. No podríamos hacer el amor en el momento que quisiéramos.

Él asentía con la cabeza.

—Exacto, deberíamos tener una agenda para organizar nuestros encuentros amorosos y, cuando gritaras al llegar al clímax, te verías rodeada por la guardia real.

—¡Qué horror! —soltó ella con una risita—. Somos afortunados de gozar de nuestra intimidad. Además, no he visto ninguna lavadora ahí dentro.

El comentario arrancó una carcajada a Hans; cuando les llegó a su nuevo piso ese electrodoméstico, la había sentado encima cuando la pusieron en marcha y la hizo enloquecer de placer.

—Te amo, cariño, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —reconoció él besándola con pasión sin importarle quién pudiera considerar inadecuado que lo hiciera en medio de los jardines.

Al separarse ella recitó como un mantra:

—Te amo, te amo, te amo...

¿Quién se hubiese imaginado que aquel viaje de trabajo que llevó a Hans a Nueva York terminara con aquella felicidad? El destino lo había lanzado sin aviso a los brazos de esa mujer que le regalaba amor a manos llenas. Empezaba a creer en el destino.

Agradecimientos

El primero, como siempre, es para una persona maravillosa: Lola Gude, la que siempre está ahí para darme consejos y alentarme a convertir mis ideas, por locas que sean, en novelas. Para quien no la conozca, os digo que mantener una charla con ella es como un chute de ánimos que te llena el alma, que te hace desear ponerte ante las teclas y dejar volar la imaginación. ¡Muchas gracias, preciosa, por ser y estar!

Ahora vienen mis compañeras de viaje: S. F. Tale y Chris de Wit, siempre dispuestas a escuchar cuando nos llueven ideas, para redondearlas y hacerlas realidad.

Y, por último y no menos importante, para ti, que le has dado una oportunidad a esta historia. ¡Gracias, gracias, gracias!

Nota de autora

Como siempre os digo, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Todo lo que acabáis de leer es fruto de mi alocada imaginación.

Lo que no lo es son las películas que la protagonista ve con su amiga, esas son reales, junto a sus actores; si no las habéis visto os las recomiendo, yo me partí de risa con cada una de ellas.

También os repito que me he tomado licencias, nunca he estado en Nueva York, las ganas son grandes, os lo digo. Gracias a don Google, que me cuenta un montón de curiosidades.

Si a ti también te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.

Facebook — Marian Arpa

Instagram — @marian_arpa

Twitter — Marian Arpa15

Y, si quieres saber más sobre mí, te invito a mi blog:

marianarpa.wordpress.com

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios.

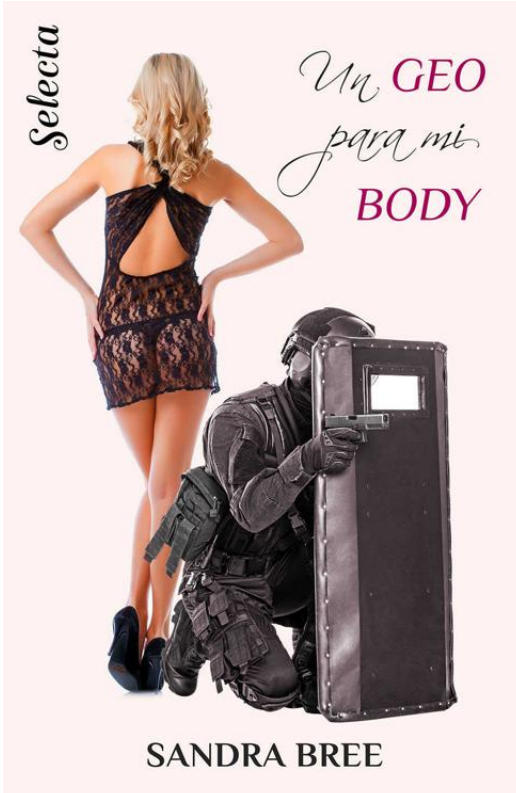
Muchas gracias.

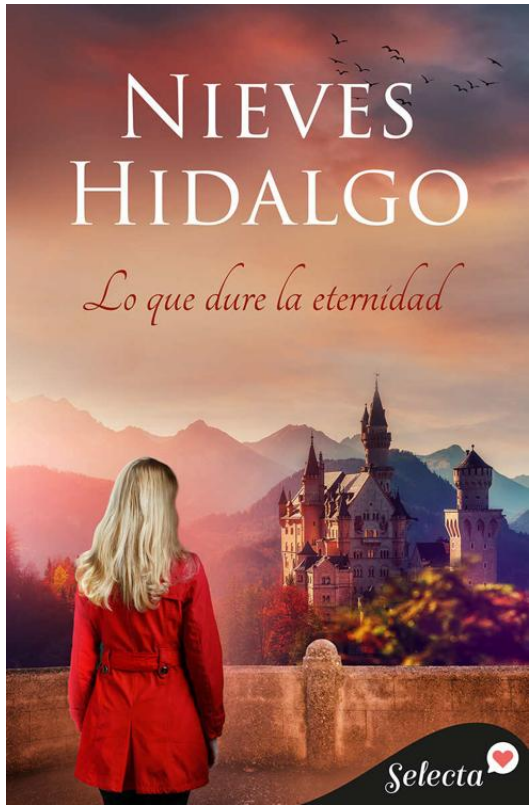
Si te ha gustado

Esos besos robados son míos

puedes disfrutar de estas

Cuerpos pasionales 1
El
SARGENTO
que me hace
DELIRAR
Marian Arpa
Selecta


Selecta
Un GEO
para mi
BODY
SANDRA BREE


Nieves Hidalgo
Lo que dure la eternidad
Selecta

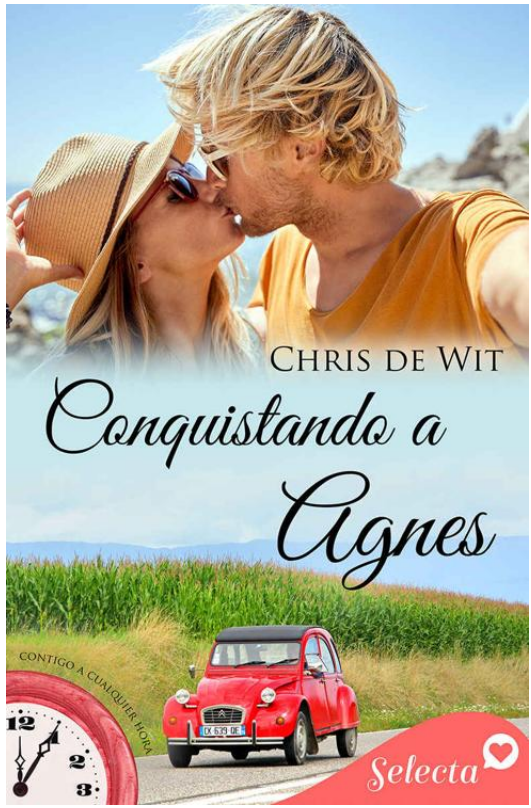
El caballero de la armadura naranja

MAYEDA LAURENS

Selecta

ANA ÁLVAREZ
Dos copas y una noche
Selecta

SF Tale
UN ESTAFADOR DUERME EN LA HABITACIÓN DE ABAJO
Ladronas de corazones 4
Selecta


CHRIS DE WIT
Conquistando a Agnes
CONTIGO A CUALQUIER HORA
Selecta

Grace se cruza en la vida de Hans en el peor momento, y él debería que alejarla de su lado para protegerla, sin embargo...

Grace Hamill es una mujer independiente y muy segura de sí misma. Trabaja en el Santana´s Club, un elegante y glamuroso establecimiento donde solo se puede acceder siendo socio, con la tarjeta negra y dorada.

Desde que quien creía el amor de su vida la abandonó no ha vuelto a confiar en los hombres. Su vida son sus amistades y el club, donde ocupa un lugar de responsabilidad. Sin embargo, su pacifica existencia se ve trastocada por unos anónimos y por un hombre que, desde que se ven, saltan chispas entre ambos.

Hans Lieben es un agente secreto austríaco que, persiguiendo unas pistas de actividades delictivas de un mafioso, llega a Nueva York, donde se encuentra con una unidad que, en lugar de ayudarlo a encontrar al pandillero que busca, le ponen todo tipo de trabas. Decidido a terminar el trabajo que ha ido a hacer en la Gran Manzana, se une a un grupo muy peculiar.

En ese tiempo conoce a Grace y ella aterrada por los sentimientos que él le despierta lo trata como un pañuelo usado. A pesar de eso, Hans decide saltar todos los muros que ella levanta alrededor de su corazón. **¿Qué hará Grace cuando Hans ponga su futuro y su corazón en sus manos? ¿Será demasiado tarde cuando Grace al fin reconozca sus sentimientos?**

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: mayo de 2023

© 2023, Mariam Arpa
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Millena

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-12-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Esos besos robados son míos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Marian Arpa
Créditos